
LA PAREJA EN LA CASA DEL LAGO
UN THRILLER PSICOLÓGICO
JAMES CAINE

LA PAREJA EN LA CASA DEL LAGO

Un Thriller Psicológico

James Caine

Copyright © 2026 James Caine

Todos los derechos reservados

Los personajes y los acontecimientos que se describen en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no ha sido intencionado por el autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación u otros, sin el permiso expreso y por escrito de la editorial.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Epílogo
Capítulo 1
Capítulo 2

PRÓLOGO

Tras hablar con la operadora de emergencias, cuelgo. Recorro la cocina de un lado a otro, con el peso de la llamada oprimiéndome la mente. La adrenalina me recorre el cuerpo a raudales. Solo quiero huir de aquí. ¿Y si no estoy aquí cuando lleguen las autoridades?

En mi aturdimiento, me doy cuenta de que todavía empuño la pistola con fuerza. La deposito sobre la encimera de la cocina y me quedo mirándola.

¿Qué he hecho?

Respiro hondo e intento calmar mis pensamientos. Resulta imposible, dado lo ocurrido.

Miro a mi alrededor: la casa, decorada con gusto, y las vistas panorámicas del lago a través de los grandes ventanales. Su belleza conmovería a cualquiera. Sería feliz si no volviera a ver semejante paisaje nunca más.

Sin embargo, no puedo marcharme. Eso solo empeoraría mucho las cosas. Debo esperar a que lleguen las autoridades. Me siento atrapada.

Se lo he contado todo a la operadora de emergencias. Bueno, casi todo.

Me pregunto cómo reaccionará la policía cuando llegue y descubra lo sucedido. ¿Sentiré el frío acero de sus esposas en mis manos cuando lo haga?

Bajo la cabeza e intento calmarme. No funciona. Se me dilatan las pupilas y se me tensa el rostro al ver las manchas de sangre en mi camisa.

—Sidney —me llama una voz débil—. Levanto la cabeza, con la esperanza de estar imaginando cosas.

Por favor, que sean delirios. Por favor, que esté loca. Esto no puede estar pasando.

Se suponía que iba a ser un fin de semana divertido. ¿Cómo ha podido acabar así?

—Sidney —dice la voz de nuevo—. Ayúdame. —Al acercarme a las escaleras, miro hacia arriba y veo el origen de lo que me atormenta—. Por favor, Sidney.

CAPÍTULO 1

—¡Queremos agradecer a Sidney Meyers su presentación de hoy! —grita Vanessa Fleming a la multitud. Los que me observan se levantan de sus sillas y aplauden. No se me da bien calcular, pero diría que hay casi doscientas personas en la sala.

—Gracias —le digo a Vanessa. Ella me sonríe. Vanessa sabe que ha ido bien. A las dos nos preocupaba que, cuando subiera al escenario, fuera un desastre. Mi comportamiento durante el último año habría preocupado a cualquiera. Vanessa es una de las editoras principales de mi editorial, Twisted Thriller Books. También es mi contacto principal con ellos. Nunca quise venir a este evento. Amenacé con no hacerlo, pero mi editorial me amenazó entonces con dejar de enviarme mis derechos de autor.

Vuelvo a mirar a la multitud, que sigue aplaudiendo. —Gracias a todos por venir hoy —digo.

En la gran pantalla que hay detrás de mí aparece una imagen de mi superventas, *My Life as a Killer*. Cuando lo escribí, fue más por diversión. Nunca pensé que una editorial lo aceptaría. Estaba dispuesta a autopublicarlo, pero me quedé asombrada cuando Twisted Thriller Books aceptó mi manuscrito. Un libro donde la protagonista es una asesina en serie que vive en un barrio corriente, entre gente normal, no solía ser un gran éxito de ventas. A la gente le encantó mi idea de una psicóloga que es en realidad una psicópata que miente y mata para abrirse paso en la vida cotidiana.

La mayoría de los autores os dirán que vuestro personaje principal tiene que ser agradable o alguien con quien el lector pueda identificarse. Pues bien, mi libro echa por tierra las ideas convencionales.

Mi protagonista, Tracy Macher, es una asesina. Es una persona terrible que hace cosas terribles. Y, sin embargo, a los lectores les encantaba leer sobre ella. Estaban fascinados con ella, se preguntaban por qué hacía las cosas que hacía. Creo que lo que mucha gente quería leer, no obstante, era su caída final. ¿Cómo pillarían a Tracy?

En mi historia, no la pillaron.

Mi editorial intentó disuadirme del final que escribí. Querían que Tracy fuera descubierta. Que prevaleciera la justicia. De algún modo gané la discusión, esperando plenamente las críticas que tendrían los lectores. Pero les encantó. Yo misma me sorprendí. Nunca esperé que me trajera hasta donde estoy ahora, frente a un gran grupo de seguidores en una enorme convención de escritores en Toronto, Canadá.

Nunca pensé que nada de lo que hiciera en mi vida daría lugar a una sala llena de gente aplaudiendo por algo que yo hubiera hecho. Sonrío y hago todo lo posible por disfrutar del momento.

Cuando acepté ser la ponente principal en Readers Unite, sabía que me costaría. Mi editorial me recordó las obligaciones que tenía al firmar con ellos. Cuando mostré resistencia a cumplir mi parte del trato, recibí una carta de la editorial. Estaba llena de términos legales adornados, pero lo que querían estaba claro. Promocione el libro que publicamos o aténgase a las consecuencias.

Mi vida entera cambió cuando Twisted Thriller Books aceptó publicar mi libro. Había escrito algunos relatos en el pasado, pero ninguno recibió ni de lejos la atención que obtuvo *My Life as a Killer*.

No estoy segura de por qué se ha vuelto tan popular. Cuando le pregunté a mi editora, Vanessa, cómo había podido ocurrir esto, no supo responderme. Sin embargo, me dijo una cosa: escribe otro.

Más fácil decirlo que hacerlo.

—Y ahora —continúa Vanessa—, tenemos unos minutos para preguntas del público.

Sonrío. Vaya, mi parte favorita. En mi cabeza me preocupa quedarme completamente bloqueada si alguien me hace una pregunta que no me espere. Por suerte, nunca parece ocurrir.

Este público es igual. ¿Cómo se me ocurrió la idea de *My Life as a Killer*? ¿Qué autores influyeron en mi obra? ¿Cómo empecé a escribir? Todas son las mismas preguntas y suelo dar las mismas respuestas.

Un hombre con una camisa hawaiana se acerca al micrófono que el equipo ha instalado en el pasillo. —Hola, Sidney, soy un gran admirador suyo —dice con voz un poco temblorosa. Obviamente, está nervioso. Si supiera lo nerviosa que estoy yo también por ser la persona a la que se dirige.

—Gracias —digo con una sonrisa cálida.

—Soy su mayor fan —continúa—. Se me cae la cara de vergüenza cuando dice esa frase. Intento ocultar el miedo que me produce la forma en que lo ha dicho. No sé por qué me ha afectado tanto. Respiro hondo y recupero la sonrisa de antes—. Incluso tengo algunos de sus libros autografiados —dice, y el temblor de su voz desaparece ahora que se siente más seguro—. Mi pregunta para usted, sin embargo, es que necesito más de usted. —Parte del público se ríe—. De verdad —dice el hombre—. ¿Cuándo saldrá su próximo libro?

Sonrío. Esta es otra pregunta común. Tengo una respuesta preparada para ella, pero, por más veces que me la hagan, siempre me hace sentir como una auténtica basura. —Estoy trabajando estrechamente con mi editora y mi editorial —digo—. No hay un plazo establecido en este momento, pero espero que sea más pronto que tarde. Muchas gracias por leer mis historias y estoy muy feliz de que usted y todos los presentes en esta sala las estén disfrutando.

Él sonríe mientras respondo. —¿Alguna pista sobre de qué trata? —pregunta.

Hago el gesto de cerrarme la boca con una cremallera imaginaria. —Mi editora me matará si digo algo. —El público se ríe de mi terrible chiste.

Vanessa se sitúa a mi lado. —Eso es todo el tiempo de que disponemos, amigos —dice—. Sidney se quedará un rato por si alguien quiere autógrafos. —El público vuelve a vitorearme mientras les doy las gracias a todos por venir. Me quedo mirando al hombre

del público que ha hecho la pregunta y es el que aplaude con más fuerza de todos.

Nada de lo que le he respondido al de la camisa era verdad. No he estado trabajando con mi editora en absoluto. Aunque a ella le encantaría que lo hiciera. Les encantaría una secuela de *My Life as a Killer*. Pero simplemente no puedo.

Tengo una idea general sobre qué escribir y, como mi editorial quiere mantenerme en nómina, han aceptado la idea. Lo que realmente quieren es convencerme para que escriba la secuela.

La verdad es que no he escrito nada sustancioso en más de un año. Intento ser indulgente conmigo misma. No todo el mundo querría seguir escribiendo después de lo que me pasó. Me empapo de las sonrisas, los vítores y los aplausos del público y me recuerdo a mí misma que merezco mi éxito.

Si supieran lo que pasó. Si supieran cuánto desearía no haber estado nunca en esta convención. ¿Seguirían aplaudiéndome?

CAPÍTULO 2

Tras terminar el evento, Vanessa me lleva a toda prisa a una sala más pequeña, donde me espera una mesa con montones de mis libros. Detrás de la mesa hay un cartel enorme con una imagen mía sonriendo, sosteniendo un ejemplar de *Mi vida como asesina*.

En la foto sonrío con confianza. Recuerdo lo feliz que estaba cuando mi editorial envió a un fotógrafo a mi casa para hacérmela. Mi mundo iba a mil por hora. Por aquel entonces pensaba que podría conquistar el mundo. Mi libro ya era un éxito de ventas y, desde entonces, las ventas no han hecho más que aumentar.

Había escrito algunos libros antes, pero con mi último lanzamiento me convertí en un éxito de la noche a la mañana. He concedido entrevistas, he participado en pódcasts y he colaborado en artículos sobre mi libro.

Mi vida cambió por completo. ¿Quién dijo que el dinero no soluciona nada? A mí me lo solucionó casi todo... al principio.

Pude comprarme un coche nuevo a los pocos meses. Una mejora con respecto a mi destartalado Volkswagen, que estaba en las últimas. Después, pagué mis deudas, que eran considerables por aquel entonces. Tenía más de treinta años y aún debía dinero de la universidad por mi grado en Filología Inglesa y de otros gastos terribles que había hecho a los veinte. Tras ocho meses, había ahorrado lo suficiente para la entrada de una casa nueva.

¡Mi prometido, Matt, estaba eufórico! Podríamos vivir en una casa preciosa en cuanto nos casáramos. El problema era: ¿cuándo podríamos casarnos? Matt tenía una familia muy extensa. Estaba acostumbrado a las bodas y fiestas a lo grande. A mí nunca me habían importado. Preferiría tener un grupo pequeño e íntimo de amigos y familiares en la nuestra, pero Matt era diferente. rompía los

estereotipos. Él quería la boda de sus sueños y no se conformaría con menos para nuestro gran día.

A veces pienso que todo en nuestra relación era al revés. Matt era más romántico que yo. De verdad disfrutaba con las películas de amor empalagosas y me sugería qué deberíamos ver juntos. El hombre era un obseso de la limpieza. Era él quien me echaba la bronca por no poner los platos en el fregadero o por no doblar la montaña de ropa que había en el armario.

Aunque ganaba un buen sueldo como contable, ahora yo era quien traía más dinero a casa gracias a mi reciente éxito. Él se alegraba por ello, pero, echando la vista atrás, debería haberlo sabido. Matt nunca fue de los que me decían lo que pensaba o sentía. Se lo guardaba todo dentro hasta que una noche acababa explotando por un cúmulo de cosas que yo había olvidado hacer.

Cuando los editores me pidieron hacer giras de presentación para *Mi vida como asesina*, comprendieron que al principio quisiera limitarme un poco, porque la boda estaba planeada para esas mismas fechas. Fue Matt quien me animó a hacer la gira y a posponer la fecha de nuestra boda. Le dije que nuestro matrimonio era más importante, pero él me explicó que esta era una oportunidad única en la vida. Tenía que aprovecharla. ¿Cuántos autores matarían por estar en mi lugar ahora mismo?

Pospusimos la fecha de la boda y ahora está por determinar. Todavía no hemos fijado un día. He intentado que cambie de opinión sobre tener una boda grande.

Las bodas grandes llevan tiempo, y con la popularidad de mi libro y mi editorial presionándome para que escriba otro rápidamente, no lo tengo.

Entonces me pasó todo aquello y la vida ha sido un desastre desde entonces.

Me siento a la mesa y respiro hondo. Giro la cabeza y la versión impresa de mí misma, más alta que yo, se burla de mí con su sonrisa.

¿Acaso no es esto lo que quería?

Vanessa se acerca y me ofrece una botella de agua. Se lo agradezco efusivamente mientras la abro y doy un sorbo. Se me

derrama un poco en la blusa y me la limpio rápidamente. No debería haberme puesto esta blusa. La mancha de agua es más grande después de haber intentado limpiarla.

Genial. Justo lo que me faltaba. Ya estoy bastante ansiosa de por sí. Ahora la gente sabrá que ni siquiera sé beber bien.

Vanessa me pregunta si estoy lista y asiento. —Sí, puedes dejar pasar a la gente.

Camina hacia las puertas dobles y las abre. Un pequeño grupo de personas con amplias sonrisas empieza a acercarse a mí y ya empiezo a sentir malestar. Respiro hondo otra vez, preguntándome si la sonrisa que tenía al principio ha desaparecido por completo. Me obligo a ponerla de nuevo cuando la primera persona se acerca a mí con un ejemplar de mi libro en la mano.

—¡Me ha encantado este libro! —dice la joven. Se aparta el pelo sobre el hombro y su sonrisa se ensancha. Por suerte, es una sonrisa acogedora y mi inquietud se desvanece un poco.

—Muchas gracias —le digo—. ¿Cómo se llama?

—Heather —responde entregándome el libro.

Se lo cojo y garabateo mi nombre en él, personalizándolo con un pequeño mensaje para ella. Todavía tengo que perfeccionar mi firma de autora. Tengo algunos ejemplares firmados por algunos de mis autores favoritos y son tan bonitas comparadas con la monstruosidad que acabo de garabatear en su libro... A pesar de ello, ella sonríe y me da las gracias.

Mi primera firma del día y ha ido bien. Tenía muchas dudas sobre venir hoy e interactuar con los lectores, pero, viendo cómo ha ido esta, me pregunto por qué me ha costado tanto.

Otra mujer se me acerca y también es muy agradable. Me pide una foto y me levanto de inmediato de la mesa para inclinarme hacia ella. Se hace un selfi y me vuelve a dar las gracias. Firmo su libro antes de que se marche.

Segunda firma terminada. Incluso mejor que la primera.

A medida que firmo y charlo un poco con los lectores, empiezo a liberar tensiones y a sentirme más natural. Esto solo demuestra que las cosas nunca salen tan terriblemente como uno piensa. No

estoy segura de qué creía que pasaría hoy, pero, hasta ahora, todo ha ido a pedir de boca.

Una adolescente me da las gracias después de que firme su ejemplar. Tiene una sonrisa preciosa y desprende un aura de pura felicidad por estar cerca de mí. Me conmueve de verdad saber que está así por algo que yo he creado. Me dice que ella también escribe y que espera ser como yo algún día.

Me encanta saber que he inspirado a una joven lectora y escritora como ella.

El siguiente es alguien a quien reconozco del evento. El hombre de la camisa hawaiana. Me sonríe mientras yo le devuelvo una sonrisa forzada.

—Sé que ya lo he dicho antes —dice—, pero de verdad soy su mayor fan. —Respiro hondo cuando vuelve a pronunciar esas palabras. Me irritó cuando lo hizo en el evento e intenté disimularlo. Es más difícil de hacer ahora que está delante de mí y volviéndolo a decir—. ¿Se encuentra bien? —pregunta.

Vuelvo a mis pensamientos y le dedico una amplia sonrisa. —Perdone, debo admitir que estoy muy cansada. Ha sido un día largo. Gracias por su pregunta en el evento y por leer mi libro. —Me entrega un libro para que lo firme y suspiro al ver la portada que muestra la espalda de una niña en un columpio por la noche—. *La chica que conocí* —digo—. Ni siquiera sabía que todavía se pudiera comprar un ejemplar de este libro.

—Ya no lo venden en tiendas ni por internet —confirma el hombre—. Tuve que rastrear toda la red para encontrar un ejemplar. Después de leer *Mi vida como asesina*, tenía que comprar todo lo que usted hubiera escrito. Sin embargo, ese libro es mi favorito. Fue un thriller que me mantuvo en vilo. Nunca he leído nada igual. Un libro entero desde el punto de vista del antagonista. Fue asombroso. Nunca pensé que sentiría tanta empatía por un personaje tan terrible.

Sonrío, esta vez de forma genuina. —Gracias. Era algo que siempre había querido escribir. No lo aceptó ninguna editorial durante mucho tiempo, por razones obvias.

Él se ríe. —No es exactamente el típico personaje principal. ¡Me encantó!

Le pregunto su nombre y firmo el libro, tomándome un momento para mirar la portada. Fue el primer libro que escribí. Recuerdo que pensé que cambiaría mi mundo tras publicarse. Gané unos pocos dólares, pero no fue nada parecido a lo que yo pensaba que ganaría un autor publicado.

Luego escribí *Mi vida como asesina* y gané mucho más de lo que jamás imaginé que podría ganar escribiendo.

Le devuelvo el libro al hombre, que está eufórico. —¿Me puedo hacer una foto? —pregunta, sacando su móvil.

Asiento con la cabeza. —Por mi fan número uno, lo que sea. —Me levanto de la mesa y él se inclina a mi lado mientras apunta con la cámara. Antes de hacer la foto, me pasa el brazo por el hombro. Intento ocultar la sensación de miedo, preocupada por si ha captado mi expresión en la foto.

Preferiría que no me tocara. Preferiría no estar aquí en absoluto. La mano me empieza a temblar. Me la agarro y la aprieto con fuerza, respiro hondo e intento controlar mis emociones.

Me da las gracias efusivamente mientras se marcha. Lo observo mientras lo hace y, por un momento, se gira a mirarme, ensanchando su sonrisa antes de salir por las puertas dobles.

Me pregunto: ¿es el tipo de la camisa hawaiana el que me arruinó la vida? ¿Descubriré alguna vez quién fue?

Respiro hondo antes de firmar el siguiente libro.

CAPÍTULO 3

Doy las gracias a los responsables del evento antes de marcharme. El hotel donde me alojo está comunicado con el pabellón, así que en solo unos minutos estaré de vuelta en mi habitación. Suspiro aliviada sabiendo que el día ha terminado.

Nunca he sido una persona extrovertida. La idea de hacer lo que he hecho hoy es agotadora. Después de mi presentación y de la firma de libros, lo único que quiero es echarme una siesta e hibernar en mi habitación. No me cabe duda de que Matt estará por ahí. Desde que vinimos a Toronto, se ha portado como un auténtico turista. Se ha pasado toda la semana viajando de un lado a otro, visitando los monumentos y todo lo que la ciudad ofrece.

No solemos hacer gran cosa en Chestermere. Soy casera por naturaleza. Él es todo lo contrario. Siempre está intentando que vaya a sitios y, por lo general, acepto acompañarlo a regañadientes.

Me puse muy contenta cuando Matt pidió unos días libres en el trabajo para venir a la convención conmigo. Sabía lo nerviosa que estaba. Di por hecho que eso significaba que hoy estaría allí para apoyarme en mi acto.

Me sentó mal que no estuviera. Sabía la ansiedad que me producía hacerlo. Sabía lo preocupada que estaba por la firma. Por estar rodeada de fans. Tenía la esperanza de que estuviera cerca, aunque solo fuera para sentir su presencia allí. Para ayudarme a sentirme un poco más cómoda.

Me pregunto qué ha podido ser más importante.

Al entrar en el vestíbulo del hotel, una mujer de unos veinte años me sonríe. Es una expresión a la que me estoy acostumbrando desde que llegué a la convención. El reconocimiento.

—¡Dios mío! —grita—. Es usted Sidney Meyers. ¿Me da un autógrafo? —Da un paso hacia mí—. Soy su mayor fan.

No sé qué me pasa con ella. El entusiasmo de su cara parece bastante genuino. También parece inocente e inofensiva. Pero, de inmediato, me estremezco cuando se me acerca. Sin decir palabra, paso de largo a toda prisa y me dirijo al ascensor. Pulso el botón, pero las puertas no se abren. Respiro hondo y miro hacia atrás, a la joven fan, que me observa fijamente.

Probablemente esté pensando lo mismo que yo. «¿Qué te pasa?». Vuelvo a respirar hondo y, demasiado impaciente para esperar a que llegue el ascensor, subo por las escaleras. Solo estoy en la cuarta planta. Si no fuera por los tacones, no me costaría nada subir.

Mis zapatos resuenan en el hueco de la escalera vacío. Intento calmarme, preguntándome por qué me he asustado así. Probablemente no era más que otra fan y, sin embargo, he reaccionado como si fuera una maníaca.

Esto era lo que temía que me pasara hoy. Me preocupaba quedarme bloqueada como una tortuga asustada y colapsar en el escenario. Cuando eso no ocurrió, pensé literalmente que explotaría en la firma de libros.

Tuve miedo todo el tiempo que estuve rodeada de gente. Pensé que tal vez me largaría al menor asomo de temor. Abandonaría el evento. Los lectores verían mi verdadero yo.

Antes me encantaba interactuar con los fans. Mi libro fue un éxito desde el mismo fin de semana que se publicó. Sabía que mi vida cambiaría; lo que nunca pensé es que fuera para peor.

Al principio, respondía a todos los correos electrónicos o publicaciones de fans sobre mí en Facebook. Estaba tan agradecida de que les gustara lo que escribía hasta el punto de querer ponerse en contacto conmigo...

Al llegar a la segunda planta, la puerta de la escalera de la primera se abre y se cierra de un portazo. Oigo pasos que suben. Mi respiración se acelera mientras subo las escaleras a toda prisa.

Antes me encantaba interactuar con los fans. Me encantaba ser escritora. Lo cierto es que no he escrito ni una palabra en mucho

tiempo. Sabía que la notoriedad traía consigo sus inconvenientes. Nunca sospeché que me afectaría de esta manera.

Los pasos que suben por las escaleras también empiezan a acelerarse y mi corazón late más rápido. Corro todo lo que me permiten los tacones hacia la puerta de la tercera planta y la abro. No me importa que mi habitación esté en la cuarta. No puedo estar en esta escalera.

Cuando estoy en la tercera planta, cierro la puerta tras de mí y no miro atrás mientras me apresuro por el pasillo. No tengo ni idea de adónde voy.

De repente, oigo que se abre la puerta de la escalera y sale un hombre de traje, que camina en dirección opuesta a la mía. Vuelvo a respirar hondo y agacho la cabeza.

Yo nunca he sido así. Asustadiza. Ni siquiera estoy segura de a qué tengo miedo.

Todo cambió cuando recibí el primero de muchos correos electrónicos de un lector. El asunto decía: «Soy tu mayor fan». Hice clic en el correo de alguien llamado IWriteAlone2009. Era de una cuenta de Gmail. La persona se explayaba sobre cuánto le había gustado *Mi vida como asesina*. Repasaba algunas de sus escenas favoritas del libro, que para ella eran las formas explícitas en que asesinaban a la gente. Me dio mal rollo, aunque no era el primer correo de este tipo que recibía. Quien escribía el correo nunca se identificó con otro nombre que no fuera IWriteAlone2009. Al final del mensaje, escribió: «De tu fan número uno».

Me pregunté quién sería. Me imaginé a una joven creativa que debía de sentirse muy sola. Escribir puede ser una ocupación muy solitaria. Normalmente no estás rodeada de gente. ¿Era 2009 una indicación de su edad o solo unos números al azar?

Respondí como suelo hacerlo, dándole las gracias por leerme y diciéndole lo contenta que me sentía de que le gustara mi historia. Poco después, sin embargo, recibí otro correo electrónico de mi fan número uno.

Empezó de forma bastante inocente. IWriteAlone me decía cuánto había disfrutado también con algunos de mis otros libros. Me hacía saber que compraría todos mis demás libros y cualquier cosa

que escribiera en el futuro. Unos días después, volvió a enviarme un correo elogiando lo mucho que había disfrutado de algunos de mis libros antiguos.

Luego empezó a volverse más personal, lo cual no me pareció mal. IWriteAlone empezó a hacerme preguntas sobre mi proceso de escritura y sobre cómo lograba alcanzar el estado mental necesario para dar con las ideas que tengo. Las respondí todas, y además con prontitud. Me encantaba responder a este tipo de preguntas de los fans. IWriteAlone dijo que quería llegar a ser escritora como yo y me encantó la idea de que tal vez pudiera inspirarla a dar rienda suelta a su creatividad.

No fue por ahí la cosa.

Primero, el aura de los correos cambió. IWriteAlone empezó a expresar cada vez más autodesprecio por no ser una autora publicada y por el hecho de que yo sí lo fuera. Se menospreciaba continuamente y se burlaba de su incapacidad para escribir una historia. IWriteAlone decía que no era lo suficientemente buena como para ser como yo.

Intenté asegurarle que no pasaba nada por sentirse así. Digo *ella,* aunque nunca compartiera su nombre, género ni nada personal sobre sí misma. Supuse que era una mujer joven por lo que escribía, pero nunca lo confirmé.

Uno de los correos de IWriteAlone decía que «mataría» por ser como yo y que yo debería estar «agradecida cada día» por no ser como ella. Esta vez no respondí. Había algo ominoso en aquel correo. El contexto importa. Quizá no tuvo intención de sonar así. Es difícil saberlo cuando se trata de un correo electrónico.

Para mí, lo que escribió era preocupante cuanto menos. Si hubiera sido una amiga, habría ido a su casa para ver cómo estaba. Pero no sabía nada de IWriteAlone, mi fan número uno.

Pensé en pedirle más detalles personales. ¿Dónde vivía? ¿Cuál era su nombre de pila? Algo que pudiera utilizar para confirmar más datos sobre quién podría ser. Por aquel entonces, ya había recibido más de treinta correos en pocas semanas. Estaba preocupada. Temía que el autodesprecio y el odio que parecía tenerse a sí misma pudieran derivar en autolesiones.

Sin embargo, no respondí a su correo.

Me iba de viaje con Matt durante una semana. Queríamos celebrar el éxito de *Mi vida como asesina* yendo a un complejo turístico en las Montañas Rocosas. Matt me hizo prometerle que no me llevaría el móvil ni el portátil al viaje. Pero tuve que hacerlo. Tenía tareas que debía completar, aunque estuviera de vacaciones.

Él se estaba molestando cada vez más conmigo por el tiempo que dedicaba a mi trabajo como autora. Ya entonces sabía que le molestaba un poco que yo pospusiera la boda, pero, como él mismo me decía, esta era una oportunidad única en la vida. Tenía que aprovecharla al máximo.

Cuando volvimos de nuestras vacaciones, tenía muchos correos electrónicos esperando respuesta. Correos que a día de hoy todavía me hacen estremecer cuando pienso en ellos. Algunos eran de mi editorial y de fans; tenía unos cuantos habituales que me escribían con frecuencia. Disfrutaba hablando con los fans. Ya no tenía compañeros de trabajo. Era como si esos lectores se hubieran convertido en ellos.

Esos no me molestaban. Normalmente me hacía ilusión responderles. Lo que sí me molestaba eran los múltiples correos electrónicos de IWriteAlone. ¿Cuántos correos puede enviar una persona en una semana? La respuesta: cuarenta y uno. Los conté.

El más antiguo era bastante inofensivo. «¡Hola! —escribió IWriteAlone—. ¡Acabo de terminar otro de tus libros! ¡Ya me los he leído todos! Tienes que escribir más para que tenga algo que hacer. Atentamente, tu fan número uno».

El siguiente estaba escrito con un tono muy distinto. «¿Por qué no me has contestado?», decía el asunto del correo. Al pinchar en él, IWriteAlone decía que se había tomado la molestia de escribirme y que le sentaba mal que yo no respondiera.

Debería haber puesto una respuesta de «fuera de la oficina» para que cualquiera que escribiera mientras yo no estaba recibiera un correo avisando de que estaría ausente hasta cierta fecha. A veces me pregunto qué habría pasado si lo hubiera hecho. ¿Podría haber evitado todo lo que vino después?

El correo que siguió estaba escrito todo en mayúsculas. «¡TE ODIO!». El mensaje tenía varias palabrotas salpicadas por aquí y por allá. El autodesprecio que sentía hacia sí misma empezaba a convertirse en ira y rabia hacia mí.

Los correos posteriores parecían tener todos el mismo tono, cada uno en mayúsculas. «¡DEBERÍAS TRATAR MEJOR A TUS FANS!», «¡NO ME MEREZCO ESTO!», «¡NO TE DESEO MÁS QUE LO PEOR!».

Leí todos y cada uno de sus correos. Ni siquiera me molesté en abrir los de otras personas. Estaba tan absorta en cómo alguien que decía ser mi fan número uno podía volverse tan rápidamente en mi contra.

Con cada correo, sentía que mi corazón latía más deprisa. Me faltaba el aire al leer sus duras palabras hacia mí. Si alguien me hubiera dicho todo esto a la cara, estaría aterrorizada. Aunque fueran frases virtuales, tenían el mismo impacto. Tenía miedo. ¿Quién era IWriteAlone2009?

Había algo que me sacaba de quicio de esa persona. Me asustaba la idea de conocer a alguien así. Literalmente, podría ser cualquiera. No tenía ni idea de qué aspecto tenía.

Cuando llegué a su último mensaje, contuve la respiración. Esta vez no había frases en mayúsculas. El asunto del correo decía: «Estás acabada». Abrí el mensaje, recordándome a mí misma que debía respirar antes de desmayarme. «Recibirás lo que te mereces». Eso era todo. Eso fue todo lo que escribió.

Aún recuerdo lo asustada que estaba mientras leía aquel último mensaje. Por si las palabras que escribió no fueran lo bastante aterradoras, debajo del texto había una foto. Reconocí el lugar de inmediato. Era una cafetería cerca de donde yo vivía. A veces me gustaba escribir allí. Siempre me sentaba en el mismo sitio si podía. Los grandes ventanales de la cafetería daban a la calle y me gustaba observar el ajetreo exterior mientras escribía.

Al examinar la foto, se me desencajó la mandíbula. Me vi a mí misma sentada a la mesa de la cafetería, mirando por la ventana.

Recupero el aliento en el pasillo de la tercera planta del hotel, recordando lo que me pasó. Miro por el pasillo vacío. Cuando estoy

segura de que el hombre que iba detrás de mí se ha ido, reúno el valor necesario para volver a la puerta de la escalera. Respiro hondo al abrirla. Al entrar en el hueco de la escalera, todo está en silencio. Demasiado silencio. Hay tanto eco que se oiría caer un alfiler. Solo faltan unos escalones para llegar a la cuarta planta, pero no soy capaz de dar ni uno solo. Me tiembla la mano sin control.

Cierro la puerta y vuelvo a la tercera planta, aporreando el botón del ascensor. Calmo la respiración, comprobando mi pulso con el dedo. Siento cómo se ralentiza con mis respiraciones más largas.

Aquel no fue el último correo que me envió IWriteAlone. Pronto llegaron más fotos. Estas no tenían texto, solo imágenes. En una salía yo en la calle caminando hacia mi coche. Otra era de mi edificio de apartamentos.

Llamé a la policía, pero no hicieron nada al respecto. IWriteAlone no había cometido ningún delito, me dijeron.

Por la ansiedad, dejé de leer mis correos por completo. Matt estaba preocupado por cómo me encontraba y me animó a borrar toda mi cuenta. Pero yo tenía miedo. No podía. Necesitaba ver qué iba a enviar IWriteAlone a continuación. Era una forma de saber dónde estaba o quién podía ser.

No borré mi cuenta, pero Matt me convenció para que cerrara la sesión y no volviera a entrar.

Ahora nadie podía localizarme. Ni los fans, ni mi editora, Vanessa. Ni siquiera mi editorial. No quería saber nada de nadie.

Apenas salía de casa y, cuando lo hacía, Matt estaba a mi lado. No podía soportar la idea de que alguien pudiera estar ahí fuera, observándome. Haciéndome fotos. IWriteAlone podía pasar por mi lado y yo no lo sabría.

A pesar de todo el dinero que gané escribiendo, lo devolvería todo. No vale la pena después de lo que me ocurrió. Me da miedo todo.

Lo único que siempre quise fue escribir un libro desde que era adolescente y me enamoré de la lectura. Y lo hice. Luego escribí otro y otro más. Entonces escribí *Mi vida como asesina*. Eso lo cambió todo y no para mejor.

Mi escritura se detuvo bruscamente después de lo de IWriteAlone. No fui capaz de escribir una frase completa después de aquello. Solo hablaba con mi editorial por teléfono. Al principio, me animaban a seguir escribiendo. «Escribe una frase. Una palabra en una página. Un paso tras otro».

No podía.

Se ofrecieron a pagarme una terapia para el trauma.

Me negué. Era más fácil no pensar en IWriteAlone.

Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y no haber sido nunca escritora.

En mi editorial se estaban molestando cada vez más por mi reticencia a hacer nada. Amenazaron con dejar de pagarme los derechos de autor si no cumplía lo que les prometí cuando firmé el contrato que me ofrecieron. *Mi vida como asesina* seguía siendo un gran éxito y yo quería que mis cheques siguieran llegando. Tuve que ponerme a trabajar un poco, lo que incluía esta convención y la firma de libros de hoy.

Sin embargo, aún queda más por venir.

La puerta del ascensor se abre y entro. Una pareja de ancianos me saluda con sonrisas acogedoras. Esbozo una leve sonrisa y pulso el botón de la cuarta planta. La mujer arquea una ceja y mira a su marido al ver que subo un solo piso. Solo puedo imaginar lo que estará pensando la pareja.

Cuando salgo del ascensor en mi planta, me dirijo a mi habitación sacando la tarjeta. ¿Cómo ha podido mi vida cambiar tan rápido? Después de que se publicara *Mi vida como asesina*, me sentía en la cima del mundo..., hasta que IWriteAlone entró en mi vida.

Ahora no puedo escribir. Mi vida como autora está a punto de implosionar.

Ojalá pudiera decir que las cosas con Matt han mejorado. Pensé que se alegraría cuando yo dejara de escribir y pudiera pasar más tiempo con él.

Tampoco fue el caso.

Mi relación con Matt es lo único que me queda e incluso eso está en la cuerda floja después de lo que hizo. A veces me pregunto

por qué sigo con él. ¿Cómo puedo seguir comprometida con él ahora que mi confianza se ha roto de forma irreparable?

Me acerco a mi habitación y me quedo fuera, mirando la puerta. Vuelvo a respirar hondo y estoy a punto de pasar la tarjeta para abrir cuando me doy cuenta de que está entreabierta. Es la tercera vez desde que llegamos al hotel que la puerta no se cierra del todo. Se lo dije a Matt y pensé que deberíamos pedir otra habitación, pero a él no le preocupaba.

Empujo la puerta y entro en la habitación. Matt está en la cama, viendo la televisión. Me sonríe al entrar y yo me obligo a devolverle la sonrisa.

Ojalá fuera cualquier otra persona menos yo.

CAPÍTULO 4

—Hola —dice Matt, ensanchando su sonrisa—. ¿Qué tal ha ido? Apaga la televisión y espera a que yo responda.

Doy una sacudida a la pierna y el zapato de tacón sale volando. Me quito el segundo y me dejo caer en la cama junto a él.

Me pregunto si Matt se habrá perdido mi evento y la firma de libros por culpa de algo que estaba viendo. Intento que la idea no me moleste.

—Por un momento he pensado que lo estaba llevando bien —digo con sinceridad—. Pero luego ha pasado algo que me ha hecho preguntarme qué demonios hago aquí.

Matt se arrastra por la cama hacia mí y se tumba a mi lado. —¿Qué ha pasado? —pregunta con tono serio.

Me río. —Una chica joven me ha dicho que era seguidora mía y se me ha acercado. Simplemente..., me he asustado. Literalmente. He salido corriendo. Luego me daba miedo hasta coger el ascensor —pienso en mis payasadas, subiendo corriendo hasta la tercera planta, y hago un gesto con la mano en el aire—. De verdad que estoy loca.

Me besa en la mejilla. —Lo siento —dice.

Niego con la cabeza. No habrías podido hacer nada por mí. Aunque eso no es cierto. Podría haber estado allí. Podría haber estado presente en mi evento y en la firma de libros. Me entran ganas de decírselo. Podría gritarle por no haber ido. En lugar de eso, respiro hondo.

—Odio a tu editorial —dice Matt con la vista fija en el techo—. Mira lo que te están haciendo. Obligarte a pasar por esto después de lo que viviste. ¿Cuántas firmas más tienes?

—Unas cuantas la semana que viene —digo negando con la cabeza—. Suspiro—. Tengo que hablar con Vanessa sobre ellas. Se supone que nos vemos esta noche. Pero no serán ni de lejos tan grandes como la de hoy. Firmas en librerías más pequeñas.

Matt menea la cabeza. —De verdad que odio a tu editorial —repite—. Si es demasiado para ti, no lo hagas, ¿vale?

Lo miro con una sonrisa forzada. —¿Y cómo quieres que cobre?

—¿A quién le importa eso? —dice Matt—. Ya has ganado suficiente dinero. Puede que ni siquiera te retiren los derechos de autor. Quizá solo ha sido una amenaza. Deja que hable yo con ellos por ti.

Niego con la cabeza. —Probablemente no sea buena idea. Les dirías lo mucho que los odias.

Matt se ríe. —Vale, un abogado entonces. Contratamos a uno para que nos asesore. Tenemos motivos para demandarlos si dejan de pagarte. ¡Mira lo que te ha hecho el trabajar con ellos!

Niego con la cabeza. —Bueno, sea como sea, ¿qué has hecho tú hoy? —pregunto, cambiando de tema. También tengo curiosidad por saber qué ha estado haciendo en lugar de estar conmigo.

—La Torre CN —responde con una sonrisa.

Asiento con la cabeza. Eso era algo que íbamos a hacer juntos. Habíamos hablado de ir allí y a algunos sitios más cuando terminara la convención. ¿Se le ha olvidado por completo?

¿Me está diciendo la verdad siquiera? Desecho ese pensamiento y mi enfado.

—Qué bien —digo—. ¿Qué tal ha estado?

Se encoge de hombros. —Bueno, normal. No creo que a ti te gustara. ¿Qué quieres hacer el resto del fin de semana?

Me dan ganas de poner los ojos en blanco, pero no lo hago. Yo quería hacer cosas de turista con él, pero ahora ya no puedo. No estoy segura de adónde podríamos ir que él no haya visto ya. Como no le respondo, empieza a enumerar algunas cosas que podríamos hacer. Mientras divaga, pienso en mi interacción con la fan en el vestíbulo del hotel. Estoy totalmente avergonzada por cómo me he comportado.

Me giro de costado para mirarle. —No deberíamos habernos quedado en este hotel. Está conectado a la convención. Hay demasiados fans por aquí. No creo que pueda soportarlo. Quizá deberíamos volvernos a casa.

—¿A casa? ¿A Alberta? ¿A Chestermere? —dice sorprendido—. Venga ya. Esto es como unas vacaciones para nosotros. Las necesitamos.

—Pero es que no quiero estar aquí.

Él asiente. —Veré si puedo reservarnos sitio en otra parte para este fin de semana, ¿vale?

—No lo sé —digo—. De verdad, solo quiero desconectar en casa después de lo de hoy. Lejos de cualquier sitio donde alguien pueda reconocerme.

—Consultémoslo con la almohada —dice Matt—. Mañana por la mañana, si todavía tienes ganas de irte, nos iremos. Cambiaré los vuelos y volveremos. Si te apetece quedarte y divertirte, podemos hacerlo. Reservaré otro hotel.

Suspiro. —Está bien.

—¡Perfecto! —dice con entusiasmo—. ¿Tienes hambre?

—¡Me muero de hambre!

—Hay un asador en el hotel que tiene una pinta estupenda. ¿Lo probamos? Me llega el olor cada vez que paso por el vestíbulo y se me hace la boca agua.

—¿No podemos pedir el servicio de habitaciones? —suplico.

Pone una mueca. —¿En serio? ¿Acortar nuestro viaje y ni siquiera probar los restaurantes? —Me besa en la mejilla al ver mi expresión—. Vale, perdón —dice—. Sé que has tenido un día difícil. Solo quería invitarte a algo. Celebrar que lo has superado. Tomar un poco de vino. Dar un paseo por la ciudad después. Sería romántico. —Cuando no digo nada, por fin lo entiende—. Lo siento —dice—. Un día largo. Un día duro para ti. —Se levanta de la cama—. Sé que habrá una carta del servicio de habitaciones por aquí en alguna parte.

Mientras empieza a buscar, soy aún más consciente de cómo mi ansiedad está empeorando las cosas entre nosotros. Ojalá no

fuera escritora. Ojalá nunca hubiera abierto aquel correo electrónico de IWriteAlone.

Ojalá las cosas fueran mejor entre Matt y yo.

—Oye —digo, incorporándome en la cama—, probemos el sitio ese de las carnes. La verdad es que olía de maravilla en el vestíbulo.

Él sonríe. —¡Perfecto! —exclama—. Dame diez minutos. Solo quiero darme una ducha rápida.

—Te estoy cronometrando —bromeo.

Saca la cartera y el móvil de los bolsillos de sus vaqueros antes de entrar en el baño y cerrar la puerta. Oigo cómo abre el grifo de la ducha y silba una canción.

IWriteAlone arruinó algo más que mi carrera. Afectó a mi compromiso con Matt. Cambié después de lo que me pasó con el acosador.

Matt silba más fuerte y ahora está cantando una canción que no reconozco. Miro su teléfono móvil. Me levanto de la cama y me acerco a él. Me quedo de pie frente al teléfono mientras me planteo intentar desbloquearlo.

Matt siempre usa las mismas contraseñas para todo. Sería fácil desbloquear su teléfono y ver qué ha estado haciendo realmente mientras yo trabajaba. ¿Me ha estado diciendo la verdad?

Ni siquiera estoy segura de qué encontraría. Me ha dicho que ha estado haciendo turismo hoy, y sé que ha sido así, pero a veces me pregunto qué hace Matt cuando no está conmigo.

Cojo el teléfono y respiro hondo, y vuelvo a dejarlo.

Se supone que debo confiar en mi prometido. Sin confianza, ¿cómo voy a casarme con él?

Cometió un error hace seis meses. Besó a una compañera en una fiesta del trabajo. Me lo contó esa misma noche al llegar a casa. Se odiaba a sí mismo tanto como yo lo odiaba a él esa noche por lo que hizo. Rompió la confianza que yo tenía en él, pero poco a poco se esforzó por recuperarla.

Me dijo lo mucho que le dolió que yo pospusiera la fecha de la boda por mi carrera como autora. Me explicó que se sentía enfadado cuando yo dedicaba tanto tiempo a mi trabajo. Nunca estaba

disponible. Incluso confesó que se alegraba de que IWriteAlone me hubiera obligado a frenar.

Aquello dolió. Ojalá nunca lo hubiera dicho. IWriteAlone arruinó mi vida y oír a Matt decir que se alegraba de que hubiera pasado me destrozó. Aunque entendía a qué se refería. Todos los resentimientos se fueron acumulando en su interior y, al final, hizo algo. Algo de lo que se arrepintió de inmediato.

Besó a una compañera.

Alguna chica de la firma de contabilidad. Yo no la conocía de cuando trabajaba con Matt. Era una chica nueva.

Fue solo un beso y no pasó nada más, pero Matt estaba fuera de sí. Dijo que entendería que yo quisiera romper con él.

Al principio, quise hacerlo.

Luego me di cuenta de lo fácil que habría sido salirse con la suya si no me lo hubiera contado. Podría haber mantenido el beso en secreto. Pero no lo hizo. La culpa lo carcomía por dentro.

Mi prometido, mi futuro marido, no puede guardar un secreto así. En cierto modo, eso me encanta de él. Le creí cuando dijo que solo fue un beso y nada más.

A pesar de decirme a mí misma que le había perdonado, y de habérselo dicho a él, ahora estoy a punto de fisgonear en su móvil. Ahora la culpa me carcome a mí.

Matt cierra el grifo de la ducha y abre la puerta del baño, cubriéndose con una toalla. Coge otra toalla para secarse el pelo. Me mira. —¿Sigues dispuesta a ir? —pregunta.

Vuelvo a respirar hondo. —Lista cuando tú lo estés.

Matt se viste rápido y bajamos en el ascensor hasta el vestíbulo. Entramos en el asador e inmediatamente nos recibe el intenso aroma de la carne chisporroteante.

Mis zapatos chirrían contra el suelo de madera pulida al entrar. Me siento un poco fuera de lugar entre los hombres con sus trajes a medida y las mujeres con sus vestidos de cóctel. Debería haberme dejado puesto el conjunto de la convención. La luz es tenue y proyecta un resplandor sobre todo.

Matt le dice a la recepcionista que tiene reserva. Mientras la seguimos hasta nuestra mesa, me molesta un poco que Matt haya

reservado en el restaurante sin consultármelo.

Él echa un vistazo a los platos de comida y me sonríe. —Este sitio tiene una pinta estupenda —dice. Está como un niño en una tienda de chucherías, solo que con carne. Realmente se comporta como un turista.

La recepcionista se detiene en nuestra mesa y le damos las gracias mientras nos entrega las cartas.

—He visto a un tipo con un chuletón que tenía una pinta increíble —dice Matt, hojeando el menú—. ¿Tú qué tienes pensado?

—Ni idea —digo, mirando a mi alrededor. No puedo evitar sentir cierta inquietud. La convención acaba de terminar. Sin duda habrá lectores y fans cerca y es probable que algunos estén comiendo aquí. No sé cómo me he dejado convencer por Matt para venir.

—¿Sidney? —dice una voz profunda—. ¿Sidney Meyers? —Me giro y un hombre apuesto me está mirando. Tiene la mandíbula marcada y el pelo rizado peinado con elegancia natural. Sea quien sea este fan, es guapísimo y tiene una presencia imponente—. Me parecía que eras tú —continúa. Miro a mi prometido, que no se da cuenta del extraño que hay en nuestra mesa. No le interesa la interacción de un fan conmigo, solo el filete que está a punto de pedir.

—Perdone, ¿lo conozco? —pregunto.

El hombre se ríe. —Soy yo, Cole.

CAPÍTULO 5

El apuesto hombre sonríe al ver que no lo reconozco de inmediato. Cuando sus ojos azules claros se encuentran con los míos, de repente caigo en la cuenta.

—Cole —digo, devolviéndole la sonrisa—. Cole Murphy... Pero bueno, ¿cómo estás?

Él se ríe. —Me parecía que eras tú. ¿Cuánto ha pasado? ¿Una década?

—Casi —confirmo—. Matt me mira, esperando a que le presente al desconocido. Perdona, este es mi prometido, Matt Wilson.

Cole se gira hacia mi prometido. —Encantado de conocerte, Matt.

—Igualmente —dice Matt, y se estrechan la mano—. ¿De qué os conocéis vosotros dos?

Cole se ríe. —Nos conocemos desde la edad de piedra.

Suspiro. —No somos tan viejos, Cole. Apenas pasamos de los treinta. Éramos amigos en el instituto.

—¿Amigos? —dice Cole con tono suspicaz—. No me das ningún mérito. Técnicamente soy tu exnovio, ya que salimos durante un mes entero.

Me río. —Bueno, tres semanas, pero para los estándares del instituto no está nada mal. ¿Qué haces aquí en Toronto?

—Llevo un tiempo viviendo por aquí —dice—. ¿Tú también vives aquí ahora?

—No, solo de visita. ¿A qué te dedicas por aquí? —pregunto, totalmente interesada. No había visto a Cole Murphy desde que era adolescente. Admito que no he pensado en él en años, pero siempre fue un chico divertido con el que se estaba a gusto.

—Bueno, estoy estudiando Medicina. Volví a la facultad algo tarde. Me queda un año y, la próxima vez que nos crucemos por casualidad, te obligaré a llamarme doctor Murphy —dice, y vuelve la vista hacia una mujer más joven que está sentada sola en una mesa —. Esa es mi novia, Tess. —Le hace un gesto con la mano y ella niega con la cabeza y le devuelve el saludo tímidamente.

Sonrío a la joven. Tiene fácilmente seis años menos que Cole. Es guapa, con el pelo rubio y largo recogido con un lazo. Mira alrededor del restaurante y me doy cuenta de que no está segura de si debería acercarse a presentarse o quedarse en su mesa.

Si Cole sigue siendo como lo recuerdo, lo más probable es que no le dijera a su novia adónde iba antes de marcharse de repente para saludarme. Era muy espontáneo. Nunca sabías qué sería lo próximo que haría Cole. Era algo que me resultaba atractivo por aquel entonces.

Cole vuelve a saludar a su novia con torpeza. —Bueno, no quiero molestaros. Y Tess me está lanzando esa mirada que grita: «Deja de saludarme como un tonto y de ponerme en evidencia».

Matt se ríe. —Conozco esa mirada —dice y me lanza una ojeada juguetona.

—Por cierto, el chuletón de aquí es fabuloso —dice Cole, haciendo el gesto del chef.

—El T-bone, sin duda —dice Matt.

—Perfecto. Os dejo tranquilos, pero oye, ha sido estupendo volver a verte, Sidney.

—Pasad una buena noche —dice Matt.

—Me ha alegrado mucho verte —digo yo.

Lo observo mientras regresa a su mesa y se sienta en el mismo lado que su novia, Tess. Le susurra algo al oído. Ella se ríe discretamente y oigo un leve resoplido.

—¿Así que un exnovio? —dice Matt con los ojos muy abiertos —. Sé que está bromeando. Matt no es nada celoso. Es el tipo de hombre que se toma una cerveza con cualquiera, habla con todo el mundo y siempre encuentra la manera de llevarse bien con la gente.

—Sí, hace muchísimo tiempo —digo—. Es un tío muy divertido. No me puedo creer que nos lo hayamos encontrado aquí,

precisamente en Toronto.

Oigo las risitas suaves de Tess mientras Cole y ella hablan en secreto, cogidos de la mano. Es tierno verlos sentados en el mismo lado de la mesa.

Ciertamente, Cole se ha convertido en un hombre muy atractivo. Puede que su personalidad sea la misma, juguetona y encantadora como antaño, pero su aspecto ha mejorado sin duda. Cuando salíamos, tenía un poco de sobrepeso. Llevaba aparato en los dientes y tenía mucho acné. Ahora, podría trabajar perfectamente como modelo.

Y va a ser médico. Casi puedo imaginármelo posando como modelo con unos calzoncillos blancos ajustados, un estetoscopio al cuello y una bata blanca de médico desabrochada que revele los abdominales que estoy segura de que tiene.

Doctor Cole Murphy, su nueva paciente lo está esperando.

Sonrío por lo cursi que es mi imaginación. Miro a Matt, que sigue consultando la carta.

—¿Te apetece un entrante? —pregunta.

—Un aperitivo me parece bien —digo.

Matt es casi lo opuesto a Cole. Cuando conocí a Matt, estaba en buena forma. Entrenaba a menudo y practicaba muchos deportes en ligas de aficionados con sus amigos.

Cuando nuestra relación se volvió seria, dice que se «acomodó», como él lo llama. Poco después de empezar a salir, engordó más de diez kilos. Sigue siendo un hombre guapo. Sin embargo, el peso extra lo hace más lento en todas las facetas de la vida. Especialmente en el dormitorio. Matt solía ser capaz de llevarme a un viaje de aventuras cada vez que nos metíamos entre las sábanas. Últimamente es un viaje bastante monótono..., si es que llegamos a tener sexo.

Mi mente vuelve a volar. El doctor Cole es el médico de guardia. «Siguiente paciente, por favor». Imagino al doctor Cole Murphy quitándose su bata blanca, revelando su pecho cincelado y sus hombros anchos.

—¿Quieres caracoles? —pregunta Matt.

Me sacudo esos pensamientos. —Ah, sí. Genial.

Tess resopla más fuerte esta vez, llamando la atención de otra mesa cercana. —Perdone —le dice Cole al hombre de la mesa—. Mi novia tiene prohibida la entrada en los espectáculos de comedia porque hace demasiado ruido. —El hombre mayor le devuelve la sonrisa y Tess le da un golpe a Cole en el hombro—. Tampoco nos dejan salir en público —dice Cole—, por lo violenta que es. —Tess pone los ojos en blanco con gesto juguetón.

Matt se ríe de la interacción y mira la carta. —Tienes razón —me dice—. Es un tipo divertido.

Miro a Cole. Le está diciendo algo a Tess y ella lo mira con ojos seductores. Me pregunto de qué estarán hablando. Cole aparta la vista de su preciosa novia y, por un momento, la sonrisa desaparece de su rostro mientras me mira directamente. Nos miramos fijamente durante lo que parece una eternidad antes de que él vuelva la cabeza hacia Tess.

La camarera se acerca a la mesa. —¿Les traigo algo de beber?

Matt asiente con la cabeza. —Agua, de momento, pero ¿podemos pedir ya los caracoles? —La camarera dice que los traerá enseguida.

Por el rabillo del ojo, veo a Cole levantarse de su mesa y caminar con parsimonia hacia mí. Sonríe mientras se acerca. Matt le devuelve el gesto.

—Siento muchísimo volver a molestaros —dice Cole—. Escuchad, hace tanto tiempo que no te veía... No veo a nadie de aquella época desde que me vine aquí. Si queréis, me encantaría que os unierais a nosotros en nuestra mesa.

—Eh… —digo, sin saber qué responderle. Una parte de mí quiere. La otra siente que es un poco raro. Estoy en una cita con mi prometido y ¿mi exnovio quiere convertirlo en una cita doble? Por otro lado, fue hace mucho tiempo. Está claro que ambos hemos pasado página.

Matt me mira, intentando descifrar cómo responder. Ya noto que le interesa sentarse con ellos. Es un tipo sociable y ha estado solo toda la semana haciendo de turista por aquí.

—Sin presión, chicos —dice Cole, levantando las manos—. No quiero arruinar vuestra cita ni nada parecido.

Matt niega con la cabeza. —No, no, para nada. —Matt vuelve a mirarme y le leo la cara perfectamente. Está intentando obligarme mentalmente a decir que sí.

—Claro —le digo a Cole—. Me parece estupendo.

—Perfecto. —Cole le sonríe primero a mi prometido—. ¿Os acompaño a mi mesa, entonces? —Señala hacia Tess, que vuelve a poner los ojos en blanco ante el humor de su novio.

—¡Podéis decirle que no! —grita Tess—. Puede que no esté acostumbrado a oírlo, pero su sentido del humor solo empeora cuanto más tiempo hablas con él.

Cole se vuelve hacia nosotros con una sonrisa arrugada. —En realidad, tiene razón. Pero yo pago las copas.

Matt se ríe. —¡Hecho! —Empieza a dirigirse hacia la mesa de Cole, y yo lo sigo a regañadientes.

Tess nos estrecha la mano a ambos cuando nos acercamos. —Tess Simmons —dice. Matt y yo nos presentamos. Nos sentamos a la mesa frente a ellos y, de repente, todo se queda en silencio. No tengo ni idea de qué decir. Cole rompe el silencio.

—De verdad que me alegro mucho de volver a verte —dice Cole. Me mira a los ojos por un momento y me cautiva lo azules que son. Recuerdo haber estado completamente encandilada por sus ojos cuando era más joven.

—Yo también me alegro de verte —digo.

CAPÍTULO 6

—Bueno —dice Matt mirando a la pareja—, ¿cómo os conocisteis vosotros dos?

Cole le sonríe a Tess. —Te cedo la palabra, querida. Cuéntales nuestra increíble historia de amor.

Ella pone los ojos en blanco con picardía. —Nos conocimos por internet.

—Ah, sí —dice Cole—. Verdaderamente un romance celestial. Hablamos por internet durante bastante tiempo antes de que reuniera el valor para pedirle una cita y... me dijo que no.

Tess resopla de nuevo. —Siempre le cuentas eso a la gente.

—Quiero que la gente comprenda el rechazo por el que he pasado —dice él—. No es fácil ser yo.

Tess mira a Matt. —Él es mayor que yo, como podéis ver. —Cole la mira entornando los ojos—. Al principio no estaba muy segura de él. Quiero decir, es ciertamente diferente a cualquier hombre con el que haya salido.

—Con eso quiere decir que soy realmente pesado —dice Cole.

—Bueno, también está eso —dice Tess, devolviéndole la sonrisa.

—Por suerte, mi corazón no quedó completamente destrozado después de que se ensañara con él, y finalmente volví a pedirle una cita, a lo que ella accedió a regañadientes. Y casi cuatro meses después, ahora vivimos juntos.

—Enhorabuena —dice Matt—. Eso es genial.

—Gracias —dice Cole—. Nos estamos alojando en casa de sus padres.

Tess suspira. —Es su casa de vacaciones —dice ella—. No vivimos con mis padres. No hace falta que cuentes que no es mía.

Cole se ríe. —Cierto. Bueno, no es nuestra casa. Algún día espero tener una casa como esa, la verdad. Está justo frente al lago. Es realmente preciosa. He hecho bien en juntarme con una chica rica.

Tess vuelve a suspirar y me mira. —¿Siempre fue así de terrible?

—En el instituto era todavía peor —bromeo.

La camarera nos trae las bebidas y Matt le da las gracias a Cole por habernos invitado.

—Y bien —dice Matt, tomando un sorbo de su vino—, ¿por qué rompisteis vosotros dos? —Me mira a mí y luego vuelve a mirar a Cole. Siento que se me enrojecen las mejillas. ¿Por qué tiene mi prometido que desvivirse por hacer preguntas incómodas? Me recuerdo a mí misma que ocurrió hace más de una década y que no es para tanto.

—Buena pregunta —dice Cole, mirándome con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasó exactamente?

Antes de que yo pueda decir una palabra, Tess interviene. —Obviamente, recuperó el sentido común. —Matt se ríe, seguido más ruidosamente por Cole.

—Bueno —dice Cole, mirando a mi prometido—, creo que simplemente no estábamos muy por la labor el uno con el otro. No creo que tuviéramos esa chispa romántica. Estábamos mejor como amigos.

—¿Y cómo os hicisteis amigos? —pregunta Tess.

Esta vez respondo yo. —Él era mi profesor particular de inglés.

Matt levanta las cejas. —¿Tuviste problemas con el inglés? —Se ríe de la ironía.

—Los tuvo —dice Cole mientras me mira—. Vi el anuncio que puso tu madre en un tablón del colegio y llamé. Quería ganar algo de dinero extra. Empecé a trabajar con ella su gramática y su ortografía.

—Tú también hiciste que me aficionara a la lectura —digo con una amplia sonrisa.

El rostro de Cole decae momentáneamente antes de que vuelva la sonrisa. —Es verdad. Odiabas todo lo relacionado con la

clase de Lengua. Hice que leyera unos cuantos capítulos de este viejo libro sobre crímenes reales y se quedó enganchada.

—¿Qué libro era? —preguntó Tess.

Le sonrío. —*A sangre fría*, de Truman Capote.

—Y ¿a qué te dedicas ahora? —pregunta Cole—. Me muero por saber cómo es tu vida en la actualidad. Evidentemente, has pasado a hombres más maduros. —Le sonríe a Matt y mi prometido se ríe.

—De hecho, soy escritora —digo.

Cole se queda boquiabierto. —¿No me digas? ¿En serio?

—Está siendo modesta —dice Matt—. De hecho, es una de las autoras más vendidas del *New York Times*.

Cole me mira y sonríe. —Eso es increíble. ¿Qué libro has escrito?

Me aclaro la garganta. —He escrito unos cuantos, pero el más vendido se titula *Mi vida como asesino*. Es un thriller psicológico narrado exclusivamente desde el punto de vista del villano.

—¿Un libro entero escrito desde la perspectiva del malo? —pregunta Cole—. ¿Del asesino?

—Sí, es muy diferente, pero a muchos lectores les encanta.

Cole da un golpe en la mesa. —Bien hecho, Sidney.

—Gracias —digo con una sonrisa tímida.

—Eso es maravilloso —dice Tess—. Cole siempre ha querido escribir un libro. Supongo que tendrás que pedirle algunos consejos a tu vieja amiga.

Él responde con una sonrisa forzada. —No me lo tomo muy en serio. Llevo varios años con mi manuscrito, pero solo tiene unos pocos capítulos. Nada que ver contigo.

—No te rindas —le digo—. Estaré encantada de ayudarte si quieres ponerte en contacto. Escríbeme un correo cuando quieras. —Matt me mira y me doy cuenta de lo que he dicho—. O dame tu número. Siempre puedes enviarme un mensaje.

—Gracias —dice Cole.

—¿Sigues leyendo mucho? —pregunto. Cole era un auténtico ratón de biblioteca en su día. Siempre estaba con la nariz metida en algo.

—A menos que hayas escrito un libro de texto de medicina, no lo he leído —bromea Cole—. Pero ahora tendré que leer el tuyo. —Mira a Tess un momento y luego vuelve a mirarme—. No estáis aquí por la convención, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. —De hecho, he dado una charla allí.

Matt tose. —Vuelve a ser modesta. Más bien ha sido la ponente principal. El evento estrella de la convención.

—Eso es increíble —dice Cole, y mira a Tess—. Ojalá lo hubiera sabido. Habríamos ido a verte hablar. —Mientras me sonríe, intento ocultar mi decepción. Matt sabía lo importante que era mi evento y, en cambio, se fue a pasar el tiempo a solas por Toronto.

Cole levanta su copa. —Brindo por ti y por tu éxito, Sidney.

Los cuatro levantamos nuestras bebidas y nos turnamos para brindar chocando los vasos. Cuando Matt y Tess chocan los suyos, él se queda mirándola un poco más de lo necesario antes de volver a mirarme.

Cole se aclara la garganta. —¡Ahora no solo tengo que comprar tu libro, sino que necesito un autógrafo! ¡Eres una celebridad!

—Para ya —digo entre risas—. Sigo siendo la misma.

Cole bebe su cerveza. —Bueno, supongo que ahora tendrías que invitarnos tú, ya que estás tan forrada como los padres de Tess. Si no fuera por mis tutorías, quizá no serías una escritora famosa.

Matt se ríe. —La próxima vez, si la hay, las copas corren de nuestra cuenta.

—Eso sí que es un plan —dice Cole. Matt y él vuelven a chocar sus bebidas—. Pero tienen que ser copas de verdad. Nada de vino ni de lo que sea que estés bebiendo ahí. —Matt se ríe.

Tess se aclara la garganta. —¿Cuánto tiempo vais a estar en Toronto?

—Solo unos días más —dice Matt—. Volveremos pronto a Alberta.

—Puede que antes —digo, lanzándole una mirada a Matt.

Tess asiente cuando Cole levanta las cejas, con la cara muy expresiva. —Oye, ¿por qué no os quedáis con nosotros? Estamos en

esa casa preciosa que está justo junto al lago. —Mira a Matt—. Es de primera categoría. Un sitio precioso.

—¿Con vosotros? —digo desconcertada.

Tess dice en tono de broma: —Cole. Están de vacaciones. No querrán pasarlas con nosotros.

Cole pone una mueca. —Solo es una idea. Bueno, ahí queda la invitación.

CAPÍTULO 7

Después de la cena, Cole nos dio a ambos un fuerte abrazo de despedida, mientras su novia nos estrechaba la mano disculpándose por el comportamiento de él. Intercambiamos algunas cortesías más antes de abandonar el restaurante. Matt y yo apenas habíamos empezado a caminar hacia el ascensor cuando me preguntó si me apetecía dar un paseo antes de retirarnos.

Fuera estaba oscuro y, aunque una parte de mí se sentía inquieta por el encuentro previo con el fan en el vestíbulo y me preguntaba si volvería a ocurrir, la cena había sido muy divertida. Tenía mucha energía acumulada después de haber cenado con Cole y Tess.

Un paseo me vendría de maravilla.

Mientras paseamos por las calles del centro de Toronto, Matt alarga la mano y me coge la mía. Le devuelvo una leve sonrisa mientras caminamos en silencio. Hace apenas unos instantes, los dos estábamos casi tan ruidosos como Cole. Su energía era contagiosa.

Ahora que él no está, nos hemos desinflado por completo y solo nos tenemos el uno al otro.

El móvil me suena en el bolsillo. Suelto la mano de Matt y miro la pantalla. —Es Cole —digo. Leo su mensaje en voz alta—: «Me lo he pasado genial recordando viejos tiempos y conociendo a tu encantador prometido. Ahora tienes que invitarme a la boda. Sé que dijiste que no, pero si quieres pasarte por la casa del lago para cenar o algo así, serás bienvenida. Avísame si cambias de opinión. Si no, nos veremos dentro de unos quince años en cualquier otro sitio aleatorio. Cuídate».

Matt se ríe. —¡Qué tío más divertido! —dice—. Tiene una energía especial, ¿verdad? ¿Siempre ha sido así?

Asiento. —Oh, sí. Siempre ha sido ruidoso y siempre ha intentado entretener a todo el mundo.

Matt me mira y me aprieta la mano con más fuerza. —No parece el tipo de persona que daría clases particulares. Me sorprende.

Me río. —Bueno, no era muy bueno en eso, aunque sí me ayudó a descubrir mi amor por la lectura.

—Tampoco parece médico —dice Matt—. Siempre asumo que son unos estirados y demasiado serios, pero Cole tiene un sentido del humor muy divertido. —Me mira—. Me extraña que solo salieras con él unas semanas. Sé que suena raro, pero no puedo evitar pensarlo.

—Estábamos mejor como amigos.

—No dejas de decir eso —dice Matt, arqueando una ceja mientras doblamos una esquina—. Pero nunca has explicado exactamente qué significa eso.

—Cole puede ser divertido, en dosis pequeñas. —Me río—. Nunca fue un chico serio. Siempre estaba «a tope», y a veces podía resultar cargante. Creo que simplemente me cansé de eso.

Me viene a la memoria un recuerdo de Cole cuando le dije que quería romper. Sus hermosos ojos claros se llenaron de rabia de inmediato y empezó a gritarme que era una hipócrita. Vociferó que yo era una mentirosa. Era capaz de pasar de la alegría a la ira en un instante. Fue la única vez que lo vi así, pero me asustó.

—Es un tío apuesto, además —dice Matt. Es un comentario extraño en él. Matt no es de los que hablan del aspecto físico de otros hombres. Cuando lo miro, me está observando, esperando una respuesta. Me pregunto si una parte de él siente celos, de algún modo, de una relación que duró tres semanas cuando yo era adolescente.

—Sí —digo—. Era un chico más corpulento en el instituto. Ha perdido mucho peso desde la última vez que lo vi.

—Su novia también es guapa —dice Matt, con la vista perdida en la calle.

Esta vez soy yo quien lo mira fijamente. —Sí. Y también mucho más joven que Cole.

Matt se frota las manos y les echa el aliento. —Se ha levantado un poco de brisa esta noche.

—Podríamos volver al hotel.

Él niega con la cabeza. —No, no importa. Echaba de menos caminar así contigo. ¿Recuerdas cuando empezamos a salir? Podíamos caminar durante horas solo hablando.

Sonrío ante el recuerdo. —Siempre empezábamos con un Starbucks y cogíamos otro café por el camino de vuelta.

Matt sonríe. —Incluso cuando nos conocimos en la firma de contabilidad, salíamos a caminar juntos en los descansos. Y aquí estamos. Seguimos juntos. Seguimos caminando.

Se detiene de repente y me coge la mano. —Te quiero —dice suavemente mientras se inclina para darme un beso rápido.

Sus labios están suaves y fríos al mismo tiempo. No estoy segura de si es por la brisa o por mis propios sentimientos confusos, pero su beso carece de cualquier tipo de calidez.

Pienso en Cole y Tess en el restaurante. Los dos estaban sentados en el mismo lado del reservado y se les veía encantados. Se notaba al instante, por su aura y por sus besos, que ambos estaban enamorados.

Si un extraño nos viera a Matt y a mí besándonos, ¿nos veríamos de forma parecida?

Aunque su amor es nuevo, el mío está pasado. Algo magullado después de lo que Matt hizo con su compañera en la fiesta del trabajo. Me pregunto cómo se sintió Matt después de besar a su compañera. ¿Tuvo el mismo entusiasmo que Cole con su novia?

—Yo también te quiero —digo rápidamente. Le agarro la mano y me doy la vuelta, obligándole a continuar el paseo.

Mi teléfono suena de nuevo, rompiendo la tensión.

—Parece que Cole de verdad quiere que vayamos a su casa del lago —se ríe Matt.

Leo el mensaje y suspiro. —No es Cole —digo—. Es mi editora, Vanessa.

Leo su mensaje: «No ha aparecido a nuestra reunión. Esto es completamente inaceptable. Llevo esperando más de quince minutos. Por favor, reúnase conmigo en la sala de conferencias donde acordamos. Tenemos que hablar».

—¿Va todo bien? —pregunta Matt.

Vuelvo a suspirar. —He metido la pata. Tengo que volver al hotel. Me había citado con Vanessa para una reunión tardía.

—¿Tienes que irte otra vez? —pregunta Matt con rostro decepcionado—. Acabamos de empezar nuestro paseo.

Me giro y miro hacia el hotel. —Está a solo unas manzanas. Vayamos. No debería llevar mucho tiempo. Puedes venir conmigo o quedarte en la habitación.

Matt suspira. —No, no pasa nada. Ve tú. Yo voy a seguir caminando un rato.

—Matt —le suplico—, quiero pasar tiempo contigo, pero tengo este último compromiso.

—Está bien —dice Matt—. Tenemos el resto del fin de semana, ¿no? ¿O es que nos vamos?

Irme es precisamente lo que me gustaría hacer, pero no se lo digo. —Nos quedaremos en la ciudad el fin de semana. Pásalo bien, ¿vale? ¿Entonces no vienes conmigo?

Matt me besa y da un paso atrás. —Ve a tu reunión. Aún no he terminado de caminar. Nos vemos luego. —Se da la vuelta y se aleja por la calle. Lo observo y respiro profundamente, preguntándome cuánto han cambiado las cosas entre nosotros.

Me pregunto si Matt y yo nos parecimos alguna vez a Tess y a Cole.

CAPÍTULO 8

Cuando entro en la sala anexa al salón de conferencias, Vanessa me está esperando. Está sentada a la mesa en la que yo estuve durante la firma, escribiendo mensajes con el móvil. En cuanto me ve, lo baja y me dedica una amplia sonrisa. Odio cuando alguien pone una expresión tan superficial como la suya. Es obvio que no está muy contenta, sobre todo después de los mensajes que me acaba de enviar.

—Hola, Vanessa —digo—. Siento mucho haber llegado tarde. Yo...

—No te preocupes, Sidney. Me alegro de que hayas venido. Me temía que no te presentaras.

Respiro hondo. Es un comentario justo. Para empezar, ni siquiera quería estar aquí.

—Y bien, ¿cómo ha ido hoy? —pregunta—. Sé que no ha sido fácil.

Asiento con la cabeza. —No ha estado tan mal —respondo. Por un momento pienso en contarle el incidente con un fan en el vestíbulo del hotel, pero me detengo. Vanessa es mi editora, no mi amiga. Trabaja para mi editorial. Y lo que a ellos les importa es el dinero que han invertido en mí, no mi bienestar general.

Vanessa sonríe, esta vez de forma un poco más genuina. —Eso está bien. Bueno, la empresa quiere que repasemos cómo progresa tu nuevo libro.

Estoy casi segura de que dejo de respirar al oír sus palabras. El progreso es cero. Nada. Ni una miserable frase. Claro que he intentado escribir muchas veces, pero todo era basura. Era casi como si se me hubiera olvidado cómo ser escritora.

Vanessa saca un portapapeles. —En realidad, deberíamos empezar confirmando las fechas de tus próximas firmas. Las tengo todas aquí para ti. —Abre el portapapeles y me entrega una hoja con fechas y lugares impresos—. Son todos los sitios que repasamos por teléfono. Solo quiero tu confirmación ahora para asegurarme de que no hay ningún problema.

Respiro hondo y miro los nombres de las librerías con las horas y fechas al lado. Siento que empiezo a marearme mientras lo hago. Ni siquiera estoy segura de haber leído nada con claridad cuando le confirmo a Vanessa que no habrá ningún problema.

—Genial —dice—. Entonces, ¿cómo va el libro? La historia de la suegra.

Cojo aire antes de responder. —Estoy cambiando algunas cosas. Estoy pensando en hacer algo distinto.

Vanessa me mira con incredulidad. —Habíamos acordado la historia de la suegra. Las historias sobre familia política están de moda ahora mismo. Eso es lo que quiere nuestro público de *thriller* doméstico. Deberías haber hablado conmigo antes de cambiar de rumbo, Sidney. —Recupera el aliento—. Bueno, ¿qué estás escribiendo ahora?

Miro alrededor de la sala como si la respuesta estuviera escrita en las paredes de hormigón. —Estoy pensando en escribir una historia sobre una pareja. —Pienso en Cole y Tess—. Esta pareja es invitada a una cabaña aislada por unos nuevos amigos que acaban de conocer.

A Vanessa se le iluminan los ojos. —Siempre me han gustado los escenarios aislados. Me interesa. ¿Qué ocurre exactamente?

—Muchas cosas. Todavía estoy dando forma a los puntos principales de la trama.

Vanessa me dedica otra mirada. —¿Todavía estás con la estructura? —Como no respondo, aparta la vista—. ¿Exactamente cuántas palabras has escrito?

—Nada todavía —digo—. Todavía estoy...

—No sé ni qué decir, Sidney. —Vanessa sacude la cabeza—. Quiero decir, el éxito de tu libro es asombroso. Pensé que estarías muy motivada para mantener el ritmo. Ya hemos ampliado tu plazo

de entrega seis meses. La editorial quiere el manuscrito terminado en menos de cinco meses. ¿Qué se supone que debo decirles?

Agacho la cabeza. —Yo... puedo terminarlo.

—¿Seguro?

En ese momento, hay algo en su rostro que me molesta. Debido al éxito de mi libro, mi vida ha sido un caos durante el último año. Debido a mi editorial, pospuse mi boda y ahora las cosas entre Matt y yo son... ni siquiera estoy segura de lo que son. Pero no son perfectas.

Pienso en lo que Matt ha dicho antes. No tengo por qué seguir siendo escritora. Si me causa tanto estrés, no tengo por qué aguantar a Vanessa. No tengo por qué aguantar a mis lectores. No tengo que hacer firmas de libros. No tengo que hacer nada.

—Vanessa —digo en tono severo—. Después de lo que me pasó, no me gusta tu tono. Sabes por lo que pasé. ¿Y qué hiciste tú al respecto? ¿Qué hizo tu empresa?

Vanessa se levanta de la mesa y suelta el portapapeles. —No podíamos hacer nada contra tu acosador. La policía no pudo hacer nada. ¿Cómo íbamos a hacer algo la editorial o yo? Da un paso atrás. —Y te ofrecimos terapia. La rechazaste. Estaré encantada de volver a ayudarte con eso.

—No necesito terapia —digo—. Me hierve la sangre. Estoy a punto de ponerme a gritar.

Vanessa agacha la cabeza. —¿Qué me quieres decir, Sidney?

Respiro hondo y pienso en Matt. —No quiero seguir con esto. Las firmas. Escribir. ¡He terminado!

Vanessa me mira fijamente un momento. Me pregunto si mi aspecto es tan intenso como mis sentimientos en este instante.

—Ten la amabilidad de devolver el anticipo que mi empresa te dio por el segundo libro, entonces —dice Vanessa—. Si no vas a hacer el trabajo, no deberías cobrar por ello.

Me gustaría decirle dónde puede meterse el dinero de su empresa ahora mismo, pero me muerdo el labio. Observo a Vanessa mientras se marcha. Me quedo sola en la sala, rodeada de paredes blancas. El único objeto que queda es la mesa; el enorme póster en el que salgo sonriendo mientras sostengo mi libro me atormenta.

Me tomo mi tiempo para volver a la habitación del hotel. Me preocupa encontrarme con Vanessa de camino al ascensor. Por suerte, no es así. Por suerte, tampoco me encuentro con más fans. Lo único que quiero es tumbarme en la cama y desear que este mal día no hubiera ocurrido nunca.

Cuando me acerco a la puerta, vuelve a estar entreabierta. Me pregunto si Matt ha vuelto de su paseo. La abro y me doy cuenta de algo mucho peor.

Alguien ha estado en la habitación de mi hotel. Las sábanas, las almohadas y mi ropa están esparcidas por todo el cuarto. La funda de mi portátil está abierta. El portátil está destrozado en el suelo, cerca de ella.

Entro, contemplando nuestra habitación destrozada y mis cosas por todas partes. Al moverme, oigo un crujido bajo los pies y veo papel rasgado. Tardo un momento en darme cuenta de que son ejemplares de mi libro que han sido hechos pedazos.

CAPÍTULO 9

Estoy sentada en la cama de la habitación del hotel e intento por todos los medios mantener la calma. Matt se sienta a mi lado y me da unas palmaditas en la pierna.

—No pasa nada —dice.

El policía que está de pie ante nosotros garabatea unas notas en su cuaderno. —¿Así que es usted escritora en esta convención y viene de fuera? ¿Cree que la han tomado como objetivo de este incidente?

Asiento con la cabeza. Señalo todos mis objetos, que han sido destruidos, arrojados por ahí o rotos. Cojo lo que queda de mi libro como ejemplo para mostrárselo al agente. —Quienquiera que haya hecho esto, sin duda me tenía en el punto de mira.

Matt se aclara la garganta. —Ninguna de mis cosas resultó dañada. Mi maleta estaba abierta, pero no se llevaron nada. Solo lo revolvieron todo.

El agente asiente con la cabeza. —Ya veo —me mira—. Volvió al dormitorio aproximadamente a las nueve, ¿verdad?

—Así es —digo, asintiendo—. Tuve una reunión con mi editor justo antes.

El agente anota algo en su bloc y luego señala a Matt. —¿Y usted volvió poco después?

Él asiente. —Había salido a dar un paseo. Cuando regresé, encontré a mi prometida asustada y sus pertenencias por todas partes. Ella ya había llamado a la policía antes de que yo llegara.

El agente baja su cuaderno. —¿Suele salir a pasear solo por la noche por el centro de Toronto?

Matt me mira con una leve sonrisa y luego vuelve a mirar al policía. —A veces, supongo. Estábamos paseando juntos, pero

Sidney tuvo que irse para llegar a tiempo a su reunión.

—Entiendo —dice el agente. Se pasea por la habitación y repara en unas bragas que hay en el suelo—. Estoy de acuerdo con usted, señorita Meyers —dice, mirándome—. Creo que usted era el objetivo aquí. Parece algo extraño triturar sus libros de esta manera. ¿Tiene alguna sospecha sobre quién podría querer atacarla así?

—No —digo rápidamente—. No se me ocurre quién querría.

—¿Ninguna mala interacción con algún fan en la convención, hoy o cualquier otro día? —pregunta el agente, llevándose el bolígrafo a los labios—. ¿Nada fuera de lo común para un evento de este tipo?

Pienso en la mujer del vestíbulo. Salí huyendo aterrorizada de ella cuando se me acercó. Pienso en por qué estaba asustada para empezar. Había una razón por la que nunca quise venir a esta convención. Hay una razón por la que tuve miedo de salir de casa durante un tiempo.

IWriteAlone2009.

Sin embargo, hace una eternidad que no abro mi cuenta de correo electrónico. Me pregunto si, de hacerlo, encontraría de nuevo un correo desagradable de mi acosadora. ¿Habría alguno reciente con una imagen de mi habitación de hotel? ¿Un pie de foto que dijera que me habían hecho esto? Incluso después de todo este tiempo, ¿podría IWriteAlone seguir burlándose de mí? Mi popularidad como autora no ha hecho más que crecer desde el último correo electrónico suyo. Esta es una convención popular y muchos lectores la conocen.

—Podría haber alguien —le digo al agente. Miro de reojo a Matt, que me observa confundido.

—No —dice Matt—. Cariño, ha pasado una eternidad desde que supimos de ellos. Esto tiene que ser algo distinto.

—¿A quién se refiere? —pregunta el agente.

Matt mira al agente. —Mi prometida tenía un acosador en internet.

—Entiendo —dice el agente.

—Fue más que eso —digo—. También me seguía en la vida real. Hacía fotos de los sitios adonde iba a tomar café, de mí en

público y de mi casa. Pero lo hacía por correo electrónico y nunca lo vi. No tengo ni idea de qué aspecto tiene o si es una mujer o un hombre, para el caso. IWriteAlone2009 era el nombre de su dirección de correo.

El agente escribe en su bloc. —¿Y cuándo fue la última vez que supo de esa persona?

—Hace más de nueve meses —digo—. Dejé de consultar mis correos por completo. Me estaba alterando demasiado.

—¿Por qué razón?

Miro al policía, intentando contenerme. —¡Porque la policía..., nadie quería hacer nada para ayudarme!

Matt me rodea con el brazo y me aprieta contra él. —No pasa nada. Estoy aquí. No pasa nada —repite. Mira al agente—. Lo siento, es un tema delicado. Realmente afectó mucho a Sidney.

El agente asiente. —¿Cree que valdría la pena revisar sus correos para ver si ha habido alguno más? Quizá le siga escribiendo.

—Podría valer la pena intentarlo —dice Matt.

—No puedo mirarlo —digo, sacudiendo la cabeza—. No lo haré.

Matt respira hondo. —Yo lo comprobaré por ti, ¿vale?

El agente se guarda el bloc en el bolsillo y se ajusta el cinturón con el arma a la cintura. —Tengo lo que necesito para el informe. Si acceden al correo y encuentran algo, háganmelo saber.

Por un momento, me preocupa que el agente se marche. —Espere, ¿eso es todo? ¿Qué hago ahora?

El agente mira a Matt y luego vuelve a mirarme a mí. —¿Han informado ya de esto también al hotel?

Matt asiente con la cabeza. —Lo he hecho. En cuanto llegué a la habitación, tras calmar a mi prometida, llamé a recepción. Me dijeron que hablara con ellos después de que llegara la policía.

—¿Dijeron lo que pueden hacer? —pregunta él.

Matt sacude la cabeza. —No creo que vayan a pagar por ninguna de nuestras pertenencias dañadas, pero estoy seguro de que, como mínimo, nos darán una habitación nueva.

—¿Habitación nueva? —repito—. Ni de broma me quedo en este hotel otra noche. No, gracias.

Matt me da unas palmaditas en la pierna. —Está bien, podemos irnos a otro hotel o algo así.

Bajo la cabeza. —Solo quiero irme a casa. No quiero estar cerca de esta convención. ¡Se acabó!

Matt intenta calmarme. —Está bien. ¿Qué quieres hacer?

—Solo quiero irme a casa —confirmo—. Eso es todo.

—No hay vuelos a casa esta noche. Tendríamos que esperar en el aeropuerto. Prefiero apoyar la cabeza en una almohada.

El agente nos interrumpe. —Aquí tiene mi tarjeta —dice. Me alarga la mano con la tarjeta firmemente sujeta, pero no la cojo. Desvío la mirada de él y de mi prometido.

Matt la coge. —Gracias —dice.

—Si averiguan algo más, avísenme —dice, y se da la vuelta para irse.

—¿Eso es todo? —le digo al agente—. Déjeme adivinar, ¿no hará nada por lo que ha pasado esta noche?

El agente se vuelve a mirar hacia mí. —Seré sincero con usted. Hay muy poco que podamos hacer aquí. Consultaré con el hotel para ver qué grabaciones tienen de las cámaras, pero a menos que haya una apuntando directamente a su habitación, y por supuesto no la hay, no hay mucho que pueda hacer. Todo lo que puedo hacer es recomendarle que se aloje en otro lugar, como ha sugerido su prometido.

—Qué sorpresa —digo, sacudiendo la cabeza—. La policía es inútil, otra vez. Me ha pasado algo terrible y usted es incapaz de hacer nada, otra vez.

Él mira a Matt, quien vuelve a disculparse por mí. El agente asiente y sale de la habitación del hotel.

Me vuelvo hacia Matt. —Apuesto a que ni siquiera revisará las grabaciones de las cámaras, si es que hubiera alguna apuntando a nuestra habitación —suspiro.

—Lo siento —dice él—. Me abraza con fuerza—. Averiguaré dónde podemos pasar la noche, ¿vale? Hablaré con el hotel para dejar la habitación. Empecemos por limpiar este desastre y hacer las maletas. Nos vamos. No te preocupes.

—Solo quiero irme a casa —digo de nuevo.

Matt baja la cabeza. —Sé que estás asustada. Yo también lo estoy, pero intentemos sacar lo mejor de esto.

—Qué fácil es decirlo para ti. —Me levanto de la cama—. El loco que ha hecho esto no ha destrozado ninguna de tus cosas. —Me doy cuenta con miedo de que la puerta de la habitación del hotel está abierta. Cualquiera podría entrar si quisiera. Cierro la puerta rápidamente, empujándola con fuerza para asegurarme de que encaje bien antes de echar el cerrojo—. Quiero irme de aquí. Irme lejos de todos los lectores o de cualquiera que sepa de mis libros. Vámonos a casa.

Matt suspira. —Estas podrían ser nuestras últimas vacaciones hasta la luna de miel, cuando ocurra de verdad.

Me cubro la cara. —¿Podemos no hacer esto ahora mismo? Lo último que quiero es volver a pelear por nuestra boda, por favor.

Matt se calla y agradezco que no vuelva a abrir la boca con más palabras de confrontación. Tras unos momentos de silencio, intenta razonar conmigo. —Bueno, si no quieres quedarte en la ciudad y no hay vuelos, ¿adónde deberíamos ir?

Miro alrededor de la habitación. Me quedo mirando las páginas de mi libro triturado junto a mis pies.

Matt coge mi móvil de la cama, a su lado. —Supongo que hay un lugar al que podemos ir.

CAPÍTULO 10

Estamos fuera del hotel esperando a que Cole aparezca con un Honda Civic destartalado que parece tan viejo como su novia.

Matt me coge de la mano y agarra nuestro equipaje. —Todo irá bien —dice para tranquilizarme. Le aprieto la mano.

—Gracias por entenderlo —le digo—. Sé que no querías irte.

—No pasa nada. Ahora podré enterarme de más cosas sobre mi futura esposa por boca de su exnovio —dice bromeando.

Pongo los ojos en blanco mientras Cole sale del coche y abre el maletero. —Buenas noches —dice, haciendo el gesto de quitarse un sombrero imaginario—. Vuestra carroza aguarda.

Matt suelta un silbido. —Y vaya carroza.

Cole mira su coche y luego a mi prometido. —Bueno, la matrícula de la universidad no es gratis. Algún día tendré un Lambo. De momento... —hace un gesto hacia su coche—, esto servirá. —Coge nuestras dos maletas y las mete con fuerza en el maletero. Una de las esquinas de una maleta sobresale.

—Podríamos poner esa en el asiento de atrás —dice Matt—. Con Sidney.

—No hay problema —digo—. De verdad.

—¡Tonterías! —dice Cole, restándole importancia con un gesto. Intenta menear la maleta de un lado a otro—. Es como una partida de Tetris. Solo hay que averiguar cómo encajarla. —Intenta cerrar el maletero, pero este rebota. Empuja la maleta con fuerza hasta que la esquina solo sobresale ligeramente y da un portazo. Hasta él parece sorprendido cuando cierra por completo—. ¿Veis? —dice con orgullo—. Ahora, pongámonos en marcha. Tenemos por lo menos una hora de camino hasta mi casa.

Suspiro. —¿Has conducido una hora para venir a por nosotros esta noche? Lo siento muchísimo. Ojalá lo hubiera sabido. Podríamos haber buscado otra solución.

Matt me mira. —No querías pasar la noche aquí —me dice, confundido.

—Bueno, podríamos haber cogido un taxi o algo así —digo.

—¡Ni hablar! —exclama Cole—. Sois nuestros invitados. No me habría importado tener que conducir durante horas hoy. —Me mira —. Merece la pena. Y después de la noche que habéis pasado, es lo menos que puedo hacer. No puedo creer que alguien haya entrado en vuestra habitación de esa manera. Pero intentad olvidarlo durante el próximo día o así. La casa del lago ayudará con eso. Esperad a verla.

Matt sonríe. —Gracias de nuevo, tío. ¿Así que has conducido hasta tu casa y luego has vuelto aquí para recogernos? ¿Y ahora vas a conducir otra hora de vuelta? —Me mira a mí y luego a Cole—. ¿Qué puedo decir? Gracias.

—Bueno, espero una reseña de cinco estrellas en nuestra página de alquiler vacacional —dice con una carcajada—. Y vosotros pagáis la primera ronda de cervezas.

—¡Hecho! —dice Matt, riendo.

No puedo evitar unirme a ellos. Hacía tiempo que no veía a Matt así. Por la forma en que habla con Cole, cualquiera diría que son amigos de toda la vida. Ya tienen una confianza absoluta.

Matt abre la puerta del copiloto y entra. Cuando me dirijo a la parte de atrás, Cole se me adelanta y me abre la puerta de par en par. —Y para la dama. —Hace un gesto. Al subir, percibo un ligero aroma a cerveza que proviene de Cole. Se lo agradezco y él cierra la puerta.

Mientras iniciamos el camino hacia la casa del lago, las reservas que tenía sobre llamar a Cole y pedirle que nos dejara quedarnos en su casa han desaparecido por completo. Jamás habría pensado que me alojaría en casa de un exnovio con mi prometido.

Me siento atrás en silencio mientras Cole y Matt charlan sobre algunos de sus intereses compartidos. Resulta que puede que Cole

sea más cinéfilo que Matt. Los dos intercambian datos curiosos sobre películas de terror y suspense.

—¿Habéis visto alguna vez *Misery*? —pregunta Matt. Gira la cabeza hacia mí—. A Sidney no le gusta porque trata de un escritor obligado a escribir. —Se ríe.

Cole clava la vista en el parabrisas. —Sabes que esa lleva tiempo en mi lista para verla, pero aún no lo he hecho.

Matt niega con la cabeza. —Y yo que pensaba que eras el tío más guay. No se puede ser fan del suspense sin haber visto *Misery*. Quizá podamos encontrar la manera de verla este fin de semana.

Cole esboza una media sonrisa. —Lo siento, colega. No hay televisión.

—¿Qué? —pregunta Matt—. ¿No hay tele?

—No —confirma Cole—. No hay cable. Apenas hay señal de móvil, ni siquiera en los mejores días. Pero tenemos una conexión a internet por cable... que no funciona muy allá, pero cumple su función. Se podría decir que la casa del lago está algo aislada. Pero es preciosa. Os encantará.

—¿Y qué hacéis para divertiros? —pregunta Matt.

—Sobre todo hablamos el uno con el otro —dice Cole—. Leemos.

Matt niega con la cabeza, asombrado.

—Suena maravilloso —digo.

—Lo es —dice Cole, mirándome por el espejo retrovisor. Cuando nuestras miradas se encuentran, giro la cabeza y miro hacia fuera. A medida que salimos de la ciudad, las calles concurridas empiezan a convertirse en bosques densos. Pasamos cada vez por menos casas. Cole le da una palmada en la pierna a Matt. —Todo lo que hacemos, Tess y yo, es hablar y, bueno..., ya sabes.

Matt niega con la cabeza y sonríe. —Así que ese es el secreto de una relación feliz.

Giro la cabeza y miro a mi prometido, preguntándome qué ha querido decir con ese comentario. ¿Había algo personal implícito? No hemos tenido relaciones sexuales desde hace algún tiempo. Ni siquiera recuerdo cuántas semanas han pasado ya. ¿Es esta la manera que tiene Matt de lanzarme un dardo verbal?

Ya me ha dado un golpe bajo con su broma sobre *Misery*. Vuelvo a mirar hacia fuera, a la brillante luna llena que se oculta tras los densos árboles que tenemos delante. Me recorre un escalofrío y, cuando vuelvo la vista, Cole me está mirando fijamente por el espejo.

—¿Todo bien por ahí atrás? —pregunta.

Esbozo una sonrisa forzada. —Sí, solo estoy disfrutando del viaje.

Cole asiente.

Matt respira hondo. —Creo que Sidney todavía está un poco alterada después de lo que ha pasado.

Cole asiente y me mira de nuevo. —Por supuesto. ¿Quién no tendría miedo? No te preocupes, de todos modos. Os encantará estar en nuestra casa. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Nadie os molestará. —Levanta la vista hacia la carretera y se acerca muchísimo a una furgoneta Ford negra que nos precede. Siento el impulso instintivo de agarrarme a algo por el impacto cuando Cole reduce la velocidad y aporrea el claxon.

—¡Vamos! —grita. Se pega de nuevo a la parte trasera de la furgoneta—. ¿Por qué vas por el carril izquierdo?

La sonrisa que Matt ha tenido grabada en la cara desde que entró en el coche empieza a desvanecerse. —Puedes simplemente adelantarla.

Cole lo ignora y vuelve a pitar a la furgoneta. —¡Quita! —grita. Presiona el claxon continuamente hasta que la furgoneta capta la indirecta y se cambia al otro carril—. Por fin —dice Cole. Avanza despacio, tomándose un momento para mirar por la ventanilla del copiloto al conductor de la furgoneta. Por un momento, temo lo que pueda pasar a continuación, hasta que Cole vuelve a mirar hacia su parabrisas y a la carretera.

Miro por mi ventanilla y veo que la conductora de la furgoneta, una mujer con una gorra azul, tiene la mano en el pecho. Obviamente está asustada. Cole sigue conduciendo como si no hubiera pasado nada.

Se hace un silencio hasta que Matt rompe la tensión. —Un poco de furia al volante, ¿eh, colega? —Matt se ríe y Cole se une a

él.

Cole mira el espejo retrovisor. —Estoy acostumbrado a conducir en Toronto. Tess también odia mi forma de conducir.

Después del incidente con la furgoneta, la energía dentro del coche cambia. Matt y Cole siguen amigables, pero no están tan habladores como antes. He visto a Matt perder los papeles con otros mientras conducía, pero había algo en Cole que parecía diferente, incluso rabioso. Sus ojos han pasado de joviales y acogedores a asesinos. ¿Y por qué? ¿Por no ir tan rápido como él?

A medida que seguimos conduciendo, el bosque parece rodearnos por completo, casi consumir el coche. No he visto una casa en más de diez minutos.

De repente, Cole se desvía por un camino de grava. Conduce durante varios minutos y sigo sin ver su casa. Empiezo a preguntarme si de verdad tiene una o si simplemente nos está llevando en medio de la nada.

Odio mi imaginación. Siempre salta a las peores situaciones imaginables. Es la maldición de ser escritora de suspense doméstico. En mi mente, todo el mundo tiene malas intenciones.

—De verdad que vivís en medio de la nada —dice Matt con una media sonrisa. Saca su móvil—. Bueno, tengo dos rayas aquí fuera.

Cole asiente. —Me sorprende. Normalmente no tenemos ninguna.

Mientras seguimos por el camino de grava, diviso una hilera de luces tenues más adelante. La casa del lago por fin empieza a emerger de entre los árboles. El lugar tiene una elegancia rústica, con su revestimiento de madera desgastada y sus grandes ventanales. Cole dijo que la casa está junto al lago, pero sin más iluminación que la del porche, es difícil ver el agua.

—Hogar, dulce hogar —dice Cole.

En el porche tenuemente iluminado está Tess, de pie junto a la puerta principal. Nos saluda con la mano y nos sonríe mientras aparcamos fuera.

CAPÍTULO 11

—Por favor, servíos vosotros mismos —dice Tess mientras nos sentamos juntos a la mesa del comedor—. En cuanto me he enterado de que os quedabais a dormir, he improvisado algo rápido.

Echo un vistazo a la tabla de embutidos. Montones de lonchas de carne y queso rodean un cuenco de aceitunas negras y verdes.

—Tiene una pinta estupenda.

Cole le besa un lado del cuello, lo que hace que ella se sobresalte.

—Se las da de buena anfitriona, pero esperad a ver su otra cara.

Tess esboza una leve sonrisa y niega con la cabeza.

—Eso no es verdad. —Coge una copa de la mesa y una botella de vino tinto—. ¿Os apetece una copa?

Matt y yo se lo agradecemos. Matt da un sorbo y felicita a Tess por haber elegido un vino tan excelente.

Cole sonríe a Matt y niega con la cabeza.

—Matt, pensaba que eras el tipo más guay del mundo hasta que he descubierto que eres un esnob del vino.

Matt sonríe.

—Sé apreciar una buena cosecha. —Coge la botella y examina la etiqueta—. Y esta es bastante cara. Gracias de nuevo.

—No es nada —dice Tess.

—Es el vino de su padre —interrumpe Cole—. Supongo que también deberíamos darle las gracias a él. —Abre la nevera—. Matt, ¿quieres que te traiga una cerveza también? ¿O estás contento con esa bebida de nenas que tienes ahí?

Matt me mira un momento y vuelve a mirar a Cole.

—Estoy bien.

Cole coge dos botellines de cerveza de la nevera. Abre los tapones con la otra mano antes de deslizar una de las botellas por la mesa.

—Pero de verdad que tienes que probar esta cerveza. La he traído de una fábrica local.

Matt se lo agradece. Cole se sienta a la mesa frente a Matt. Besa a Tess en la mejilla y vuelve a mirar a Matt.

—Pruébala. Nada de remolinos raros en la boca ni de olerla ahora. Simplemente bebe.

Matt esboza una leve sonrisa y agarra la botella. Mira la etiqueta.

—¿Culo de Burro? —se ríe—. ¿En serio se llama así?

Cole se ríe.

—Yo no le he puesto el nombre. Solo me la bebo. Es barata y cumple su función.

Matt da un pequeño sorbo.

—No está mal. Un poco amarga para mi gusto, pero buena.

Cole asiente.

—Mañana iremos a por un cargamento de cervezas. Invitas tú. —Se ríe, señalando a Matt.

—Eso está hecho.

Aunque tanto Matt como Cole están sonriendo, noto tensión. No sabría decir qué es. Es casi como si Cole estuviera lanzando pullas sutiles a mi prometido. Aparto la mirada de ellos y me doy cuenta de que Tess está haciendo lo mismo. Nuestros ojos se encuentran y le dedico una leve sonrisa.

—Entonces, ¿esta es la casa de tus padres? —pregunto.

Tess asiente.

—Ojalá fuera mía, pero sí.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar aquí? —pregunto.

—Para siempre. —Cole se ríe. Da un trago largo—. Bueno, hasta que su viejo nos eche, supongo.

Tess sorbe su vino.

—Han dicho que podemos quedarnos todo el tiempo que necesitemos. De todos modos, ahora mismo están fuera del país. Están de safari en África durante los próximos meses.

—¿De safari? —repite Matt—. Vaya vida se pegan tus padres.

Tess asiente.

—Se van de vacaciones a menudo.

—La verdad es que es una casa preciosa —digo.

—Muchas gracias, Sidney —dice Tess.

Cole escupe un poco de cerveza. —No es que la hayas decorado tú, Tess, ni que hayas tenido que trabajar para conseguir nada de esto. —Se limpia la boca—. El hecho de haber nacido en tu familia no significa que hayas hecho nada para merecer esto.

Tess aparta la mirada de él y la dirige a la pared antes de volverse hacia mí. —¿Soléis nadar? —pregunta, cambiando de tema.

—Matt es como un pez —digo.

Matt asiente. —Pero no hemos traído nada.

—Siempre puedes pedirle prestado un bañador a Cole —dice Tess. Me mira—. Yo también tengo un bikini de sobra.

—Suena genial —dice Matt, respondiendo por mí. Coge un trozo de embutido de la tabla—. ¿Nos hacéis un recorrido?

—Será un placer —dice Cole, levantándose con el botellín de cerveza firmemente sujeto en la mano—. Seguidme. —Camina hacia una puerta situada junto a los armarios de la cocina—. Esto da al balcón del patio trasero. Esperad a ver el lago mañana. De noche no se ve nada, pero es todo un espectáculo. —Pasa por delante de otra puerta—. Esto lleva al sótano. Hay un montón de cajas y otros trastos inútiles que acumulan sus padres, pero también hay una bodega. —Cole hace un chasquido con los labios—. Sidney, Matt, servíos lo que queráis. No os cortéis.

Tess mira a Cole un momento. Me pregunto si se siente igual que yo. Cole parece raro. El incidente con el camionero ha sido de lo más extraño. Le olía el aliento a alcohol cuando nos ha recogido en el hotel. ¿Cuánto ha bebido esta noche? ¿Está borracho? ¿Por qué parece tan agitado de repente? Parece una persona distinta a la que ha cenado con nosotros.

Cole nos hace un gesto con la mano para que continuemos el recorrido mientras entra en el pequeño salón. Compruebo por mí misma que no hay televisión. Me fijo en una foto familiar sobre la chimenea. Un hombre corpulento con un bigote fino sonríe junto a

una mujer con un vestido blanco. Debajo de ellos hay una niña de pelo corto, que sonríe con torpeza para la foto. La niña tiene el pelo castaño claro.

Tess se sitúa a mi lado. —Mis padres —dice—, y yo cuando era un poco marimacho.

Cole se pone al otro lado y me pasa el brazo por el hombro. —Debo decir que de niña era bastante espantosa. Sin duda ha tenido un buen cambio radical al hacerse adulta. —El hedor a cerveza en su aliento es ahora más fuerte. Tess niega con la cabeza ante sus comentarios.

Cuando Cole empieza a subir las escaleras, tropieza en un escalón y casi pierde el equilibrio. —Supongo que el bar tiene que dejar de servirme —bromea.

Miro a mi prometido y me pregunto si puede leerme el pensamiento ahora mismo. ¿Cuántas copas se había tomado Cole antes de venir a buscarnos al hotel? ¿Había estado borracho todo el tiempo? El problema con el camión en la carretera… Además, ahora mismo parece algo irritado.

—Arriba solo tenemos los dos dormitorios, un despacho y el baño —dice Cole. Pasa por delante de una habitación—. Esa es la nuestra. —Señala otra—. Este es el baño, y el despacho es la habitación de al lado. —Se detiene ante una puerta y la abre—. Y vuestra habitación. —Vuelve a abrirla y nos hace un gesto para que entremos.

La habitación es pequeña, con una cama de matrimonio que ocupa gran parte del espacio. Hay una ventana pequeña cerca de un armario. Sería acogedora si no fuera por el inquietante cuadro que hay en la pared de un hombre desaliñado que muerde a un niño.

Cole me sonríe. —Tuve que buscarlo. Es una reproducción de un cuadro que, al parecer, es famoso. Se llama «Saturno». —Miro el rostro del niño gritando mientras los dientes del hombre se clavan en su pecho—. Raro, ¿verdad? —dice Cole—. Se supone que representa el miedo o los celos… Yo qué sé.

Matt mira el cuadro y se vuelve hacia mí con asco. —Vaya gusto que tienen los padres de Tess.

Cole me sonríe. —No me suele gustar el arte, pero este cuadro me dice algo.

CAPÍTULO 12

Me quedo mirando las paredes con paneles de madera de nuestra habitación, intentando no cruzarme con la mirada del cuadro que hay colgado. Mientras doy vueltas en la cama, Matt respira pesadamente contra su almohada, casi dormido. Siempre le envidio la capacidad que tiene para quedarse frito donde sea sin mucho problema. Yo duermo en la habitación de un hotel en lugar de en mi cama y soy incapaz de descansar en condiciones.

Matt podría dormitar en medio de una guerra y tener un sueño reparador.

Me doy la vuelta otra vez y me llevo parte del edredón conmigo.

—¿Puedes parar ya? —dice Matt contra la almohada—. ¿Qué pasa? —Se gira de lado para mirarme—. ¿Sigues disgustada por lo del hotel? —bosteza.

¿Todavía?

Si acaba de pasar. ¿Cómo puede ser tan indolente ante el hecho de que un intruso se colara en nuestra habitación? Vale, estaba molesto con el personal del hotel cuando hicimos el registro de salida. Se quejó de que la puerta del dormitorio no cerraba bien. Uno de los empleados de atención al cliente del mostrador le preguntó por qué no había informado del problema con la puerta en cuanto lo notó. Eso enfadó muchísimo a Matt. Por suerte, Cole llegó poco después para recogernos.

Como no he parado de dar vueltas desde que nos metimos en esta pequeña cama de matrimonio, he estado intentando averiguar por qué yo tampoco puedo dormir.

Una parte de mí todavía desearía que simplemente hubiéramos vuelto a casa en el siguiente vuelo. Hay un hotel al lado

del aeropuerto. Posiblemente habría dormido mejor allí sabiendo que estaría en uno de los aviones que salían al día siguiente. Debería haberlo dicho. En lugar de eso, dejé que lo que Matt quería hacer decidiera por nosotros.

Parte de mí sigue molesta por eso. La otra mitad se pregunta qué demonios voy a hacer con el resto de mi vida ahora que me he cargado mi carrera como autora. No hay muchos escritores que puedan volver arrastrándose a su editorial después de la reunión que he tenido hoy.

Quizá me sentí bien en el momento al decirle a Vanessa lo que pensaba, pero ¿ha valido la pena?

—Estoy bien —digo. Me pongo boca arriba y me quedo mirando al techo—. Escucha, tengo una especie de noticia sobre mi carrera.

—¿Qué ha pasado? —dice Matt, pasando un brazo casi inerte sobre mi hombro—. No me habías contado qué tal te fue con Vanessa.

Respiro hondo. —Bueno, parece que puede que necesitemos un abogado y que yo quizá necesite un nuevo trabajo.

Matt se incorpora en la cama. Le cuento lo que pasó con Vanessa y le explico que me ha exigido que le devuelva el adelanto que me pagaron.

—Todo va a salir bien —dice Matt, mirando fijamente la pared, con la mirada perdida. Por un momento me pregunto si se habrá quedado dormido con los ojos abiertos hasta que se gira hacia mí—. Sé lo duro que ha sido para ti últimamente. Lo sé. Ya encontraremos una solución. Siempre puedes volver a trabajar conmigo. En mi empresa estarían encantados de volver a contratarte en un segundo, sobre todo ahora que eres famosa.

Suspiro. —Ni siquiera estoy segura de lo que quiero —me pongo de lado.

Eso no es del todo cierto. Pienso en cómo habría sido mi vida si IWriteAlone nunca me hubiera enviado aquel mensaje. Pienso en qué habría pasado si me hubiera casado con Matt el año pasado en lugar de posponerlo. Me pregunto cómo sería mi vida si nunca me hubiera enterado de lo de Matt y su compañera de trabajo.

Pienso en lo enfadado que estaba hoy Matt con el personal del hotel. Lo comparo con Cole y la camionera.

—¿Qué te parecen Cole y Tess? —pregunto.

Él asiente. —Una pareja divertida. No me puedo creer que tengan esta casa. Imagínate vivir en un sitio así todos los días.

Inspiro profundamente. —¿No te ha parecido raro lo mucho que se ha enfadado Cole con esa camionera hoy?

Matt bosteza y asiente con la cabeza. —He visto cosas peores. Cuando era niño, mi padre les hacía la peineta a muchísimos conductores conmigo en el coche. Todavía recuerdo lo mucho que se enfadaba mi madre con él cuando lo hacía. —Matt se ríe.

—Él también parecía un poco raro antes de irnos a la cama —digo.

Matt levanta las cejas y me quita la manta, quedándose con más parte para él. —Habré bebido demasiado, supongo. —Vuelve a bostezar—. Vamos a dormir un poco, ¿vale?

Me remuevo bajo las sábanas y mi pierna se apoya contra la suya. —Sigo pensando que quizá deberíamos irnos mañana.

Matt se frota la cara. —Pensaba que habíamos dicho que nos quedaríamos el fin de semana.

Inspiro hondo. —Me siento fuera de lugar. No sé. Solo quiero irme a casa.

Matt suspira. —Ya les dijimos que nos quedaríamos el fin de semana con ellos. No quiero ser maleducado.

Siento que me invade un arrebato de ira. —Te lo juro, Matt. Lo único que importa en esta relación es lo que tú quieres.

Matt gime. —Está bien. Vamos a disfrutar del día de mañana. Si sigues teniendo ganas de irte, ponme «la cara» y nos inventaremos una excusa para marcharnos.

—¿La cara? —repito.

Matt sonríe. —Ponme esa cara nada sutil que pones cuando no estás contenta. —Al ver que no me río, se gira hacia mi lado—. Vale. Mañana. Tú me lo dices, yo me invento una excusa y nos vamos.

Matt me besa en la frente y se da la vuelta. Continúo mirando al techo, preguntándome por qué estoy tan inquieta. Casi tengo náuseas, pero carezco de síntomas. Pienso en la sensación que tuve

cuando pisé las páginas trituradas de mi libro en la habitación del hotel. Pienso en la cara de Cole cuando perdió los estribos con la conductora.

Finalmente, oigo el sonido de la respiración pesada de Matt, que me devuelve al presente.

No tengo nada de sueño. Ojalá pudiera ser como el interruptor de la luz que es mi prometido y estar tan descansada como él parece estarlo. En lugar de eso, estoy atrapada en mi cabeza, como siempre. Supongo que los autores somos siempre así.

Me recuerdo a mí misma que eso ya ni siquiera es lo que soy. Ya no voy a ser escritora. Entonces, ¿en qué me convierte eso? ¿Quién soy? Voy a reiniciar mi vida con treinta y tantos años. Me siento como una adolescente en el último año de instituto intentando averiguar desesperadamente qué hará el resto de su vida antes de que acaben las clases.

Me deslizo fuera de la cama y me tomo un momento para mirar a mi prometido antes de abrir la puerta del dormitorio. La puerta chirría con tanta fuerza que doy un respingo. Miro a Matt, pero sigue durmiendo. Como he dicho, podría estallar una bomba y se despertaría preguntándose por qué está todo destruido a su alrededor.

No me molesto en cerrar la puerta por miedo al ruido que haría. Doy un paso hacia el baño cuando un leve sonido amortiguado me detiene. Miro por el pasillo oscuro y oigo que proviene de la habitación de Tess y Cole.

A medida que avanzo por el pasillo, el sonido amortiguado se vuelve más fuerte e identificable. Alguien está llorando. Una mujer.

Tess.

Una parte de mí se pregunta por qué, pero entonces mi siguiente paso hace crujir ruidosamente una tabla del suelo. Casi se me escapa un jadeo y camino rápidamente al baño y cierro la puerta tras de mí, logrando hacer solo unos pocos chirridos más por el camino.

Me miro en el espejo e inspiro profundamente. Me recuerdo que lo que sea que esté pasando en su dormitorio no es asunto mío. Apenas conozco a Tess.

No puedo evitar preguntarme si estará llorando por algo que Cole ha dicho o hecho. Abro el grifo y me echo un poco de agua en la cara. Me fijo en el cuadro que hay en la pared detrás de mí a través del espejo. Es la imagen de un mono sentado en un inodoro con una amplia sonrisa. Me hace sonreír y me pregunto quién elegiría las obras de arte de esta casa.

El cuadro de nuestra habitación y ahora el mono en el inodoro del baño. Cuando salgo del baño, el sonido del llanto amortiguado ha cesado. Obviamente, Tess debe de haberme oído.

Me detengo fuera de mi habitación. No puedo volver a entrar todavía. Estoy demasiado despierta. Los pensamientos sobre mi día y los sentimientos del pasado me impiden dormir. Decido bajar las escaleras. Beberé un poco de agua, con suerte me despejaré y, cuando esté lista, volveré arriba.

Bajo lentamente los peldaños y cada escalón emite un sonido diferente. Cuando llego a la planta baja, voy a la cocina. Los grandes ventanales del salón revelan las aguas oscuras y tranquilas del exterior. Cole no bromeaba cuando decía lo hermoso que era este lugar. La luna, ahora brillante y alta en el cielo, ilumina el porche de madera que conduce a una playa privada.

Abro la puerta del patio y salgo fuera. La noche es fresca, pero la temperatura es perfecta. Doy unos pasos más y observo el agua.

Sin embargo, hay un silencio inquietante. Los únicos sonidos que oigo son las breves ráfagas de viento contra los árboles que rodean el lago y la casa.

El sonido de un cristal al chocar me sobresalta. Me giro y veo a Cole sentado en una silla de patio detrás de mí. Se pone en pie y deja su botella de cerveza sobre el reposabrazos.

—Perdona —dice—. No quería asustarte. Pensaba que estabais dormidos.

Recupero el aliento. —Matt está dormido —digo.

—Tess también está dormida.

Eso no es verdad. Acabo de oírla llorar en su habitación, pero no lo menciono. Se coloca a mi lado en el patio y se apoya en una barandilla de madera, mirando hacia el agua.

—Nunca pensé que acabaría en un sitio como este —dice.

—Es precioso —digo, y me giro para mirar el agua con él—. Me encantaría encontrar una casa así algún día.

Cole asiente y se aclara la garganta. —A lo mejor tengo suerte y los padres de Tess nos dan esta casa cuando nos casemos algún día... o cuando la palmen.

Intento olvidar su último comentario. —¿Cole Murphy, pasando por el altar? Ella es maravillosa, de todos modos. Os deseo lo mejor a los dos.

—Yo tampoco pensé que volvería a encontrarte nunca —se ríe.

—¿Cómo son los padres de Tess? —pregunto. Tengo curiosidad por su gusto para el arte.

—Todavía recuerdo cómo te escapabas de casa de tus padres en noches como esta para estar conmigo —dice Cole, cambiando de tema.

Suspiro. —Bueno, en cierto modo tenía que hacerlo. Sabía que mis padres no aprobarían que me liara con mi tutor de Lengua.

Cole vuelve a reírse. —No. Desde luego que no. Sobre todo porque yo tenía dieciocho y tú quince.

—Catorce y medio, en realidad —digo, clavando la vista en el agua oscura.

Él levanta las cejas. —Vale, bueno, sí, yo me habría puesto furioso si fuera tu padre. Siempre me he preguntado: ¿les dijiste alguna vez a tus padres que estábamos saliendo?

Niego con la cabeza. —No.

Cole sonríe. —Siempre pensé que lo habías hecho. Quiero decir, terminaste conmigo y de repente mi trabajo como tutor también se acabó. Supuse que habías dicho algo. Me daba demasiado miedo indagar más.

—No dije ni una palabra —digo—. Mirando atrás ahora, no puedo creer que Cole quisiera estar con una chica tan joven como yo. Estaba completamente fascinada por su energía contagiosa. Al principio, pensaba que molaba tener un novio mayor, pero Cole se volvió un poco insistente. Estaba listo para explorar cosas sexuales con las que yo no me sentía cómoda. Siempre fue respetuoso cuando le decía que parara, pero eso no impedía que volviera a

intentarlo. Corté la relación antes de que la cosa pasara de besos apasionados en su coche.

Cuando mis notas en Lengua no mejoraron, mi padre despidió a Cole. Dinero tirado. Se habría puesto furioso si hubiera descubierto la verdad que Cole me contó mientras salíamos.

No tenía experiencia como tutor, a pesar de lo que afirmó cuando mis padres lo entrevistaron. Probablemente le fuera igual de mal que a mí en el instituto. Aunque sí me ayudó a descubrir mi amor por la lectura.

Algo que nadie podrá arrebatarme jamás.

Cole mira hacia el agua y se acerca más a mí. —Así que, siendo escritora, ¿cuánto influí realmente en ti? Ahora te encanta escribir. Supongo que fue por mi culpa. Algo bueno salió de lo nuestro.

Me giro para mirarlo y Cole ya me está contemplando con sus ojos azul claro. Una ráfaga de viento mueve su pelo rizado. Frunce los labios mientras espera mi respuesta.

Respiro hondo. —Lo siento, Cole. Me está entrando el sueño. Debería irme a dormir. Hablamos mañana. Buenas noches.

—Que descanses —dice él con una media sonrisa.

Vuelvo a entrar en la casa y, al girarme para cerrar la puerta, veo que Cole sigue observándome.

CAPÍTULO 13

El viento empuja el pelo de Cole hacia un lado. Él se lo echa hacia atrás con la palma de la mano y me sonríe mientras se acerca más. No hablamos. Toda la conversación se desarrolla a través de nuestras miradas fijas, esperando a que uno de los dos dé el siguiente paso.

Cole, por supuesto, toma esa decisión con facilidad. Sonríe mientras se acerca más, con la boca a apenas unos centímetros de la mía. Sé que está mal, pero una parte de mí no puede evitar preguntarse a qué sabrán sus labios. Recuerdo lo dulces que eran cuando era una niña.

Ahora, Cole es aún más atractivo. Encantador. Divertido. Sin embargo, tiene un lado malo, y hacer esto lo cambiará todo en mi vida.

Lo agarro del costado esculpido mientras nos besamos. Siento que todo mi cuerpo vibra de emoción a medida que nuestros besos se vuelven más apasionados. Acojo su lengua en mi boca y él acerca mi cuerpo al suyo. Puedo sentir lo excitado que se está poniendo.

Como si se hubiera accionado un interruptor, de repente me doy cuenta de lo mal que está esto. ¿Y Matt? ¿El hombre con el que se supone que voy a casarme? Pero, claro, Matt me hizo lo mismo.

Ahora estamos en paz.

Pero no puedo. No soy ese tipo de persona.

—Cole —digo mientras me besa el cuello—. Para. Vamos a...

—No —me susurra al oído antes de mordérmelo suavemente.

Aunque su mordisco me deja con ganas de más, le insisto en que pare. Como no me hace caso, lo aparto de mí de un empujón. En lugar de Cole, una sombra oscura con ojos rojos me devuelve la mirada.

—No —susurra.

Doy un paso atrás al oír una voz que me llama desde lejos:

—¡Sidney!

Abro los ojos, con la respiración agitada y la cara hundida en la almohada. Me doy la vuelta y recupero el aliento mientras asimilo lo luminosa que está la habitación. Giro la cabeza y noto que Matt no está en la cama conmigo y que la puerta del dormitorio está abierta de par en par.

También me fijo en el charco de saliva que he dejado en la almohada y me limpio la boca con la manta, asqueada.

Matt siempre ha sido madrugador. Yo no soportaba lo mucho que le gustan las mañanas, especialmente cuando trabajábamos juntos. Para cuando me despertaba, Matt ya estaba listo para empezar el día y leyendo las noticias en internet. Siempre me advertía de que me preparara más rápido o tendríamos que ir al trabajo en coches separados. Pensé que, cuando empezara a trabajar en casa como escritora, disfrutaría al no tener que esperarme, pero me dijo que lo echaba de menos.

Oigo el crujido de unos pasos en el pasillo. Salgo rápidamente de la cama y cierro la puerta del dormitorio antes de poder verle la cara. Ni siquiera estoy segura de por qué Matt ha dejado la puerta abierta así. Me asusta saber que alguien podría haber entrado y haberme visto durmiendo.

Aunque conozco a Cole, cuanto más lo trato de adulta, menos segura estoy de lo cómoda que me siento con él. Desde luego, me sentía muy cómoda con el Cole de mis sueños.

«El Dr. Cole está listo para verte». Imagino a Cole sin camiseta en un entorno hospitalario, indicándome que entre en una sala de exploración.

Sonrío por lo vergonzosas que son mis propias fantasías. Es como el argumento de una de esas películas porno baratas que veía en el historial del ordenador de Matt.

Me cambio de ropa y abro la puerta del dormitorio. Aun intentándolo con todas mis fuerzas, la puerta cruje ruidosamente. Mientras camino por el pasillo, oigo una risa familiar que viene de abajo. Al poco, estalla otra risa y alguien da una palmada.

Cuando bajo a la planta inferior, me reciben tanto Cole como Matt, sentados a la mesa del comedor.

—Es una historia real —dice Cole mientras come un trozo de beicon de su plato.

Matt me mira.

—No sabía que mi Sidney fuera así.

Cole asiente y se come otro trozo de beicon.

—Tu Sidney era otra cosa en sus tiempos.

La idea de que mi exnovio y mi prometido estén hablando de mí me despierta más rápido de lo que podría hacerlo el café.

—¿Qué he hecho? —pregunto con una leve sonrisa.

Cole le sonríe a Matt.

—Nada en absoluto. Solo le estoy contando a tu prometido todos tus oscuros secretos del pasado.

Matt se ríe y yo me siento a su lado.

—Buenos días, amor —me dice, y me besa en la mejilla.

—¿Desayunas? —pregunta Cole. Antes de que pueda responder, se levanta, coge un plato de comida de la encimera de la cocina y lo coloca frente a mí. Dos huevos, con una rodaja de tomate en el centro y una tira de beicon colocada para que parezca una sonrisa.

Matt se ríe. —A mí me ha hecho lo mismo.

—¿No tienes hambre? —pregunta Cole—. ¿O es que no te gusta mi presentación culinaria? Bueno, puedo convertir esa sonrisa en un ceño fruncido para ti. —Gira el plato y la boca de beicon se convierte en una expresión triste.

Matt se ríe de la broma. —¿Quieres algo de beber? —pregunta —. Cole ha hecho zumo de naranja recién exprimido. —Pone cara de deleite mientras muerde su beicon—. Menuda vida te pegas aquí, Cole. Zumo natural, sonrisas en el desayuno y todo esto. —Señala con la mano hacia el lago exterior. Se ven varios barcos a lo lejos en el agua. El sol brilla sobre la superficie en calma—. Te debes de sentir como un rey todos los días aquí.

Cole asiente. —Este lugar es increíble.

—¿Dónde está Tess? —pregunto.

Cole suspira. —Aún está levantándose —hace comillas con los dedos—. Te juro que esa mujer se despertaría a mediodía si yo se lo permitiera.

Matt se ríe y me señala. —Sidney es mucho peor.

—No es verdad —digo yo.

Matt, captando la sutil indirecta, me acaricia la espalda. —Lo sé. Es que no entiendo a los creativos: parecéis haber nacido con ese don. Os echáis una siesta y para vosotros eso es trabajar porque estáis pensando en una escena o lo que sea.

Doy un mordisco en silencio a la nariz de tomate de mi plato.

«¿Qué haces todo el día si no estás escribiendo?» es una de las preguntas favoritas de Matt. O bien: «A lo mejor deberías buscarte un trabajo normal». Le gusta soltar esa cuando le cuento lo mucho que me está costando avanzar.

Cole rompe la tensión. —¿Os encantará la cena de esta noche? ¿Os gusta la langosta?

Matt levanta las cejas. —Sí. Me encanta la langosta.

—¿Cena? —digo, tragando mi trozo de tomate—. ¿Acaso Matt no captó la indirecta anoche? No quiero quedarme otra noche. El plan era irnos. Me quedo mirando a mi prometido. Dijo que quería que le hiciera una señal cuando quisiera irme, pero mi mirada parece pasar por encima de su cabeza mientras él y Cole se ríen de otra cosa que estaban comentando.

—¿Cole? —llama una vocecita desde las escaleras—. ¿Puedes venir un momento?

Cole también levanta las cejas. —La reina me reclama. —Se levanta de la mesa y sube las escaleras hacia Tess.

Aprovecho la oportunidad para hablar con mi prometido. —Quería irme hoy —le recuerdo.

Matt da otro mordisco a su beicon y asiente con la cabeza. —Cierto. Lo haremos. Después de cenar.

Pongo los ojos en blanco. —Pensé que ya habíamos hablado de esto.

Matt asiente. —Cierto. Lo hicimos. Vamos, Sidney. El hombre nos ha invitado a cenar. ¿Qué iba a decirle?

—Dile que lo sientes, pero que tenemos que irnos.

Ahora es Matt quien pone los ojos en blanco. —La entrada en cualquier hotel no es hasta después de las cuatro de la tarde. ¿Qué vamos a hacer en un hotel de aeropuerto hasta entonces? —Señala hacia fuera—. Mira eso. Cole dice que preparará una barbacoa para el almuerzo. Quiere ir al pueblo a comprar algunas cosas para la comida y la cena. Después de comer, Tess te puede prestar un biquini.

—No me apetece mucho ponerme el biquini de otra persona. ¿Te gustaría a ti pedirle a Cole sus calzoncillos?

Matt respira hondo. —Me va a prestar un bañador. Vamos a hacer simplemente lo que hace la gente cuando está de viaje. Ya sabes, disfrutar. Además, Cole ha dicho que nos llevará al aeropuerto después de cenar.

—¿Lo ha dicho? —pregunto, medio asombrada de que Matt se haya molestado en preguntárselo.

Matt asiente. —Así que vamos a disfrutar del día de hoy, ¿vale?

No le respondo. En su lugar, doy otro mordisco a la nariz de tomate. —¿Está todo bien con Tess?

Matt se encoge de hombros mientras toma otro sorbo. —No lo sé. No la he visto hoy.

—La oí llorar anoche en su habitación.

Antes de que pueda decir nada más, Cole se acerca a la mesa cogido de la mano de Tess. Por el tono de voz cuando llamó a Cole para que subiera y después de haberla oído llorar anoche, supuse que estaría disgustada, pero Tess nos sonríe radiante a Matt y a mí.

—Buenos días —dice.

CAPÍTULO 14

Volvemos a amontonarnos en el coche de Cole. Nos dice que hay un pueblo pequeño cerca. Me siento en el asiento trasero con Tess. Ella mira por la ventana y hoy no parece estar de humor para hablar. Ayer también estuvo algo reservada, pero lo de hoy es mucho peor. No estoy segura de por qué estaba disgustada anoche ni de qué hablaron ella y Cole antes de que nos fuéramos, pero, sea lo que sea, debe de estar dándole muchas vueltas.

Apenas se ha dado cuenta de que estoy sentada a su lado.

El ambiente en la parte delantera del coche es diferente. Matt y Cole han estado bromeando y riendo casi todo el trayecto. Su «bromance» sigue viento en popa.

Matt es un chico extrovertido. Lo supe en cuanto lo conocí. Siempre está jovial y buscando conversación, incluso con personas que no son habladoras, como yo. De alguna manera, hemos hecho que nuestra relación funcione a pesar de que soy muy introvertida.

Cole es como Matt en ese sentido, solo que multiplicado por cien. Cole debe de ser el hombre más enigmático que he conocido. Ya era así cuando éramos más jóvenes, pero ahora que es mayor, y más guapo, desprende una energía contagiosa. Aunque a veces puede resultar odioso, su aspecto ayuda a pasarlo por alto.

Noto que Matt se lo está pasando en grande, pero yo estoy lista para marcharme. Aunque Cole puede ser acogedor y encantador, anoche vi un destello de lo que podría estar cociéndose bajo la superficie. Se mostró un poco tenso. Matt lo achacó a que estaba ebrio, pero yo no estoy tan segura.

Me alegra que este sea nuestro último día en la casa del lago, aunque no hemos hablado de cuándo nos vamos. Matt dijo que sería después de cenar, pero ¿a qué hora será eso? Hay gente que cena

incluso a las nueve de la noche. ¿Qué pasa si Cole dice que está demasiado cansado y lleno después de la cena para llevarnos? Entonces tendremos que esperar otra noche. No me gustaría nada.

Cole y Matt sueltan una carcajada por algo que ha dicho Cole y me sacan de mis pensamientos. Miro a Tess y sigue mirando por la ventana. Supongo que ya estará acostumbrada a ignorar a Cole.

Matt mira las casas que pasan de largo.

—Oye, ¿cómo se llama este pueblo?

Cole pone una mueca.

—En realidad, no es un pueblo propiamente dicho. Es más bien una aldea diminuta en el campo.

Cole entra en el aparcamiento de una pequeña tienda de comestibles. Aparca y gira la cabeza.

—La licorería está justo al otro lado de la calle —dice—. Matt, creo que la cerveza corre de tu cuenta.

Él asiente en respuesta.

—Soy un hombre de palabra.

—Excelente —dice Cole—. Se apoya en el respaldo del asiento del conductor, saca un papel doblado del bolsillo de sus vaqueros y me lo entrega—. Aquí tienes una lista de lo que necesitamos para el almuerzo y la cena. —Mira a Tess—. ¿Llevas efectivo?

Tess no responde; se limita a negar con la cabeza sin dejar de mirar hacia fuera.

Cole suspira.

—Uf, vale. —Coge su cartera y le entrega unos billetes—. Con eso debería bastar. Tess y Sidney se encargarán de la comida. Matt y yo iremos a por lo esencial.

Matt se ríe del chiste malo mientras los dos abren sus puertas y bajan del coche.

—¿Va todo bien? —le pregunto a Tess.

En lugar de responder, abre la puerta del coche y me deja sola dentro.

Para cuando salgo y cierro la puerta, Matt y Cole ya van caminando hacia la licorería, riéndose de lo que haya dicho uno de ellos. Niego con la cabeza, preguntándome cómo dos adultos

pueden congeniar tan rápido. Son dos almas gemelas en cuanto a chistes malos se refiere.

Tess me tiende la mano.

—Dame, me quedo yo la lista.

Le entrego el trozo de papel y le doy las gracias. La campana sobre la puerta suena cuando entramos en la pequeña tienda. Los pocos pasillos que hay están abarrotados.

Cojo un carrito y nos dirigimos al primer pasillo. Tess coge un paquete de pan de perritos calientes y lo echa al carrito.

No conozco mucho a Tess, pero, de alguna manera, sé que no está intentando ser grosera conmigo. Simplemente, parece alguien que está sumida en sus pensamientos.

Tess coge otro artículo de la lista y lo echa al carrito, pero yo dejo de seguirla.

—Tess, ¿hemos hecho Matt o yo algo que te haya molestado? ¿Hemos hecho algo mal? ¿Está todo bien?

En mi mente, es la mejor manera de averiguar qué está pasando sin señalarla por estar enfadada, triste o lo que sea. Quizá si lo centro en mí, ella me confirme que no es el caso y se sincere más. Si simplemente le pregunto «¿qué te pasa?», lo más probable es que se cierre en banda.

Por otro lado, quizá no esté precisamente contenta de que la exnovia de Cole se quede en su casa. Aunque solo fuera una relación de tres semanas cuando yo tenía casi quince años, tal vez eso no le importe. Es una situación incómoda a la que no estoy del todo segura de por qué accedí.

Tess suspira y niega con la cabeza.

—Lo siento, de verdad. Sé que no me conoces. No quiero ni imaginar lo que piensas de mí. No es por vosotros. Los dos sois geniales. Me alegro de haberos conocido. Cole y yo tuvimos una bronca monumental anoche. No tiene nada que ver con nada de lo que hayáis hecho. Nos… nos gusta pelear.

Tess coge un paquete de salchichas y lo lanza al carrito.

—De hecho, se nos da muy bien. Discutir es algo de lo que ambos parecemos disfrutar demasiado en nuestra relación. Saltamos a la mínima… todo el tiempo. Pero luego nos reconciliamos. —

Esboza una sonrisa forzada—. La reconciliación es lo mejor, aunque no hace falta que te lo diga.

Me río tímidamente. —Bueno, nosotros nunca, ya sabes. Yo solo era una niña cuando lo conocí.

Tess me observa un momento más antes de asentir. —Cierto.

Damos la vuelta y vamos por otro pasillo. —Siento haber estado tan decaída esta mañana. Pienso animarme. Creo que Cole y yo estamos en proceso de arreglarlo de todas formas, al menos hasta que nos pongamos de nuevo los guantes de boxeo.

—Me alegro. Con un poco de suerte, todos podremos disfrutar del tiempo juntos hasta que nos vayamos esta noche.

—¿Os vais esta noche? —pregunta ella, sorprendida—. Cole dijo que os quedabais hasta vuestro vuelo dentro de unos días o algo así.

Miro el estante cercano y veo un tarro de pepinillos. Recordando que estaba en la lista que me dio Cole, lo cojo y lo pongo en el carrito. —Bueno, supongo que no estamos seguros.

Tess suelta un suspiro. —Espero que no sea por algo que hayamos dicho o hecho, Cole o yo.

Niego con la cabeza. —No, por supuesto que no. Es que estoy agotada por lo de la convención. —Veo por la expresión de Tess que se lo está tomando como algo personal. Tiene exactamente la misma cara que cuando hablaba con Cole en las escaleras. Intento por todos los medios cambiar de tema y destacar algo amable que hayan hecho ellos. De todos modos, os agradezco mucho que nos hayáis dejado quedarnos con vosotros. Después del robo en nuestra habitación de hotel, estaba hecha un manojo de nervios. Matt tardó una eternidad en calmarme. Me hace muy feliz que nos hayáis abierto las puertas de vuestra preciosa casa para que nos alojemos.

Tess le resta importancia con un gesto. —No ha sido nada. Además, ahora podré decirle a la gente que una escritora famosa fue mi invitada durante un fin de semana.

En realidad, solo será una noche, pero no voy a corregirla. En su lugar, sigo intentando alabar cosas que Cole y ella hicieron por nosotros, para que resulte menos incómodo que nos vayamos esta

noche. —Todavía no me explico cómo Cole hizo todo el trayecto de vuelta al hotel anoche, nos recogió y luego volvió a vuestra casa.

Tess gira la cabeza y vuelve a quedarse callada. —Cole no estaba en casa cuando salió a recogeros. Todavía estaba en Toronto.

—¿Ah, sí? —digo, confundida—. Estoy segura de que Cole dijo lo contrario.

—Cole y yo tuvimos una de nuestras famosas peleas también la noche anterior —dice—. Mira las latas de la estantería. Encuentra la que busca y la pone en el carrito. Por un momento, nuestras miradas se encuentran—. Tuvimos una pelea muy fuerte después de cenar con vosotros. Fue tan grave que me volví a casa en un Uber. Cole se quedó y no sé qué hizo... Probablemente beber —dice ladeando la cabeza.

Ahora todo tiene sentido. Pude notar la tensión anoche por el comportamiento de Cole. Debía de seguir alterado por la pelea. Aun así, me sorprende que discutieran. En la cena, los dos estaban muy felices. Parecían muy enamorados. Si soy sincera conmigo misma, tuve envidia. Se sentaron en el mismo lado del reservado. Estaban todo el rato tocándose. Parecía que los dos no veían la hora de llegar a casa y rasgarse la ropa.

De repente pienso en mi habitación de hotel. Recuerdo lo que sentí al caminar sobre las páginas trituradas de mis libros.

—Entonces, ¿Cole no llegó a casa hasta después de habernos recogido? —pregunto.

Tess asiente. —Cuando me enteré de que veníais, me alegré. Parecéis una pareja estupenda y no solemos tener muchos invitados.

—¿Y no sabes dónde estaba Cole después del restaurante?

Tess vuelve a asentir. —Salió furioso a la calle después de nuestra pelea. No pareció importarle lo más mínimo cómo iba a volver yo a casa. —Suspira—. Perdona, me sigo cabreando solo de pensarlo. Anoche también discutimos, así que espero que no nos oyerais.

Niego con la cabeza. Realmente no oí ni una palabra. Si los dos estuvieron peleando, lo hicieron muy bajo.

—Cole puede ser muy ruidoso cuando está disgustado —dice Tess—. ¿Pero yo? —Se ríe—. Soy como un ratoncito. No me oirías en

absoluto. —Aprieta el labio inferior—. Así que sé que a mí no me habrías oído, pero si oíste a Cole, lo siento. —Respira hondo—. Por eso no dejamos que mucha gente se quede a dormir en nuestra casa.

Tess gira la cabeza, aunque veo que se limpia la mejilla. Hay algo en ella en este momento que me conmueve. Se la ve tan vulnerable y el hecho de que intente ocultarlo me resulta aún más fascinante.

Hay algo irónico en ella. Cole y Tess son muy diferentes. Cole es tan ruidoso y odioso, mientras que Tess parece más delicada y reflexiva. La pareja sería material estupendo para unos personajes de novela.

Intento no pensar en eso. Odio cómo me funciona la cabeza. Podría estar presenciando algo trágico y pensando en lo magnífica que sería esa escena para escribirla.

Le doy a Tess una palmadita en la espalda. —Lo siento —digo.

—Tú no has hecho nada malo —dice ella.

—Lo sé, pero siento como si estuviéramos invadiendo vuestro espacio o algo así. Me siento mal. Probablemente ni siquiera sabías que veníamos a quedarnos con vosotros. Y, después de la pelea que tuvisteis, estoy segura de que preferirías tener ese tiempo para reconciliarte con Cole.

Tess asiente. —No fue idea mía, es cierto. —Exhala—. Y siento mucho lo que va a pasar. —Sus palabras me cortan la respiración. ¿He oído bien? ¿A qué se refería? Antes de que pueda preguntarle, se apresura por el pasillo.

CAPÍTULO 15

Con paso rápido, Tess recorre el pasillo y se detiene ante un puesto de revistas. En un estante al lado hay algunos libros. Coge uno que reconozco de inmediato.

—Este es tuyo, ¿verdad? —dice con una sonrisa, mostrándome mi superventas, *Mi vida como asesino*. Por supuesto, sabe que lo es, pero asiento tímidamente con la cabeza.

—Sí, ese es mío —digo.

Inclina la cabeza.

—Bueno, tienes que hacerme el honor de firmar un ejemplar. Como he dicho, necesito pruebas para demostrar que una escritora famosa se alojó en mi casa. A mis padres les hará todavía más ilusión que aloje a famosos en su casa.

—Venga, no soy para tanto. No soy el tipo de persona al que reconocen cuando sale por ahí. Apenas soy una celebridad. —Le quito el libro de las manos—. Pero por supuesto que te firmaré un ejemplar. No llevo ningún bolígrafo encima. —Miro a mi alrededor en el supermercado, hacia el cajero.

Probablemente tengan uno. Antes de que pregunte, Tess mete la mano en su bolso y saca un bolígrafo azul.

—Siempre estoy preparada para los autógrafos. —Mientras empiezo a firmar el libro, Tess da palmaditas con las manos—. Gracias.

Le devuelvo el libro.

—Ahora tienes que pagarlo —me río.

—Ahora también tendré que leerlo —sonríe ella.

—No te preocupes si no lo haces. Ni siquiera mi propia familia lee mis libros —le resto importancia con un gesto.

Por el rabillo del ojo, veo a una mujer mirándonos fijamente detrás de Tess. La miro de reojo, pero intento no establecer contacto visual. La expresión de la mujer es muy intensa. Me preocupa que, si la miro, la dirija hacia mí.

La mujer empieza a caminar lentamente hacia nosotras, y me doy cuenta de que me está poniendo esa cara directamente a mí.

—¿Cómo se atreve? —dice la mujer.

Siento como si me hubiera caído un rayo cuando mi cerebro establece la conexión. Es la mujer que estaba en el vestíbulo del hotel. La mujer que me pidió un autógrafo pero de la que, en lugar de dárselo, huí como si fuera un monstruo.

Abro la boca, pero no encuentro las palabras.

La mujer del vestíbulo las encuentra fácilmente.

—¡Le pedí un autógrafo y salió corriendo, haciéndome sentir como una especie de bicho raro! ¡Y ahora está aquí dándolos!

—Eh… —logro decir.

—Perdone, ¿pero quién es usted? —pregunta Tess.

—Vete a la mierda —dice la mujer—. Tú ya tienes tu autógrafo.

—Es mi amiga —dice Tess. Señala con el dedo la cara de la mujer—. Por favor, déjenos en paz. Deje de acosarnos.

—Como quieras —dice. Me mira—. Así es como trata a sus lectores. —Suelto un bufido—. Yo era su mayor fan.

Mientras dice esas palabras, lloro por dentro. No puedo evitar pensar en el primer correo electrónico que me envió IWriteAlone. No puedo dejar de pensar en los muchos correos que le siguieron.

La mujer se marcha indignada, pero nos mira una última vez antes de salir del supermercado.

—Qué loca —dice Tess, negando con la cabeza.

Me pregunto si será de este pueblo.

—¿La conoces? —pregunto.

—No la he visto en mi vida —confirma Tess. Se gira para mirarme. Siento que me tiemblan las manos. Intento calmar mis nervios mientras Tess me coge de la mano—. ¿Estás bien? Estás blanquísima.

No soy capaz de responder, pero me las arreglo para asentir con la cabeza. ¿Llevaba esa mujer siquiera un carrito o comida consigo?

CAPÍTULO 16

Ahora soy yo la que guarda silencio en el trayecto en coche de vuelta a la casa del lago. Ya no me tiemblan las manos y no debo de estar tan pálida, porque ni siquiera Matt me pregunta si estoy bien.

Aunque, si todavía estuviera pálida y tuviera mal aspecto, es probable que no se hubiera dado cuenta, considerando lo absorto que está en la conversación que mantiene con Cole en este momento. Los dos se ríen como idiotas en los asientos delanteros.

Noto que Tess me mira de vez en cuando. Intento ignorarla. No quiero hablar. No quiero decir cómo me siento. Solo quiero que estas emociones se marchen. Quiero marcharme yo.

Solo quiero irme a casa. Quiero ir al hotel del aeropuerto, encontrar la manera de cambiar nuestros vuelos e irme a casa. No me importa lo que cueste. No me importa lo que diga Matt.

He terminado. He desconectado.

¿Qué probabilidades hay de que me haya cruzado de nuevo con esa mujer? ¿De verdad vive en ese pueblo pequeño? ¿Cuánta gente vive allí?

Poco después de mi encuentro con la mujer misteriosa en el vestíbulo, destrozaron mi habitación de hotel. ¿Podría ser ella mi acosadora?

¿Por qué sigo asumiendo que IWriteAlone tiene algo que ver con mi habitación de hotel?

Todo podría ser una simple coincidencia. Todo. Por supuesto, la mujer podría vivir en este pueblucho y ser una fan mía. Bueno, probablemente ya no sea fan.

Una mano me agarra la mía. Miro hacia un lado y Tess tiene una expresión preocupada. —No pasa nada —me susurra.

Hay algo en su compasión en este instante que me calma. Asiento, pero no digo ni una palabra.

Suelto su mano y sigo mirando por la ventana los árboles y la densa maleza. De vez en cuando alcanzo a ver el lago.

Mis pensamientos siguen desbocados hasta que Cole gira hacia el camino de grava que lleva a la casa del lago. A medida que nos acercamos, saco el móvil. No tengo cobertura. Nada de wifi. Nada.

Quiero irme. No estoy segura de poder quedarme hasta después de la cena. Algo dentro de mí me grita que huya a casa. Que me esconda en mi casa.

La convención fue un error. Nunca debería haber venido.

Matt tenía razón. He aprendido la lección por las malas. Pensé que podría con esto, pero no puedo.

Matt y Cole sonríen mientras hablan entre ellos e intento interrumpirlos.

—Matt —digo con calma—. Al no obtener respuesta, alzo la voz—: ¡Matt!

Él me mira sorprendido. —¿Qué?

—¿Tienes alguna raya de cobertura en el móvil? ¿Puedo usarlo? Quiero buscar una cosa.

Cole responde por él. —No vas a poder usar internet aquí fuera con el móvil —dice—. El despacho de arriba tiene internet. Puedes usar el ordenador si quieres. No hace falta contraseña para entrar con el perfil de invitado.

—Gracias —digo. Tengo las manos húmedas de sudor y las mantengo apretadas una contra la otra.

Cuando Cole aparca frente a la casa, todos se toman su tiempo para salir del coche. Yo espero ansiosa para entrar. Cole abre el maletero y coge una caja de cerveza. Tess coge unas cuantas bolsas de la compra.

Matt me mira. —Oye, ¿estás bien?

Por fin mi prometido se las apaña para darse cuenta de que no estoy *bien*. He estado de cualquier forma menos bien, pero no se lo digo. No delante de Cole y Tess.

—No me encuentro bien —digo—. Voy a descansar un rato en la habitación.

Matt pone expresión de preocupación. —¿Descansar? No estaremos aquí mucho tiempo. Cole va a empezar con la barbacoa y podemos ir a nadar. Vamos a, ya sabes, pasarlo bien.

—No se encuentra bien —dice Tess, hablando por mí—. Dijo que se sentía rara en el supermercado.

Matt se vuelve hacia mí. —¿Estás enferma? —Me pone una mano en la frente para comprobarlo.

Afortunadamente, Tess acude al rescate de nuevo. —Anda, ve, Sidney —dice—. Descansa y a ver si te sientes mejor para la comida.

Se lo agradezco. Matt se da la vuelta y empieza a hablar con Cole mientras entro en la casa del lago. Normalmente, la belleza de las vistas captaría mi atención, pero ahora mismo solo quiero usar su ordenador.

Quiero buscar el próximo vuelo para salir de aquí. Quiero volver a mi casa lo antes posible.

Siento que el pulso se me acelera mientras subo los escalones a toda prisa. Mientras recorro el pasillo, abro una de las puertas y me doy cuenta de que, con mis prisas, he entrado en la habitación de Cole y Tess y no en el despacho.

Intento recuperar el aliento. Necesito calmarme. ¿Es posible tener un infarto a mi edad? Intento razonar conmigo misma. ¿Por qué estoy tan alterada?

¿Por qué? ¿Y qué? Me he vuelto a cruzar con la mujer del vestíbulo del hotel. ¿Por qué estoy perdiendo los papeles? La mano me empieza a temblar de nuevo.

Pienso en Vanessa, mi editora. Me ofreció ir a terapia hace mucho tiempo. Debería haber aceptado. Reaccionar como lo hago ante las situaciones más insignificantes no es natural. Lo sé, pero ¿cuándo haré algo al respecto?

Siento que el pulso se me ralentiza a medida que respiro más profundamente. Estoy a punto de cerrar la puerta del dormitorio cuando noto una pila de libros en la mesita de noche. Los reconozco todos.

Debe de haber cuatro o cinco libros apilados y todos son míos. Doy un paso dentro de la habitación y me acerco lentamente a ellos, mirando los títulos.

Cuando conocí a Cole y Tess en el restaurante, él dijo que no tenía ni idea de que yo fuera escritora. ¿Y ahora encuentro una pila de mis libros en su dormitorio?

Cojo uno de ellos. *Mi vida como asesina*. Hay una doblez en las páginas a un cuarto del libro. ¿Han estado leyendo mis libros? En la mesita de noche hay un reloj de hombre y unas gafas de sol.

¿Está Cole leyendo mis libros? Cuando lo conocí, dijo que no tenía ni idea de que yo fuera escritora. ¿Malinterpreté lo que dijo?

Pienso también en lo que dijo Tess en el supermercado. Cole no condujo hasta su casa como había dicho. Se esforzó mucho por decirnos a Matt y a mí que había conducido todo el camino de vuelta a su casa y de regreso al hotel para recogernos. Pero eso no era cierto.

Recuerdo cómo encontré mi habitación de hotel. El intruso desparramó y rompió mis cosas. Mis libros estaban hechos añicos. Mi portátil estaba roto y era irreparable. Todo esto no puede ser una coincidencia.

Salgo del dormitorio y cierro la puerta en silencio. A pesar de mis esfuerzos, la puerta chirría. Contengo la respiración mientras abro la puerta del despacho.

Me siento rápidamente ante el escritorio. El ordenador ya está en la pantalla de inicio de sesión. Hay un perfil de administrador y otro de invitado. Hago clic en el perfil de invitado y carga lentamente.

Este ordenador tiene que de ser el más lento que he visto en mi vida. Si tuviera mi portátil, ya estaría buscando vuelos. No me puedo imaginar cuánto tardaré en encontrar lo que quiero.

Hay un navegador ya abierto cuando carga el perfil. Hago clic en él. La página tarda lo que me parece una eternidad en mostrarse. Es una búsqueda de Google. Estoy a punto de borrarla para buscar vuelos cuando el texto en la pantalla me detiene.

Alguien ha buscado mi nombre. La imagen de mi perfil de autora me devuelve la mirada. Es la misma foto que usaron para el cartel de la conferencia. Hay una segunda pestaña al lado. Hago clic en ella y es otra búsqueda de Google. Esta vez la búsqueda era «Acosador de la autora Sidney Meyers».

Hay un chat de un foro destacado. Hago clic en él. La pantalla carga un hilo que trata exclusivamente sobre lo que pasó con IWriteAlone. De alguna manera, los fans en la red lo sabían. No mencionaban el correo electrónico de IWriteAlone, pero hablaban del acosador.

Me reclino en la silla y me pregunto quién habrá buscado mi nombre y lo del acosador.

CAPÍTULO 17

Hay un vuelo de última hora esta noche de vuelta a Alberta. Solo tengo que encontrar la forma de llegar al aeropuerto. No me importa si Cole nos lleva o si, como Tess, cojo un Uber para volver a Toronto, pero me largo de aquí.

Me ha llevado un tiempo calmarme los nervios después de encontrar mis libros en la mesita de noche de Cole y las búsquedas en el ordenador.

Ahora solo tengo que hablar con Matt. Tenemos que irnos. No me fío de Cole. Aquí están pasando más cosas de las que sé.

Todo esto no puede ser una coincidencia. Por dentro, se me revuelve el estómago. Una voz no solo está gritando en mi interior, sino que exige que me marche de aquí inmediatamente.

Oigo pasos que suben las escaleras. Se me detiene el corazón hasta que Matt asoma la cabeza por la puerta del despacho y me sonríe.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta.

—Tenemos que hablar —le digo en voz baja.

—¿Qué? —dice él, confundido. Antes de que pueda explicarle nada, Cole aparece detrás de Matt y le frota la parte superior de los hombros.

—Mi bañador está en mi habitación —dice Cole mientras pasa por nuestro lado.

Matt me mira. —Vamos a ir a nadar después de comer. ¿Quieres venir?

Respiro hondo. Pienso en susurrarle lo que quiero decirle, pero Cole llama a Matt y este se va.

Cierro la puerta del despacho y vuelvo rápidamente al cuarto de invitados. Espero que Matt capte la indirecta y entre en el

dormitorio para seguir hablando.

«Tenemos que hablar», le he dicho claramente. Ha sido en voz baja, pero aun así. Vendrá al dormitorio y, cuando lo haga, le diré que tenemos que irnos de inmediato. Nada de baños divertidos con su nuevo mejor amigo, Cole. Nada de quedarse en esta casa ni un momento más.

Hay un vuelo de vuelta a casa y quedan unas cuantas horas para llegar al aeropuerto. El avión sale hoy y quiero estar en él.

Por desgracia, Matt no ha captado la indirecta. Oigo a Cole y a mi prometido charlar mientras pasan por delante del cuarto de invitados y bajan las escaleras; el crujido de los escalones se vuelve cada vez más distante.

Me tapo la cara, derrotada. El corazón me sigue yendo a mil mientras intento idear cómo decirle a mi prometido que quiero irme sin que resulte tan obvio.

Mientras inspiro profundamente, me pregunto por qué estoy tan nerviosa y asustada en este momento. ¿Y qué? He encontrado una pila de mis libros en una mesilla de noche. No es precisamente algo por lo que volverse loca.

Luego estaban las búsquedas sobre mí en el ordenador. Me puse frenética al verlo, pero ¿no podrían Cole o Tess sentir simplemente curiosidad por mi carrera como escritora?

Recuerdo que Cole me dijo que no sabía que yo era escritora y que anoche fue a su casa y volvió a buscarnos al hotel. Ambas cosas eran mentira.

También estaba el intruso en mi habitación del hotel.

¿De verdad creo que Cole fue quien destrozó nuestra habitación? ¿Por qué lo haría? ¿Qué sentido tendría?

Él fue quien insistió en que viniéramos a la casa del lago. ¿Por qué? ¿Quería tenerme en un lugar remoto, donde yo fuera más vulnerable?

Siempre supuse que IWriteAlone2009 era una mujer. En mi cabeza, lo era. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si había sido Cole todo el tiempo?

El corazón me late de forma tan descontrolada que noto el pulso en los labios. Respiro hondo varias veces.

Todos mis pensamientos parecen tan descabellados. Irreales. Ya no puedo confiar en mi capacidad para pensar racionalmente. ¿Cómo he llegado a este estado?

Sé la respuesta: IWriteAlone.

Tras unas cuantas respiraciones profundas más, me levanto de la cama y salgo del cuarto de invitados. Bajo lentamente las escaleras y oigo a Cole y a Matt hablando fuera, en el porche trasero. Atravieso las puertas correderas del porche y Matt me sonríe. Está sentado a una mesa cerca de Cole mientras este enciende la barbacoa. Los dos se ríen de algo mientras Cole abre un paquete de perritos calientes y los echa a la parrilla.

Tess está sentada al otro extremo de la mesa, mirando hacia el lago, bebiendo té.

—¿Cuántos quieres?

Respiro hondo, intentando calmarme, pero noto que el corazón vuelve a latirme más rápido. Ni siquiera el hermoso paisaje del lago puede detenerme ahora.

—¿Cuántos quieres? —se ríe Matt.

Me vuelvo hacia él. —¿Qué has dicho?

Ahora Cole se une a la risa. —¿Cuántos perritos calientes? Supondré que dos. A ver, estás muy delgada, Sidney, pero si te pareces en algo a Tess, será más de uno, aunque ella no lo admita.

—Dos está bien —digo secamente. Me siento al lado de Matt. Junto las manos y vuelven a estar pegajosas, igual que en el supermercado.

—Bueno —dice Cole, cogiendo las pinzas y dando la vuelta a algunos de los perritos de la parrilla—, Tess nos ha contado lo de la loca del supermercado. Me mira—. Eso es de locos. ¿Todos tus lectores están zumbados? —Me mira fijamente y espera mi respuesta. Ayer sus ojos azul claro eran hipnotizantes. Si hubiera podido, habría chasqueado los dedos para que los ojos de mi prometido fueran de su color solo para poder mirarlos todo el día.

Ahora es diferente. Su mirada me da escalofríos al saber que he descubierto sus mentiras.

—Ya ha tenido otros locos antes —le dice Matt.

—¿Ah, sí? —pregunta Cole, dando la vuelta a otro perrito—. ¿Qué hicieron? —En lugar de mirar a Matt para obtener respuesta, vuelve a mirarme fijamente a mí.

En ese momento, no puedo evitarlo. Sé que algo no va bien. Siento que mis entrañas han estado intentando decírmelo desde que Cole nos recogió ayer en el hotel.

—Tú deberías saberlo —digo con frialdad.

La sonrisa permanente de Cole desaparece de su rostro al darse cuenta de que le hablo a él. —Perdona, ¿qué?

—Fuiste tú quien destrozó nuestra habitación del hotel, ¿verdad? —digo, levantando la voz.

Cole mira a Matt un momento y luego vuelve a mirarme. —¿Crees que yo entré en vuestra habitación del hotel? —Ahora tengo la atención de Tess, que se quita las gafas de sol y me mira.

Me levanto de la mesa. —Me dijiste que nunca habías leído ninguno de mis libros, pero sí lo has hecho. Tienes una pila de ellos en tu habitación.

—¿Has entrado en mi dormitorio? —dice Cole, sorprendido.

Ignoro su comentario. —Has buscado a mi acosador en tu ordenador. —Cole me arquea una ceja y vuelve a mirar a Matt mientras continúo—: Y dijiste que condujiste hasta tu casa y luego volviste al hotel para recogernos a Matt y a mí, pero eso era mentira. Te quedaste en el hotel, ¿verdad?

Cole mira a su alrededor como intentando entender por qué la he emprendido con él. —Sí.

Asiento, sabiendo que tengo razón. —Entraste en nuestra habitación después de que rechazáramos tu oferta de quedarnos aquí.

Cole suelta una risa nerviosa. Vuelve a mirar a Matt. —¿Qué es esto? ¿Una broma o algo?

Matt no responde. Una expresión de disgusto se ha instalado en el rostro de mi prometido, que intenta ocultarla con la mano. —Lo... lo siento mucho, chicos.

—Pregúntale por qué mintió, Matt —exijo—. Pregúntaselo.

Tess se inclina hacia delante. —No entiendo nada.

Cole vuelve a reír. —Cree que nosotros destrozamos su habitación de hotel —se encoge de hombros—. Por qué motivo, todavía no lo entiendo.

—Para que vinieras aquí —respondo.

Cole niega con la cabeza. —Vale, me has pillado. Mi plan era que vinierais los dos aquí para… —coge un perrito caliente con las pinzas y lo menea delante de mí—inflaros a comida grasienta y disfrutar de un paisaje bonito. —Señala hacia el lago.

—IWriteAlone2009 —digo en voz baja.

Cole me observa con atención. —¿Qué?

—IWriteAlone2009@gmail.com. Ese también eres tú, ¿no? —Cojo a Matt de la mano—. Tenemos que irnos ahora mismo.

Matt aparta su mano de la mía de un tirón y niega con la cabeza. Me mira y vuelve a taparse la cara. —No puedo creer que estés haciendo esto ahora. Lo único que quería era pasar un fin de semana agradable.

Me doy cuenta de que no va a ver lo que yo veo.

—Ha tenido un día difícil —dice Tess—. Esa mujer del supermercado la acribilló a preguntas. Ha estado asustada todo el camino de vuelta en el coche. —Me mira—. No pasa nada, Sidney.

Me trago mi propio rencor y me veo como el centro de atención mientras los tres me miran fijamente.

—¿Por qué mentiste? —le digo a Cole mientras sigo intentando darle sentido a todo. Él se encoge de hombros—. ¿Por qué tienes mis libros?

—Los compré en la convención —dice él—. Después de cenar, fui allí y compré unos cuantos. Tenía curiosidad después de que me dijeras que eras escritora. Vi tu cara en un anuncio cerca del restaurante que decía que eras la ponente principal. Quise comprar algunos de tus libros. —Mira a Tess—. Ya sabes, para apoyar a una amiga escritora. Bueno, a una vieja amiga. —Mira a Matt—. Supongo que ahora quizá ya no sea una amiga. Sidney..., yo... Y las búsquedas. Bueno, Matt me habló del acosador. Quería saber más, aunque no había información en internet. Matt dijo que te costó mucho escribir después de que el acosador empezara a molestarte.

Cole deja de reírse. Su cara alegre, que parecía grabada en él, es ahora dulce. Estoy acorralada. Se está preguntando de qué demonios estoy hablando, y yo me estoy dando cuenta de que tiene razón.

Matt tiene la misma mirada, suplicándome que me detenga, pero yo continúo.

—¿Qué hiciste después de salir del restaurante? —le pregunto a Cole—. Sé que no te fuiste a casa con Tess. ¿Qué pasó?

Cole parece hundido. Aunque nadie lo toca, se le ve físicamente herido. —Sidney, ¿de verdad piensas que entré en vuestra habitación del hotel? —Como no respondo, vuelve a mirar a Matt—. Vale, pues ahí va. Después del restaurante, Tess y yo nos peleamos. Ella se fue. Yo me quedé en el bar del hotel. Me tomé unas copas. Luego compré algunos de tus libros —dice, señalándome. Deja caer el brazo al costado—. Y estaba de camino a casa cuando recibí tu mensaje.

Me vuelvo hacia Matt. Parece completamente asqueado. Sé que me va a echar una bronca de campeonato más tarde por esto.

—No pasa nada, Sidney —dice Tess. Se levanta y me pone una mano en el hombro.

Vuelvo a sentarme en la silla. Toda la ira desaparece de mi rostro. Probablemente tengo un aspecto tan asqueado conmigo misma como el que tiene Matt.

—¿Por qué os peleasteis vosotros dos? —pregunto. Miro a Cole y luego a Tess.

Tess respira hondo. Cole niega con la cabeza.

—Eso no le importa a nadie —dice él con brusquedad.

—Me muero de la vergüenza —dice Matt, uniéndose por fin a la conversación—. No me lo puedo creer. —Me mira—. ¿En serio, Sidney? Te estás comportando como una psicópata.

—Ha pasado por mucho —dice Tess, defendiéndome—. No pasa nada, Sidney. De verdad. Lo entiendo.

—Pues yo sigo sin entenderlo —dice Cole.

Matt se levanta de la mesa y le da la mano a Cole. —Gracias por dejarnos pasar la noche y por la comida que habías planeado, pero creo que lo mejor será que nos marchemos.

Cole hace una mueca. —De verdad que pensaba que nos lo estábamos pasando bien, chicos. No sé qué decir.

Me tapo la cara con las manos, intentando ocultar el asco que siento por mí misma. De repente recuerdo lo que me dijo Tess en el supermercado.

—¿Por qué me dijiste que sentías lo que nos ibais a hacer? —suelto.

Matt suspira. —¡Y sigue! ¡Sidney, vámonos! ¡Deja de avergonzarme a mí y a esta gente!

Ignoro a mi prometido y miro a Tess mientras se me empiezan a humedecer los ojos. No estoy loca. Oí lo que dijo Tess. —En el supermercado me dijiste que sentías lo que nos iba a pasar. ¿Qué significaba eso?

Tess baja la mirada un momento antes de encontrarse con mis ojos. —Lo dije en broma. Cole es un gran idiota. Sabía que iba a seguir soltando un montón de chistes tontos para intentar encantaros a los dos.

Cole levanta las pinzas. —Soy encantador. —Baja la mano y mira a Tess—. Y bastante tonto.

—Vamos a hacer las maletas —dice Matt. Se vuelve hacia Cole —. Siento de nuevo todo esto, tío, de verdad. No te preocupes, no te pediremos que nos lleves. Ya has hecho mucho. Ya buscaremos nosotros la forma.

Cole resopla. —Chicos, no hagáis esto.

Tess me da palmaditas en el hombro. —No pasa nada, de verdad. Esto solo ha sido...

—Un malentendido —dice Cole, terminando la frase por ella.

Miro a Matt y por un momento nuestros ojos se cruzan. Puedo notar lo disgustado que está. Disgustado no es la palabra correcta. Está cabreado. Probablemente se esté preguntando con qué clase de desequilibrada se ha comprometido. Mientras Matt se disculpa con Cole y le vuelve a dar la mano, me aclaro la garganta.

—Lo siento —digo. Me llevo una mano al pecho—. De verdad. He... he tenido un momento. Después de lo que pasó con el... bueno, la vida ha sido difícil.

—¿Ser una autora superventas del *New York Times*? —dice Cole divertido—. Suena fatal. —Tess le lanza una mirada.

—Yo también me siento avergonzada de mí misma —digo.

—No pasa nada —intenta tranquilizarme Tess.

Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar a mi prometido. Esta vez Matt me mira con compasión.

—De verdad, lo siento —le digo a Cole—. Ha sido una acusación tremenda para soltártela así.

Cole hace restallar las pinzas que tiene en las manos. —Bueno, qué más da, estás traumatizada después de lo de ese acosador. Tiene sentido. Yo también lo estaría.

Miro la barbacoa y los perritos calientes ennegrecidos que se están quemando por mi culpa. Le dedico a Cole una sonrisa forzada. —En realidad, me tomaré tres perritos.

CAPÍTULO 18

Estoy sentada en la silla de playa, contemplando el paisaje. Es precioso. Realmente impresionante. Hay varios veleros mar adentro. Lo único que estropea la estampa es el jaleo que traen Cole y Matt. Los dos hacen un ruido insoportable mientras juegan al fútbol en la playa.

—¡Gol! —grita Cole mientras chuta el balón entre dos rocas que usan como portería improvisada. Matt sacude la cabeza con decepción mientras los dos siguen jugando.

—Hay que ver cómo son —dice Tess, que está tumbada en la silla de al lado. Pensaba que se había quedado dormida. Con sus gafas de sol oscuras, no podía saberlo.

—Ya lo creo —admito—. Hace tiempo que no veía a Matt conectar así con alguien. Tiene muchos amigos en Chestermere, pero creo que nunca le he visto divertirse tanto con alguien como con Cole.

Tess se remueve en la silla, ajustándose la parte de arriba del bikini. Una pelota pasa volando a nuestro lado y Tess suelta un grito.

—¡Lo siento! ¡Perdón! —suplica Matt mientras pasa corriendo. Me sonríe un momento hasta que se da cuenta de que Tess se está recolocando en la silla. Su mirada se queda fija en ella unos instantes más de lo debido antes de apartar la vista.

¿De verdad los hombres piensan que no es obvio cuando se están comiendo con la mirada a una chica? Matt ha sido bastante inofensivo al respecto, pero ha resultado completamente evidente y ha sido justo delante de mis narices.

Intento que no me moleste la idea. Hace apenas un momento, yo misma me he fijado en lo guapa que es Tess. ¿Debo culpar a mi prometido por ver lo mismo que yo? Tiene ojos, al fin y al cabo.

¿Y quién soy yo para hablar? En cuanto Cole se ha acercado a nosotros en el restaurante, he notado enseguida lo guapo que es. Y hoy, desde luego, me he fijado en él.

Es difícil no hacerlo cuando anda corriendo por ahí en bañador y sin camiseta. Su cuerpo es tal y como lo imaginaba. Cincelado, con unos abdominales de verdad.

Llamando al doctor Cole. Su próxima paciente le espera.

Este es el mismo hombre al que he acusado de hacer cosas terribles. ¿Cómo puede mi imaginación pasar de pensamientos picantes a creer que es un monstruo?

Le observo ahora mientras corre por la playa con Matt, dándole patadas al balón. El sudor brilla en su cuerpo esculpido.

Doctor Cole. Su paciente está lista.

Respiro hondo y desearía poder separar el cerebro del cuerpo en este momento. Aquí estoy, sintiéndome mentalmente ofendida porque Matt mire a Tess cuando yo misma no he sido nada inocente.

Cole y Matt se cansan después de unos cuantos goles más —Cole le ha ganado la partida a mi prometido— y se tumban juntos en la arena.

Es raro verlos. Es casi como una foto del antes y el después, pero a la inversa. Cuando conocí a Cole, era mucho más corpulento. Ahora tiene una constitución delgada y atlética. La historia de mi prometido es justo lo contrario. Cuando empezamos a salir, estaba flaco. No tenía mucho músculo, pero era muy guapo. Aunque sigue siendo atractivo, no llama tanto la atención como cuando nos conocimos.

A veces me pregunto si nos habríamos liado hace tantos años si él hubiera tenido el aspecto que tiene ahora.

—¿Seguro que no quieres que te preste un bikini? —pregunta Tess.

—Estoy bien así —le digo—. Llevo una camiseta de tirantes y pantalones cortos, y aunque el agua invita a meterse, sigo sintiéndome inquieta por todo.

Hace solo unas horas, he provocado de forma estrepitosa que nuestro día fuera mucho más incómodo. Ahora estamos pasando el rato en la playa como si nada hubiera pasado.

La comida también ha sido tensa al principio, pero poco después, Cole ha empezado a hacer reír al grupo y su encanto realmente ha hecho maravillas para ayudarme a olvidar lo que he hecho. Tess, sin embargo, ha estado callada. Llevamos sentadas en las sillas de la playa casi treinta minutos, pero no hemos hablado mucho. No estoy segura de qué podría decir para mejorar las cosas.

¿Cómo se entabla una conversación después de lo que he hecho?

Me giro hacia ella. —Oye, de verdad que siento mucho todo lo de hoy.

Tess sacude la cabeza. —No te preocupes.

—Me siento tan estúpida... Todavía me da vergüenza.

Tess suelta una carcajada. —Bueno, yo también la tendría, pero espero que te quedes. —Se baja las gafas de sol para mirarme —. Si yo hubiera pasado por lo mismo que tú, estaría igual. De verdad. Probablemente estaría mucho peor.

Asiento. —Quizá mi editor tenga razón. Necesito terapia.

Tess me dedica una sonrisa forzada. —No es fácil hablar de cosas personales con desconocidos. Yo intenté ir a terapia una vez. No me sirvió de mucho. Quizá debería volver a intentarlo.

—¿Hacemos un pacto de terapia? —bromeo—. Si tú vas, yo voy.

Tess se ríe. —Hecho. Avísame cuando reserves una sesión y yo haré lo mismo. —Se sube las gafas y se queda mirando el agua—. Tengo que admitir que me pareces totalmente valiente. Una tía dura de verdad.

—¿Eso es lo que soy? —me río.

Ella asiente. —A ver, acabas de poner a Cole en su sitio. Ha sido divertido verlo retorcerse. Nunca lo veo así. Creo que tengo que aprender de ti. Me encantaría poder cantarle las cuarenta de esa manera. Está empezando a creer que gana todas nuestras discusiones porque terminan conmigo llorando.

—¿Por qué soléis discutir?

—Por las cosas normales —dice ella—. Soy un poco celosa. Lo veo todo negro si está mirando a alguien. Ahora que vivimos juntos, nos peleamos mucho por su falta de limpieza. El hombre es un

guarro, literalmente. La casa sería una pocilga si dependiera de él. ¿Vosotros os peleáis a menudo?

Ladeo la cabeza. —A veces, sí. Últimamente hemos tenido más roces.

—¿Por qué? —pregunta Tess.

Por un momento, me dan ganas de contestar. ¿Por dónde empiezo? Mi carrera como escritora ha arruinado mi relación. Matt, enrollándose con una fulana de la oficina, arruinó nuestra relación. Mi locura tras lo del acosador ha arruinado no solo mi vida, sino nuestra relación.

—Hay mucho entre nosotros. Mucha historia que procesar.

—A lo mejor deberías guardártelo para el terapeuta —bromea Tess.

—Hubo una mujer en su oficina. Bueno, antes era mi oficina, antes de que fuera escritora. Pero yo no conocía a esta mujer. Matt me dijo que se besaron una vez en una fiesta del trabajo. Me dolió muchísimo. Todavía me duele.

—Eso es terrible —dice ella. Me mira y yo aparto la vista rápidamente.

Permanezco en silencio.

—Quizá necesitemos terapia de pareja. —Respiro hondo—. Perdona —digo—. Supongo que no estoy acostumbrada a hablar de ello. Matt es un gran hombre. Sé que me quiere, pero en algún momento del camino, dejamos de comunicarnos. —Observo a mi prometido y a Cole hablando en la playa—. No sé, es como si ya ni siquiera nos conociéramos estos días.

—Te entiendo —dice Tess—. Cole es un tío estupendo, aunque a veces lleva las cosas demasiado lejos. Hay ratos en los que es tan cálido y divertido, mientras que otras veces me asusta.

Miro de reojo a Tess, pero no dice nada más. Una parte de mí quiere preguntarle a qué se refiere, pero me pregunto hasta dónde debería llegar con esta conversación. Me asusta lo que pueda decir.

Me decido por una pregunta abierta que vaya al grano. —¿Estás a salvo? ¿Cerca de Cole, quiero decir?

Tess me mira. Puedo ver sus ojos muy abiertos tras sus oscuras gafas de sol. —Sí —dice. Se tumba de lado—. Voy a tomar

un poco más el sol.

—Vale —respondo mientras ella termina de darse la vuelta.

Me quedo mirando el lago, observando los barcos. Una moto de agua pasa zumbando. Cole levanta los brazos y grita ¡gol! poco después de que vuelvan a jugar.

Vuelvo a mirar la casa del lago. Realmente es preciosa. Situada justo en una playa. Es impresionante.

«Sería el escenario perfecto para un libro», pienso. La idea ha sido intrusiva, casi como si ni siquiera viniera de mí. Sonrío. Es mi musa hablándome. A veces, cuando pienso en cosas aleatorias, mi musa me grita algo interesante.

A pesar de no haber escrito ni una palabra en mucho tiempo, todavía la oigo en mi interior. A veces es ruidosa y quiere que sepa que está ahí. Otras veces está callada.

Hoy grita más fuerte de lo que lo ha hecho en mucho tiempo.

«Una casa remota en un lago sería un escenario genial para un thriller», asiento. Miro a Tess. Sería un personaje estupendo sobre el que escribir. Una mujer joven que aprende a enfrentarse a su novio maltratador.

De alguna manera, en mi imaginación he convertido instantáneamente a Cole en el antagonista y, además, en un maltratador. Me atrae la idea de escribir sobre el viaje que emprende una mujer para encontrar su voz. Sería un escenario aterrador para hacerlo. Una casa de campo aislada. Ningún lugar adonde huir. Me fijo en la línea de árboles que rodea el lago.

No veo ni una sola casa a la vista. Imagino a alguien corriendo por un bosque, intentando escapar. La adrenalina se activaría, seguro, ¿pero cuánto tiempo podrías correr a través de la densa maleza?

Ya imagino una escena en mi mente con Cole persiguiendo a Tess por la playa, frente a la casa del lago. Puedo verla gritando mientras Cole corre tras ella, intentando atraparla antes de que escape.

Pero ¿cómo puede escapar de él en un lugar tan aislado como este? Sería casi imposible. Sobre todo sin cobertura de móvil. Tendría que ser más astuta que Cole de alguna manera.

Siento cómo fluye la creatividad en mi cerebro mientras las oscuras imágenes de la escena se reproducen en mi cabeza. Tess sería un gran personaje. Una mujer que aprende a valerse por sí misma. Encuentra el valor para enfrentarse a sus miedos y consigue burlar a Cole.

Sacudo la cabeza ante la idea. ¿Quién soy yo para escribir sobre el valor? Yo, que tiemblo de miedo cuando los fans me piden autógrafos. Llevo mucho tiempo asustada. Ni siquiera quiero seguir siendo escritora por el miedo que tengo. ¿Quién soy yo para escribir el arco de un personaje como el que he creado para Tess?

Si fuera a escribir sobre ella, no podría usar su nombre real. Tampoco el de Cole. Tendría que usar otros nombres. Meto la mano en el bolsillo de los vaqueros y abro un documento de Word en el móvil. Anoto unas cuantas notas para las ideas que tengo en la cabeza: casa remota en el lago, Tess y Cole, superar el miedo.

Miro a Tess, preguntándome si tiene alguna idea de lo que se me está pasando por la cabeza.

Mirando el teléfono, algo se apodera de mí. Escribo una frase. Luego otra. Pronto he escrito un párrafo entero. Es el principio de un libro. No puedo evitar sonreír. Las palabras salen muy fácilmente en este momento, pero mis dedos, tamborileando en el móvil, no pueden seguir el ritmo de mis pensamientos.

Me levanto de la silla de playa. Tess no parece darse cuenta y tampoco los chicos, que siguen jugando al fútbol.

Entro rápidamente y subo al despacho de la planta de arriba. Entro en el perfil de invitado y abro un documento de Word. Tarda unos minutos en cargarse todo, pero, cuando lo hace, mis dedos empiezan a teclear tan rápido como nunca.

Escribo palabra tras palabra. Frase tras frase. Y lo guardo todo. No borro nada. Una historia está empezando a brotar de mí. Me siento más viva de lo que me he sentido en mucho tiempo.

CAPÍTULO 19

Mientras pienso en la siguiente escena de mi historia, siento un fuerte impulso de buscar algo para tomar notas: un cuaderno aparte o un trozo de papel. Lo que sea. Forma parte de mi proceso creativo. Me gusta tener algo para anotar ideas o apuntes mientras escribo en el ordenador.

Busco en los cajones del escritorio, pero la mayoría están vacíos. Cuando abro el cajón más grande, el que queda a la altura de mi tobillo, se me dilatan las pupilas ante el descubrimiento. Una pistola plateada descansa sobre una pila de papeles.

Niego con la cabeza, incrédula, mientras la observo. ¿Por qué iba a haber una pistola en el cajón de un despacho? ¿Quién hace algo así?

En Canadá es ilegal tener un arma de fuego sin candado de gatillo. Por las investigaciones que he hecho en el pasado, sé que las armas cortas suelen estar restringidas, a menos que tengas un permiso especial, e incluso teniéndolo, no creo que se pueda tener una escondida en un despacho de esta manera.

¿Sería la pistola de Cole? ¿De Tess? ¿O quizá de su padre?

Cierro el cajón rápidamente al oír unos crujidos que vienen del pasillo. Un momento después, Matt asoma la cabeza por la puerta del despacho y me sonríe.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con suspicacia—. Te he dicho que no te preocupes. Nos iremos después de cenar. No tienes que preocuparte por los vuelos ahora mismo. Cole todavía piensa llevarnos en coche.

Miro a mi prometido con semblante serio. —Más de tres mil palabras —digo en voz baja.

—¿Qué?

—¡Más de tres mil palabras! Acabo de escribirlas ahora mismo. ¡No me lo puedo creer! Quiero decir, ¿cuánto tiempo ha pasado? —Miro el reloj—. Casi dos horas y ya he escrito todo eso. Incluso me ha dado tiempo a editar un poco.

—¿Estás escribiendo otra vez? —pregunta él.

Asiento y me levanto de la silla. —¡Sí! No me lo puedo creer. La historia fluye de mi interior. No puedo contenerla. Es como si este libro saltara solo a la página. No escribía así desde, bueno, desde el año pasado. —Sonrío y miro el ordenador—. Vale, tengo que guardar esto. ¡Imagínate que pierdo el trabajo por no guardarlo! Llevo siglos sin escribir una palabra y voy y las pierdo por no hacer una copia de seguridad. ¡Ja! —La idea me resulta extrañamente divertida, aunque en realidad sería una pesadilla.

—Estás entusiasmadísima —dice Matt, confundido—. La otra noche me dijiste que habías terminado con lo de ser escritora.

—Lo había dejado... hasta hoy. —Me acerco a él y le cojo la mano—. Me preocupaba no volver a sentirme así nunca más. Necesitaba este viaje.

—Eso es estupendo —dice—. ¿Y de qué trata? ¿Tu historia?

No me atrevo a decirle que trata sobre nuestros anfitriones. —Ya sabes —respondo—. De gente a la que asesinan y todo eso.

—¿Y todo eso? —Matt se ríe. Su sonrisa se ensancha al mirarme—. Hacía tiempo que no te veía tan feliz. Es genial. Ahora tenemos que dar las gracias a nuestros anfitriones.

Sí, tenemos que hacerlo, pienso. En más de un sentido. Son, esencialmente, los personajes principales de mi libro. Aunque la historia me esté brotando sola, todavía no tengo ni idea de cómo acabará ni de qué pasará en ella. Quiero algún tipo de giro. Algo grande que deje a los lectores boquiabiertos. Aún no se me ha ocurrido nada, pero sé que pasará. Siempre pasa. Solo tengo que dejar que la historia macere un poco en mi cabeza y algo saltará a la vista.

—Quedémonos una noche más —digo—. Quizá unas cuantas. Podemos irnos dentro de unos días, cuando llegue la fecha de nuestro vuelo. Me vendría bien esta inspiración.

Eso si nuestros anfitriones nos dejan. No hace mucho que nos puse en evidencia a ellos y a mí misma. Necesito quedarme aquí ahora. Mi musa está que arde y la historia rueda por mi mente sin cesar. A este ritmo, en unos días podría escribir una cuarta parte del libro con facilidad.

—Sé que Cole nos dejará quedarnos —dice Matt—. Ya me lo ha mencionado hoy en la playa.

—¡Perfecto! —No puedo contener lo feliz que me siento en este momento.

—Bueno, si tu libro de «y todo eso» nos hace ganar aún más dinero, estaré encantado de posponer nuestra boda otro año para que podamos comprar una casa como esta, junto a un lago en alguna parte. Estarías inspirada todos los días.

Respiro hondo. En un instante, su comentario ha pinchado mi burbuja de felicidad. —¿Por qué has tenido que decir eso? No vamos a posponer nuestra boda más tiempo, ¿vale? No volveré a hacer eso.

—Solo estoy bromeando —dice él con una sonrisa. Se inclina y me besa en la frente—. Me alegro por ti. De verdad. Enhorabuena. ¡Has escrito más de un par de frases! —Hace un sonido de *yuju*. Mira hacia el ordenador—. Así que supongo que vas a estar un rato en el despacho.

Vuelvo al ordenador y guardo el documento otra vez, asegurándome de que estará ahí cuando regrese. —No —le digo—. Vamos a divertirnos un poco.

CAPÍTULO 20

—¡Pelea de gallitos! —grita Cole.

Tess me sonríe, moviendo los puños en círculos lentamente mientras está sentada sobre los hombros de Cole. Cole camina por el lago, acercándose a nosotros mientras se golpea el pecho como un simio y grita.

Matt hace lo que puede para mantenerme encima de él mientras se dirige hacia Cole.

—¡Vas a morder el polvo, Matthew! —grita Cole.

—¡A por ella! —me grita Matt.

Los hombres caminan despacio el uno hacia el otro a través del agua, con las mujeres sobre sus hombros. Tanto Tess como yo nos gritamos en tono de broma mientras intentamos empujarnos con el objetivo de tirar a la otra de la espalda de su pareja.

—¡Empuja más fuerte! —grita Cole cuando empiezo a empujar a Tess y ella casi se cae—. ¡Estamos perdiendo! —grita con agonía —. ¡Eso no es aceptable! —Mientras intenta mantener a Tess sobre su espalda, agarra a Matt e intenta sacudirlo.

Matt se lo quita de encima, pero en el proceso pierdo el equilibrio y me caigo al agua. Cuando salgo a la superficie, todo el mundo se ríe y yo me uno a ellos.

—¡Tramposo! —clama Matt.

—¡No! —dice Cole con una sonrisa socarrona—. ¡Ganador! — Tess salta de su espalda al agua y los dos chocan los cinco—. ¡Choque de barrigas! —Cole salta hacia Tess con el abdomen por delante y choca contra ella, que también se cae al agua.

Cuando sale a la superficie, sus payasadas no le hacen ninguna gracia.

—Pero bueno, ¿qué haces?

—Un «choque de barrigas» —aclara Cole—. Pensaba que lo pillarías. —Se ríe mientras le agarra la mano y la ayuda a levantarse. Los dos se dan un beso rápido antes de que Tess lo empuje juguetonamente.

—Imbécil —dice ella.

—Bueno —dice Cole, dándole una palmada a Matt en la espalda—. Parece que os hemos ganado a los gallitos en las últimas tres rondas.

—¡Dos veces! —rebate Matt—. La última ronda no cuenta.

—Vale —dice Cole en tono burlón—. Está bien. Hemos ganado dos veces. Es obvio que el equipo Cole-ess es superior.

—¿Cole-ess? —me río.

—Exacto —confirma Cole—. Suena como «coolness», y eso es lo que somos. —Se gira hacia Tess—. ¡Choque de barrigas! —grita. Esta vez Tess está preparada para él; cuando Cole salta con la tripa hacia ella, Tess lo recibe con su propio abdomen hacia fuera.

—¿Otra ronda? —pregunta Matt.

Cole se frota el vientre.

—Yo voto por equipos nuevos. —Me mira con picardía.

No puedo evitar notar la expresión de Matt ante la sugerencia de Cole. A mí tampoco me gusta la idea de que Tess se suba a la espalda de Matt.

Incluso Tess se queda callada.

No debería ser para tanto. No es que su idea tenga nada de malo.

—¡Vamos! —grita Cole—. Cambiemos de pareja.

Los tres nos quedamos quietos en el lago. Me alegra ver que no soy la única que se siente incómoda.

Cole vuelve a reírse y se dirige a Matt.

—¡A mi espalda! Vamos a destruir a las chicas.

Matt se ríe, rompiendo la tensión. Cole se pone a cuatro patas en el agua, manteniendo la cabeza fuera, mientras Matt se sube a su espalda y a sus hombros. Al levantarse Cole, casi pierde el equilibrio.

—¡Hala! —grita—. Pesas mucho más de lo que parece.

—¡Cállate! —suelta Matt—. Vamos a perder antes de empezar siquiera. ¡Venga, aguanta!

Tess y yo acordamos que sea ella quien se suba a mi espalda, ya que es más delgada y pesa menos. Una estrategia básica en la que los hombres parecen no haber pensado. Cole grita como un gorila mientras intenta acercarse a nosotras, casi cayéndose al agua al hacerlo.

Tess se ríe y levanta las manos para enfrentarse a Matt. Mientras Matt intenta empujarla, Tess se echa a un lado y, con todas sus fuerzas, le da un empujón que le hace perder el equilibrio. Para ayudarla, le salpico agua a Cole en los ojos. Él grita y los dos caen al agua.

—¡Las mujeres permanecemos invictas! —grito. Cuando los hombres emergen del agua, ambos nos ponen caras de pocos amigos en broma.

—Tienes razón, Matt —dice Cole—. Hacer trampas está mal. Me doy cuenta ahora que he visto a tu prometida violar flagrantemente las reglas de la pelea de gallos.

Después de que los hombres admitan su derrota, los cuatro nos relajamos en las hamacas de la playa, bebiendo algo. El sol nos pega con fuerza. Me deleito con los olores de la playa y el agua azul.

La vida sabe bien. Especialmente ahora que he redescubierto mi perdida capacidad para escribir palabras.

Yo me siento en la primera hamaca, con Cole a mi lado, luego Tess y luego Matt. Los cuatro nos reímos mientras hablamos de cosas banales.

Cole se incorpora. Me mira. Incluso con las gafas de sol puestas, noto que sus ojos recorren mi cuerpo. Intento no darme por aludida y me muevo en la hamaca, cogiendo la toalla que tengo detrás para usarla de manta.

—Empieza a refrescar —digo.

Cole asiente.

—Bueno, necesito otra cerveza. ¿Quieres otra? —Niego con la cabeza. Matt dice que quiere otra cerveza mientras que Tess dice que está bien. Cole vuelve al poco rato con dos cervezas, dando algún que otro traspié por la playa. Se ríe cuando casi se cae.

Me pregunto cuántas copas llevará. Matt se ríe tanto como él. Cole le entrega la cerveza y vuelve a sentarse en la hamaca a mi

lado.

—Tengo que preguntarte —dice mirándome—. ¿Cómo se te ocurren estas cosas?

Me río.

—¿Te refieres a mis historias?

Cole mira a Tess.

—He estado leyendo su libro y, tío, es una locura. La protagonista es una asesina en serie... Está matando a gente de las formas más retorcidas posibles. Solo llevo unos doce capítulos y ya se ha cargado a alguien tirándole una olla de azúcar hirviendo. —Se vuelve hacia mí y sonríe—. En serio, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

Me río.

—Todos los escritores de misterio somos gente perturbada —le señalo con el dedo—. Así que no te metas con nosotros.

Matt se ríe.

—Una vez tuve que usar su portátil para buscar algo. Descubrí su historial de navegación en cuanto empecé a escribir en Google: «Cómo cometer el asesinato perfecto», «Mejor lugar para esconder un cadáver»... Si alguna vez me pasa algo, por favor, dad por hecho que Sidney ha tenido algo que ver.

Me río.

—A estas alturas, la policía me tiene fichada, seguro.

Cole asiente.

—Como debe ser. Pero tendré que pedirte consejo.

—¿A qué te refieres?

Cole abre su botella de cerveza y lanza la chapa al agua.

—Ya te dije que quiero ser escritor.

—Ya estamos otra vez —dice Tess en tono de broma.

Cole la mira rápidamente y ella se da la vuelta en su hamaca.

—Lo digo en serio —dice él, volviendo a mirarme—. Tengo algunas ideas esbozadas. Solo intento que todo encaje y... simplemente no encaja. Creo que llevo años intentando averiguar cómo hacer que esta historia funcione.

—¿De qué género es? —pregunto, interesada.

—Bueno, del tuyo —dice con una sonrisa—. De suspense. De los oscuros. Me encanta tu historia por lo que he leído hasta ahora. Veo por qué tienes tanto éxito. Tienes un talento natural, de verdad.

Sonrío.

—Supongo que te lo debo a ti. Tú fuiste quien inició mi amor por la lectura. Tendré que darte parte del mérito.

Cole sonríe de oreja a oreja.

—Puedes pagármelo ayudándome con mi novela.

—Cuando quieras —digo. Me incorporo en la silla y la toalla resbala hasta mi abdomen.

Matt se incorpora en su silla y le da un sorbo a su cerveza.

—Sidney ha vuelto a escribir —dice con una sonrisa—. Se tomó un descanso bastante largo.

—¿Bloqueo del escritor? —pregunta Tess.

No creo que fuera eso, pero no quiero entrar en detalles con ellos.

—Supongo que sí.

—¿De qué trata? —pregunta Cole.

—Bueno —digo con una risita—, un poco sobre este lugar. Hago un gesto hacia el lago y la casa—. Me parece que una casa aislada frente a un lago es un escenario estupendo.

—¿Y los personajes? —pregunta Cole. Tess se incorpora ahora en su silla, esperando mi respuesta.

—Eh —digo, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Trata sobre una pareja que está en una casa en un lago. La novia sospecha que su prometido trama algo. Va a haber muchos malentendidos y pistas que la apoyan y explican por qué siente con tanta fuerza que algo va mal. También habrá sucesos que la hagan dudar de sí misma. Al final, resulta que tiene razón.

—¿El novio es el malo? —dice Cole con una sonrisa.

Asiento despacio con la cabeza.

—Eso es. Va a ser un thriller de supervivencia.

—¿Cómo se llaman los personajes? —pregunta Cole. Se gira hacia Tess—. Siempre me he preguntado cómo se les ocurren los nombres a los autores.

—Aún no los tengo —admito, sin decirles toda la verdad.

—Ah —dice Cole—. ¿Llevas tiempo escribiendo este libro y no les has puesto nombre?

Sonrío y miro hacia el lago, deseando poder salir de esta conversación, pero no veo la manera.

—Digamos que les pongo nombres provisionales hasta que se me ocurre algo mejor.

—¿Y cómo los estás llamando temporalmente? —insiste Cole.

Me remuevo en la silla, pensando qué decir. Se me da fatal mentir.

—Bueno, esto es solo por ahora, pero los estoy llamando Tess y Cole.

Tess me mira y Cole sonríe.

—Espera un momento —dice él—. ¿Yo soy el villano de tu historia? —Su sonrisa se ensancha—. Increíble. Me hace sentir fatal. Y tienes mi permiso para cargarme. Hazlo de una de tus formas locas y retorcidas, como en el libro que estoy leyendo.

—¿Estás escribiendo sobre mí? —pregunta Tess, confundida—. ¿Es algo malo? ¿Por qué harías eso?

Niego con la cabeza.

—No, no. Es solo por inspiración. No se me ocurría nada y a veces uso los nombres de gente que conozco hasta que decido los definitivos.

—Ya ha usado mi nombre antes en algunos de sus libros —interviene Matt—. Yo era el marido en uno de sus borradores. El marido que moría trágicamente, por cierto. —Se baja las gafas de sol y me lanza una mirada pícara.

Niego con la cabeza.

—No pretende ser un insulto para ninguno de los dos —digo. Como Tess no responde, vuelvo a negar—. Perdona. No quería herir tus sentimientos.

—Estamos bien —dice Cole—. De hecho, es un honor. Me toca ser el malo. —Suelta un eructo sonoro—. Haz que sea un villano legendario.

CAPÍTULO 21

Cole prepara una mariscada en la playa para cenar. ¡Está increíble! Langosta, gambas y patatas, todo salado y cocido en mantequilla sobre el fuego. He acabado empachada.

Me sorprende que haya sido capaz de cocinar la cena cerca de una hoguera sin caerse dentro. Los cuatro hemos bebido de más. No eran solo Cole y Matt quienes soltaban risitas como hermanos que no se han visto en años; Tess y yo estábamos igual.

Al ponerse el sol, decidimos trasladar nuestro numerito a una fogata. Los cuatro bebemos un poco más y derretimos nubes para hacer *s'mores*. Cole se burla de Tess manchándole la nariz con un poco de nube, pero lo remedia lamiendo lo pegajoso. Matt y yo soltamos alaridos y los jaleamos.

Por un momento, Matt me mira y le sostengo la mirada. Noto que quiere darme un beso y, para variar, pasa a la acción. Se levanta de su silla, me agarra y me besa con fuerza. Esta vez son Cole y Tess quienes nos jalean a nosotros.

No soy muy de muestras públicas de afecto, y menos de una tan atrevida, pero en este momento me encanta.

—Felicidades de nuevo por tu nueva historia —me dice Tess.

Cole está derritiendo una nube en su brocheta. La mete en el fuego mientras le da un largo trago a su cerveza. —¡Salud! ¡Por el nuevo libro de Sidney y por mí como protagonista!

Los cuatro brindamos chocando nuestras bebidas. Les doy las gracias a todos.

Por muy bien que me lo esté pasando, debo admitir que no estoy totalmente presente. Siempre que estoy inmersa en una nueva historia, mi mente divaga constantemente pensando en qué estarán haciendo los personajes de mi libro.

Supongo que no pasa nada por dejar volar mis pensamientos, sobre todo porque me estoy inspirando en los auténticos Cole y Tess. Sin embargo, de vez en cuando miro hacia la casa del lago, a la ventana del despacho, y siento el impulso de escribir algo. Quizá cuele algunas palabras esta noche. No estoy segura de cómo. En mi estado actual, no creo que nada de lo que escriba sea aprovechable cuando lo lea mañana.

—Y tú, ¿a qué te dedicas, Tess? —pregunta Matt—. Creo que no te lo había preguntado antes.

—Bueno, estoy en una etapa de ver qué hacer —dice Tess, retirándose el pelo detrás del hombro y dando un sorbo a su cerveza.

—Eso significa que no tiene ni idea. —Cole se ríe. Tess pone los ojos en blanco—. ¿Qué? Si es verdad —dice él en su defensa.

—No lo sé —dice Tess—. Siento mucha envidia de la gente como tú, Sidney. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa forzada—. Quiero decir, sabes lo que quieres hacer y mírate ahora. Eres escritora y te va genial.

Asiento. —Bueno, es cierto, pero me ha costado mucho llegar hasta aquí. No creas que sucede de la noche a la mañana. Solo tienes que averiguar qué es lo que te gusta e ir a por ello. ¿Hay algo que te interese?

Cole se ríe de nuevo. —Gastar el dinero de sus padres. —Le doy una patada en la espinilla. Sé que Tess no se atreve a hacerlo, pero yo no puedo evitarlo.

—Para ya, Cole —le digo—. Estás borracho.

—¡Eh! Nada de pegar. —Cole me lanza un trozo de su nube, pero falla a propósito—. Tess no tiene que preocuparse como nosotros; sus padres están forrados. —Señala hacia la casa—. Mira este sitio. ¿Cuántas hectáreas tiene? Todo es de sus padres. De su padre, concretamente. Si yo fuera tú, Tess, no me importaría nada. Podrías dedicarte profesionalmente a hacer punto y estarías perfectamente el resto de tu vida.

Tess resopla. —Quiero algo propio, Cole.

Cole niega con la cabeza. —Tus padres cuidarán de ti. Eres hija única. ¿Quién crees que heredará todo esto cuando llegue el

momento? Todo esto es tuyo. El dinero que tiene tu padre es tuyo. No tienes de qué preocuparte. Una vez que lo heredes todo, puedes ser inversora o tener propiedades. Yo puedo ayudarte.

Tess da un largo trago a su cerveza, pero no responde.

—A esa vida me apunto —bromea Matt.

—¿A que sí? —ríe Cole. Al ver que Tess no se une a la conversación con alegría, suspira—. No estoy siendo maleducado. Solo te digo la verdad. No tienes de qué preocuparte. La gente como yo es la que tiene que preocuparse.

Tess lo mira con severidad. —¿De verdad tienes que preocuparte, doctor Cole? —dice en tono burlón.

Cole la señala con el dedo. —Para ya mismo.

Tess se levanta rápidamente de su silla y se aleja deprisa por la playa.

—¡Tess! —la llamo, pero no se detiene. Observo cómo su cuerpo desaparece más allá del resplandor del fuego, en la oscuridad de la noche.

—¡Tess! —grita Cole con voz más firme—. Vamos. Vuelve. —Ahora él también se levanta. Termina su cerveza antes de lanzar la botella a las llamas—. Supongo que la princesa está enfadada con el príncipe. Me toca cortejar a su majestad. —Se adentra en la oscuridad, siguiendo a Tess lentamente, tropezando por el camino.

Miro a Matt, que parece tan desconcertado como yo.

—¿Siempre se pelean así? —pregunta.

Me encojo de hombros. —Tess dice que sí. Me cuenta que es un círculo vicioso de peleas, reconciliaciones y más peleas.

—Vaya —dice Matt, dando un sorbo a su cerveza—. Me alegro de que nosotros no seamos así. —Me sonríe—. Te quiero.

—Yo también te quiero —le respondo sin dudar. Hemos pasado por una racha difícil durante algún tiempo, pero al estar aquí, en la casa del lago, parece que todo está cambiando. Es casi como si estuviera redescubriendo por qué amo a Matt y también mi amor por la escritura.

—¿Deberíamos ir a buscarlos? —pregunta. Termina su cerveza y la lanza al fuego como hizo Cole. Le lanzo una mirada para que sepa que no me ha hecho ninguna gracia, y él se disculpa.

—Seguro que es mejor que no nos metamos —respondo.

Matt asiente. —¿En tu historia esta es la parte en la que Cole intenta matarla? —Se ríe, pero yo no. En lugar de eso, mi imaginación ya está volando con ideas sobre qué estará haciendo la pareja.

CAPÍTULO 22

Apoyo la cabeza en el pecho de Matt mientras estamos sentados en silencio, disfrutando de la hoguera.

—Llevan fuera un buen rato —dice Matt—. Antes solo bromeaba, pero quizá deberíamos ir a ver cómo están.

Me termino la botella y respiro hondo. —Seguro que están bien.

Aunque Matt esté disfrutando del fuego y de mi calor, mi mente está en otra parte. No puedo dejar de pensar en los personajes de Cole y Tess en el libro que estoy escribiendo. ¿Qué pasaría en este punto si Cole mostrara sus verdaderas intenciones? ¿Cómo sobreviviría Tess? Solo he escrito unos pocos miles de palabras. No puedo hacer una revelación tan grande tan pronto, ¿o sí?

Imagino una escena en mi cabeza en la que Cole usa sus encantos para desarmar al personaje de Tess, haciéndola creer que está a salvo, dejándola vulnerable hasta el punto de que no vea que su propio fin está a la vuelta de la esquina.

Miro hacia la casa del lago y al despacho de la planta de arriba. Necesito anotar mis pensamientos. Cuando escribo una historia, siempre tengo algo a mano para apuntar notas por si se me ocurre algo. Si puedo llegar al despacho, podré hacer rápidamente unos cuantos esquemas. Sé por propia experiencia que las veces que no tomé notas cuando se me ocurrieron ideas para escenas, luego olvidé por completo cómo las había imaginado.

—Por cierto, estoy orgulloso de ti —dice Matt, rodeándome con el brazo y besándome en un lado de la cabeza—. Sé lo difícil que te ha resultado escribir, y mira lo que has conseguido.

—Gracias —digo con la mirada fija en el fuego.

—Aunque quizá durante el resto de nuestra estancia aquí deberías descansar de la escritura. Ya sabes, disfrutar de momentos como este. Al fin y al cabo, estas son nuestras vacaciones. —Vuelve a besarme en un lado de la cabeza.

Respiro hondo. No quiero volver a pelearme con él. Hacía una eternidad que no escribía así, ¿y quiere que pare? No puedo. Me preocupa que, si lo hago, vuelva a ser como antes. Aquí me siento inspirada y tengo que aprovecharlo.

—Hoy te has divertido, ¿verdad? —pregunto.

Él asiente. —Me ha encantado.

—Bueno, pues yo hoy he escrito mucho y lo hemos pasado de maravilla. A veces podemos hacer ambas cosas.

Él suspira. —Está bien. Tienes razón.

—Intentaré no escribir tanto ni quitar tiempo a los días que nos quedan aquí antes de irnos. Pero, cuando volvamos a casa, me pondré al día. Tengo mucho que recuperar para cumplir con el plazo que me dio la editorial. Creo que puedo hablar con Vanessa y contarle lo que estoy haciendo. No es lo que habíamos hablado, pero creo que le encantará lo que llevo hasta ahora. Suspiro al pensar en mi limitada cobertura móvil. Pero tendré que enviarle un correo electrónico.

Matt me mira. —¿Estás segura de eso? ¿Y si ve algo que le disguste?

No le respondo. Yo también estoy preocupada. Imagino el aluvión de correos que IWriteAlone puede haberme enviado desde la última vez que revisé mi bandeja de entrada. Si lo ha hecho, ni siquiera los miraré. Los borraré de inmediato.

—Puedo revisarte yo los correos —se ofrece Matt—. Solo no quiero que te lleves un disgusto, amor.

—Lo sé —digo mientras me acurruco en su amplio pecho. Alejo esos pensamientos de mi mente y vuelvo a pensar en mi historia.

No le digo a Matt que casi todo el tiempo que hemos estado relajándonos juntos mi cabeza ha estado en otra parte. Odia que haga eso. Siempre me decía que no estoy presente. Es cierto. No lo

estoy. Pero para mí es difícil. Es como vivir en dos realidades a la vez: una de ficción y otra que está sucediendo de verdad.

Tampoco le digo que, ahora que no voy a devolver el anticipo, es probable que tenga que empezar de nuevo con la gira de firmas de libros. Como él ha dicho, esa será una conversación para después de que nos vayamos.

Sin embargo, la escena de Cole y Tess sigue reproduciéndose en mi mente. Vuelvo a mirar hacia la casa del lago. No puedo decirle a Matt que necesito tomar unas notas para el libro. Sé que le molestará.

Me termino la cerveza. —Voy a por otra bebida. ¿Quieres algo?

—Estoy bien.

Me levanto de la silla, pero Matt también lo hace. —No, no hace falta —le digo—. Disfruta del fuego.

Matt sonríe y vuelve a sentarse en su silla.

Camino hacia la casa. Una vez dentro, cogeré rápidamente un bloc de notas o un trozo de papel del despacho y anotaré mis ideas para la escena que sigue dándome vueltas en la cabeza.

Me apresuro hacia la casa en cuanto siento que Matt me ha perdido de vista. Al acercarme a las puertas del patio, oigo un grito ahogado. Me detengo en seco y miro alrededor del patio oscuro y hacia la playa. Lo único que veo es a Matt sentado junto al fuego.

Entonces oigo un chillido. Sin duda, es de una mujer.

—¿Tess? —digo hacia la oscuridad.

Entonces veo una figura sombría en la playa. Me acerco a los sonidos amortiguados hasta que puedo distinguir la silueta de una mujer. Tiene la cabeza y la parte superior de la espalda arqueadas contra un gran árbol. Tiene una pierna levantada y apoyada contra otro árbol cercano. Debajo de ella hay otra figura sombría, la de un hombre.

Acomodada entre los muslos de Tess, veo la cabeza de Cole moviéndose con rapidez. En mi estupor ebrio, tardo un momento en darme cuenta de lo que estoy presenciando. Los sonidos amortiguados de placer de Tess lo confirman.

Tess sí que dijo que le gustaba reconciliarse después de pelearse con Cole. Supongo que ya sé por qué. Me siento paralizada

al ver cómo prosiguen las sombras. Finalmente, reacciono, doy un paso atrás y regreso rápidamente a la hoguera.

—Eh —dice Matt a medida que me acerco—. ¿Se te ha olvidado la bebida? Se ríe.

Le dedico una sonrisa forzada. —He cambiado de opinión.

CAPÍTULO 23

Tess y Cole vuelven a aparecer por la hoguera. Tess luce una sonrisa de oreja a oreja, más amplia de la que le he visto nunca. Cole mantiene su mueca de suficiencia habitual.

—Ahí estáis —bromea Matt—. Estaba empezando a preocuparme y a punto de enviar una patrulla de búsqueda. —Cole y Tess se ríen.

Matt bosteza mientras se levanta. —Estoy reventado, chicos. Me voy a la cama.

—Yo también voy —digo yo.

—Ya sé lo que vais a hacer vosotros dos —bromea Cole, señalándonos.

—¡Cole! —dice Tess en tono burlón—. Para ya.

Matt se ríe. —Buenas noches, chicos. —Me coge de la mano mientras caminamos hacia la casa. Subimos las escaleras en silencio.

Una vez en el dormitorio de invitados, Matt cierra la puerta tras de sí. Pone una mueca al mirarla. —Sin cerrojos. Perfecto. —Se acerca a mí y me besa apasionadamente. Mientras sus besos bajan de mis labios hacia el cuello, en lo único que puedo pensar es en la historia que tengo en la cabeza.

Pienso en el personaje de Cole. En cómo utiliza su sexualidad para dominar a Tess. ¿O es al revés?

Ojalá pudiera empezar a escribir la escena... Sé que ahora mismo me saldría perfecta. Tengo el tono grabado en la mente. Es como el rollo de una película que no puedo pausar. Si no lo escribo ahora, la función se acabará.

—Mejor no —le susurro a Matt.

—¿Qué? —dice él mientras me besa el hombro.

—No lo sé. No es nuestra casa. Se me hace raro. Creo que también he bebido de más.

Matt resopla y se sienta en la cama. —Pensaba que lo estábamos pasando bien hoy.

Me siento a su lado. —Y así ha sido. Me lo he pasado genial. Solo que estoy cansada.

Matt me besa; la pasión que sentía hace unos instantes se ha esfumado, reemplazada por una expresión de derrota. —Vale. —Nos besamos de nuevo después de ponernos el pijama y meternos entre las sábanas.

No tardo mucho en oír su respiración profunda al quedarse dormido. Mi plan está funcionando a la perfección. Quizá en unos diez minutos pueda ir al despacho y hacer lo que tengo que hacer.

Necesito sacar la escena de mi cabeza y plasmarla en el papel.

De algún modo, mientras espero pacientemente a que Matt se duerma del todo, empiezo a sentirme cansada yo también. Hoy me he pasado de la raya.

Matt se gira de costado y me doy cuenta de que no está tan frito como pensaba. Cierro los ojos y espero hasta que yo también me quedo dormida.

Cuando oigo un crujido, abro los ojos. Lo oigo de nuevo, más fuerte. Parpadeo un par de veces, esperando ver a Matt fuera de la cama. Debía de haber ido al baño, pero, cuando me giro hacia mi lado, él duerme plácidamente.

Tampoco oigo pasos por el pasillo. La puerta del dormitorio está cerrada.

¿Estaba soñando?

Miro a Matt y confirmo que está dormido. Mi prometido está, sin duda, en el séptimo cielo.

Salgo de la cama sin hacer ruido y me escabullo hacia el despacho, intentando que las tablas del suelo crujan lo menos posible. Al mirar por la ventana del despacho, veo los rescoldos del fuego donde estuvimos esta noche. Me he fijado en que la puerta del dormitorio de Tess y Cole estaba cerrada al pasar. Ellos también deben de estar durmiendo.

Inspiro profundamente y sonrío. Hay algo en saber que tienes toda la casa para ti sola que ayuda a que la creatividad fluya. Nadie puede interrumpirme. Nadie puede detener la película que se proyecta en mi cabeza. Puedo dedicarle toda mi atención a mi historia.

No suelo saltarme escenas cuando escribo. Me gusta escribir un libro de principio a fin sin dar saltos, pero después de lo que he visto esta noche, me siento impulsada a escribir una escena un poco subida de tono con mis personajes. Tampoco suelo escribir escenas sexuales, pero esta noche me siento diferente.

Entro en el perfil de invitado y espero, ansiosa, a empezar a escribir mientras el lento ordenador arranca. Mientras espero, reproduzco los hechos en mi mente. Una escena picante con Cole y Tess. Algo que muestre lo conectados que están, pero que también insinúe que algo podría ir mal.

La tenía perfecta en mi cabeza junto a la hoguera, pero después de haber esperado tanto para escribirla y haberme quedado dormida, sin notas, ya me siento perdida. Casi tengo la tentación de volverme a dormir al ver que las palabras no me salen, pero intento recrear la escena.

En lugar de eso, todo lo que veo es a Cole haciendo lo que le hizo a Tess; solo que en mi mente, me lo hace a mí. Respiro hondo e intento centrarme de nuevo en la historia real.

Un crujido en la puerta del despacho me sobresalta. Se abre lentamente, pero no hay nadie. Espero a que alguien entre en la habitación, pero lo único que veo es el pasillo oscuro.

—¿Hola? —pregunto en voz alta. Me llevo una mano al pecho cuando nadie me responde.

La puerta continúa crujiendo lentamente mientras se abre hasta que se detiene. Puedo ver el pasillo oscuro, pero no oigo a nadie ni veo nada.

—¿Hola? —repito.

Una mano se aferra al marco de la puerta y me saluda con los dedos. Un momento después, Cole entra en la habitación, riéndose para sus adentros.

Por fin recupero el aliento. —¿Qué estás haciendo?

—He venido a acabar contigo —dice él, moviendo los dedos de forma juguetona y haciendo ruidos de fantasma—. Estoy perfeccionando mi maldad... Estás despierta hasta tarde. ¿Escribiendo?

Asiento con la cabeza. —Intentándolo. Aunque la escena se me ha escapado.

—Puedo ayudarte —dice Cole—. Será como en los viejos tiempos. Puedo ser tu tutor. Enseñarte. —Frunce los labios mientras espera mi respuesta.

—Eh, bueno, no hace falta. Estoy bien. Creo que mejor me vuelvo a la cama.

Cole niega con la cabeza. —Qué decepción. —Mira hacia el pasillo—. Tess está dormida. ¿Matt también?

Asiento con la cabeza. —Sí, creo que todos hemos bebido demasiado.

Me sostiene la mirada un instante antes de apartarla. —¿Te acuerdas del primer beso que nos dimos? —Quito las manos del teclado—. Yo sí —continúa él—. Fue en tu casa. Se suponía que te estaba dando clases. Estábamos repasando tu trabajo sobre...

—*El guardián entre el centeno* —digo yo.

Él sonríe. —Exacto. Aquel trabajo era una auténtica basura, por cierto.

—No era tan malo.

Asiente con la cabeza. —No tenía ni un solo matiz. No era más que una repetición de la historia. Sabía que podías hacerlo mejor, y lo hiciste, con mi ayuda.

Respiro hondo. Hay algo en la forma en que me mira que me asusta. No por lo que él pueda intentar, sino por lo que yo podría permitir que pasara.

Cole se acerca más a mí. —Después de aquel beso, fuimos a la feria local que habían montado, ¿te acuerdas? Nos hicimos un montón de fotos en aquel fotomatón. Sonará raro, pero guardé esas fotos. Aún las tengo.

Me levanto del escritorio y me aclaro la garganta. —Debería volverme a la cama. Buenas noches, Cole.

Antes de que me vaya, me agarra la muñeca con fuerza. —Dime —dice, dedicándome una mirada diabólica—, ¿serías tan buena escritora si no fuera por mí?

Suelto una risa nerviosa, preguntándome cuándo me soltará. —No lo sé. Probablemente habría suspendido Inglés.

Finalmente me suelta el brazo. —Y aun así, nada de agradecimiento. Nada sobre mí.

—¿Qué?

—Lo busqué, preguntándome si me habrías mencionado en algún sitio. Una entrevista o algo así. Lo que fuera. Incluso miré tus libros para ver si me habías dedicado algo por lo que hice por ti.

Espero un momento, pensando que tiene que estar bromeando. Sé que pronto veré esa estúpida mueca en su cara. En cambio, me mira intensamente.

—Nunca pongo dedicatorias en mis libros —digo, confundida por su cambio de humor—. Se me hace raro escribir sobre asesinatos de maridos y gente que engaña a su pareja y dedicárselo a un ser querido, o a quien sea.

Él asiente. —Bueno, quizá me dediques tu próxima historia. Más te vale. —Me clava la mirada—. Quiero decir, es lo justo. La historia trata sobre mí y esta casa. Esta vez debería recibir reconocimiento por algo que he hecho.

Sigue intimidándome con la mirada. Sus ojos irradian mucha rabia. Sin embargo, no entiendo qué he hecho para que se enfade así.

Antes de que pueda decir una palabra más, Cole pasa por mi lado y sale del despacho. Oigo sus pasos mientras recorre el pasillo hacia su dormitorio.

CAPÍTULO 24

Tardo unos instantes en recobrar la compostura después de que Cole haya interrumpido mi sesión de escritura.

¿Cuál era exactamente su intención? Al principio, me preocupaba que intentara propasarse conmigo; luego, durante un breve momento, me ha asustado.

No estoy muy segura de cómo sentirme, pero me he quedado sola y me siento completamente incómoda.

Miro el ordenador y una parte de mí, esa faceta de luchadora creativa de mi personalidad, quiere sentarse y aprovecharlo para escribir una escena de órdago. La otra parte quiere irse y volver a la habitación de invitados con Matt.

Una voz interior piensa en marcharse. No solo de este despacho, sino de esta casa. Se supone que nos quedaremos una noche más, pero me pregunto si deberíamos después de ese encuentro con Cole.

De verdad, me lo estaba pasando muy bien hoy, hasta hace unos momentos. Cuanto más tiempo paso aquí, más me preocupo por mí misma. Cole me resulta cada vez más tentador, pero, por otro lado, más volátil.

Solo está borracho, me digo a mí misma. Y aunque eso sea cierto, no quiero estar cerca de algo así. Solo nos queda una noche más aquí.

Por otra parte, hay una parte de mí que ha renacido en esta casa del lago. He escrito tanto en una sola noche que me pregunto cuánto más lograría si me quedara más de un día.

¿No valdría la pena cambiar mi vuelo y quedarme más tiempo si eso significara escribir otras diez mil palabras? ¿Cuánto valdría eso? Podría ser mucho si al libro le va bien.

Aquí me siento inspirada. ¿Encontraré la misma inspiración en nuestra casa de Chestermere? ¿O volveré a mis viejas costumbres? Con miedo a mi propia sombra. Con miedo a escribir una sola palabra.

Oigo crujir las tablas del suelo y me decido rápidamente. No escribiré más esta noche. Guardo el documento antes de cerrar la sesión en el ordenador.

Demasiado tarde. Oigo que se abre una puerta y unos pasos que se dirigen hacia el despacho. Me preocupa qué hará Cole cuando se acerque a mí. ¿Seguirá rememorando nuestro romance de juventud? ¿Intentará algo conmigo? ¿O actuará como lo hacía antes de irse?

Es todo tan confuso. Ni siquiera sé qué quiero que pase. Una parte de mí desea que vuelva al despacho. Representar en la vida real la escena que tengo en mi mente. Solo es una fantasía. No pasa nada por fantasear, ¿verdad?

¿Y si fuera más allá de los pensamientos?

Matt me engañó. ¿Es esta mi forma de vengarme?

El crujido se detiene justo delante del despacho. Contengo la respiración, esperando a que Cole entre en la habitación. En su lugar, Tess llama a la puerta y me dedica una leve sonrisa.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Sigues escribiendo? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Ya he terminado. Estoy cansada. Creo que voy a descansar un poco, tal vez lo intente de nuevo mañana.

Ella asiente y acaricia el marco de la puerta. —¿Te lo estás pasando bien aquí? ¿Con Cole y conmigo?

Yo también asiento. —Hoy ha sido genial. Era justo lo que Matt y yo necesitábamos.

Ella sonríe. —Me alegro. —Mira hacia el pasillo, en dirección a su habitación, y vuelve a mirarme—. ¿Seguro que estás cansada? ¿Quieres tomar algo más?

—No suelo beber tanto como hoy. Sé que mañana me pasará factura. Creo que por hoy ya he tenido suficiente.

—Vale —dice. Me sostiene la mirada y luego la aparta. Y, a continuación, añade—: Me voy a la cama con Cole.

Miro alrededor de la estancia. —Bueno, de acuerdo. Ehm, que pases buena noche.

Ella asiente. —¿Quieres unirte a nosotros?

—¿Unirme a vosotros? —repito.

Me mira a los ojos y sonríe. —Cole me ha pedido que te lo pregunte.

Bajo la mirada al suelo, con la boca abierta de par en par. Solo puedo imaginar la cara que habré puesto como respuesta.

—Lo siento —dice Tess, agitando la mano—. Olvídalo. —Tess baja la cabeza—. Buenas noches. —Sale apresuradamente de la habitación y oigo sus pasos por el pasillo.

Me cubro la cabeza, ocultando el rostro, con la esperanza de haber entendido mal lo que Tess me estaba pidiendo.

No más escritura por esta noche. Siento la urgencia de salir corriendo a la habitación de invitados y esconderme bajo las mantas con Matt.

Matt. ¿Debería siquiera contarle lo de esta noche? Necesito dormir. Suelto una carcajada ante lo absurdo de todo el asunto.

Cuando salgo del despacho, la puerta del dormitorio de Tess y Cole está abierta de par en par. Una luz tenue entra en el pasillo e ilumina la habitación de invitados.

Durante un breve instante, me pregunto cómo sería entrar en su habitación. ¿Qué pasaría si lo hiciera? Me viene a la mente un fogonazo de las siluetas de Cole y Tess en la oscuridad de la playa. Inspiro profundamente y me quedo mirando la sombra que la luz de su cuarto proyecta sobre la puerta tras la cual duerme Matt.

Vuelvo a mirar hacia el dormitorio de Cole, solo que esta vez él está de pie en el umbral. Va sin camiseta, con sus ajustados bóxeres de Calvin Klein, mirándome intensamente.

Tomo mi decisión rápidamente y abro la puerta de la habitación de invitados. La cierro suavemente tras de mí. Oigo el golpe seco de Cole al cerrar su puerta.

Miro a Matt en la cama. El sonido del portazo ha hecho que se dé la vuelta, pero sigue profundamente dormido. No estoy segura de

si tengo miedo o estoy emocionada, pero intento echar la llave a la puerta. ¿Es porque no quiero que entre nadie o porque me asusta intentar salir para ir a la suya?

Suspiro al darme cuenta de que la puerta no tiene cerradura. Inspiro hondo mientras me meto despacio entre las sábanas. Me quedo tumbada en la cama, mirando al techo y dándome vueltas. Matt respira profundamente, a punto de roncar. Por un momento, abre un poco los ojos y me mira. Nuestras miradas se cruzan un instante antes de que él bostece y se gire hacia el otro lado.

CAPÍTULO 25

Me paso la noche dando vueltas en la cama y me cuesta conciliar el sueño. Mi mente no deja de ir a mil por hora.

¿Cómo habrían sido las cosas de haber aceptado la oferta de Tess? ¿Qué habría hecho Cole si hubiera entrado en su dormitorio en lugar de en el mío? Aunque una parte de mí sentía la emoción de la idea, la otra sabía que eso destrozaría a Matt. ¿Cómo podría hacerle algo así al hombre al que amo? ¿Al hombre con el que pienso casarme?

Me quedé hundida cuando Matt besó a otra mujer. Todavía no lo he superado. De ninguna manera el entrar en la habitación de Cole habría arreglado las cosas entre nosotros.

Eso lo sé.

Cuando me despierto, Matt no está en la cama. Estiro los brazos mientras la intensa luz de la mañana entra por la ventana. Me pregunto cuánto tiempo habré estado durmiendo.

Giro la cabeza y noto que la puerta del dormitorio está abierta de par en par. ¿Por qué hace eso Matt? Ayer por la mañana dejó la puerta abierta. Hoy ha hecho lo mismo. Se me ocurre una idea.

¿Me ha estado observando Cole mientras dormía? La idea me inquieta.

¿Cuál es el antónimo de abusar de la confianza? Creo que estoy lista para marcharme de la casa del lago. Se supone que nos queda otra noche aquí, pero no creo que pueda aguantar más. No después de lo que pasó anoche.

Tengo que hablar con Matt. Tiene que estar de acuerdo en que es hora de irnos. La duda que tengo es cuánto contarle. ¿Debería decirle todo lo que pasó anoche? El comportamiento extraño. La invitación a su dormitorio.

Sin duda, Matt se disgustaría. Por muy bien que lo pasáramos ayer durante el día, lo que ocurrió por la noche me deja un mal sabor de boca.

Me levanto de la cama, cierro la puerta y me cambio rápido. En parte me pone nerviosa que la puerta se vuelva a abrir y Cole esté allí mientras me desvisto.

Abro la puerta del dormitorio y miro a ambos lados del pasillo. Esta mañana no oigo a Cole y a Matt reírse a carcajadas abajo. Hay un silencio extraño, pero quizá sea solo la tensión de mi propia mente.

Miro la puerta del despacho y entro rápido, cerrando tras de mí. Por suerte, esta habitación tiene cerradura y la echo, asegurándome de que no tendré invitados no deseados esta vez.

Voy al ordenador e inicio sesión.

Tengo que arreglar las cosas con mi editora. Tengo un buen comienzo para una novela y puedo ampliar la historia cuando llegue a casa, pero necesito hablar con Vanessa. Estoy segura de que puedo reconducir la situación. Nuestra última reunión fue terrible, pero espero que esté dispuesta a hablar de nuevo.

Aunque no puedo llamarla. Aquí no hay cobertura. Solo hay una forma de ponerse en contacto con ella: el correo electrónico. Hace muchísimo tiempo que no entro en el mío. La última vez estaba hecha un mar de lágrimas mientras leía una y otra vez los múltiples correos que me envió IWriteAlone. Aún recuerdo a Matt suplicándome, mientras yo lloraba en su hombro, que borrara mi cuenta.

No la borré, pero dejé de usarla por completo. Hasta hoy.

Abro el navegador y tarda una eternidad. A pesar de ser una «autora famosa», sigo usando principalmente una cuenta de Gmail para mis comunicaciones. Introduzco mi nombre de usuario y la contraseña y pulso Intro. La página se queda en blanco mientras procesa mi solicitud, tardando un mundo en acceder a mi correo.

Una parte de mí se pregunta si siquiera podré hacerlo. Si hace más de un año que no uso esta cuenta, ¿seguirá activa?

La pantalla sigue en blanco mientras el ordenador procesa mi petición. Estoy a punto de desistir cuando por fin se abre mi cuenta.

Sonrío e inmediatamente empiezo a redactar un correo para Vanessa. Abro mi documento de Word y corrijo un par de cosas antes de adjuntarlo al mensaje. Primero, le escribo una disculpa sincera por mi comportamiento en la reunión de hace unos días. Le cuento un poco sobre mi historia y los rumbos que estoy pensando tomar. También le hablo un poco de mis personajes, Cole y Tess. Le hago saber que creo que puedo terminar la historia a tiempo para cumplir con la fecha de entrega de la editorial. Le explico lo motivada que estoy y termino el correo con otra disculpa.

Antes de que pueda darle a enviar, alguien llama suavemente a la puerta.

—¿Hola? —pregunto en voz alta—. No quiero abrir la puerta. Preferiría no hacerlo. No me importaría no volver a hablar con Cole. Me doy cuenta de que él quiere llevarnos al aeropuerto y la idea de estar en un coche con él y Matt me asusta.

Llaman de nuevo.

Me aclaro la garganta y me acerco. —¿Quién es?

—Soy yo, Tess —dice ella con voz queda.

—Ah, hola —digo a través de la puerta—. ¿Importa que use el despacho? Solo estoy trabajando un poco.

—¿Podemos hablar? —pregunta.

—Eh, bueno, casi he terminado.

—Por favor. —Puedo oírla sorberse los mocos.

Inspiro profundamente mientras quito el seguro y abro la puerta despacio. Tess está en el pasillo, con los ojos llorosos y las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Hola —dice con suavidad.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella asiente. —Es que estoy muy avergonzada por lo de anoche. Estaba borracha. No sé en qué estaba pensando... Cole me convenció para hacer una estupidez. Siento muchísimo todo lo que ha pasado.

Asiento con la cabeza. —Lo entiendo, pero estoy bien. Solo que..., como estoy con Matt, me resultó extraño.

Ella asiente a su vez. —Claro. Fue una estupidez. Debería haberle dicho que no a Cole, pero anoche tenía una actitud muy

rara.

Pienso en cómo se comportó Cole conmigo antes de salir del despacho. Me asustó y me emocionó a la vez.

—No pasa nada —le digo—. De verdad. Me pilló desprevenida, pero te agradezco que hables conmigo hoy sobre ello.

Suelta un suspiro. —Solo puedo imaginarme lo que pensarás de mí ahora.

Sonrío. —Bueno, ayer también se me fue un poco la pinza a mí, así que supongo que estamos en paz.

Ella sonríe. —Vale. Te dejo que vuelvas a tu trabajo.

—Gracias —digo—. Y gracias por dejarme usar vuestro despacho. De verdad que agradezco haber venido este fin de semana. La historia por fin está cobrando forma.

—Me alegra oírlo —dice Tess. Retrocede unos pasos antes de marcharse pasillo abajo hacia las escaleras.

Cierro la puerta despacio y, una vez cerrada, echo la llave rápidamente. Sentada en la silla del despacho, termino de releer mi correo a Vanessa. Satisfecha con mis disculpas hacia ella, me echo hacia atrás en la silla y coloco el ratón sobre el botón de enviar.

Si le mando el correo, ya está. Me he comprometido. Tengo que terminar mi historia. Se acabaron las tonterías. Solo tengo unos meses para completarla. Incluso si mi ritmo de escritura es la mitad del que he tenido desde que estoy en la casa del lago, terminaré el libro mucho antes de la fecha límite.

Eso si Vanessa acepta seguir trabajando conmigo.

He pasado por mucho y ella lo sabe. Vanessa puede ser poco empática a veces, pero comprende mi situación. Cuando empezaron los correos del acosador, podíamos pasarnos más de una hora hablando por teléfono sobre mis preocupaciones. Vanessa tenía un efecto muy tranquilizador en mí por aquel entonces.

Pero eso no importaba.

Si todavía está dispuesta a ofrecerme terapia, debería aceptarla.

Aún puedo ser la autora que quiero ser. Solo tengo que superar todo lo que ha pasado. Al igual que Tess, mi personaje en la historia, necesito enfrentarme a mis miedos.

Pulso «Enviar» y mi correo desaparece rápidamente. Me pregunto cómo reaccionará Vanessa cuando lo vea.

Sonrío al notar cuántos correos sin abrir tengo en mi cuenta. Me pregunto cuántos serán asuntos comerciales importantes y cuántos de gente de marketing o servicios editoriales dándome la tabarra para hacer negocios.

Cuántos serán de fans.

Al mirar el primer correo, obtengo mi respuesta. Mi sonrisa desaparece rápidamente al leer quién lo envía. El asunto dice: «Sigo siendo tu mayor fan». IWriteAlone ha enviado un correo nuevo.

Hago clic y hay adjunta una imagen de la tienda de comestibles a la que fuimos ayer. Debajo, IWriteAlone escribió: «Nos vemos por ahí».

CAPÍTULO 26

Bajo las escaleras intentando mantener la compostura. Al igual que Tess hace unos instantes, estoy a punto de romper a llorar. Casi tropiezo en un escalón y solo evito la caída agarrándome al pasamanos.

Respiro hondo varias veces, tratando de calmar mis nervios, pero sé que es inútil. Suelto el pasamanos y noto que la mano me tiembla de forma incontrolable.

Me haría un ovillo y me pondría a llorar en la escalera si no fuera porque quiero encontrar a Matt. No estaba en la cama. Probablemente ande por ahí con Cole. Seguro que Cole está preparando otro desayuno poniendo alguna mueca estúpida.

Cuando llego sana y salva al pie de la escalera, veo a Tess y a Cole sentados juntos a la mesa del comedor, hablando en voz baja. Mientras me acerco a ellos, Cole da un sorbo a su café. Tess me dedica una sonrisa forzada, pero Cole ignora mi presencia por completo.

—¿Dónde está Matt? —pregunto.

—Buenos días a ti también —dice Cole, soplando en su taza y dando otro sorbo.

—¿Dónde está? —repito frenéticamente.

Él se vuelve hacia mí, confundido. —No lo sé. ¿Durmiendo?

—No está en la cama —digo—. ¿Adónde ha ido?

Cole se ríe. —No estoy seguro. Relájate. Puedes llegar a ser muy intensa, ¿lo sabías?

—Cole —dice Tess en voz baja.

—No me vengas con esas —le dice él a ella—. Es ella la que se está volviendo loca. —Tess le lanza una mirada y, de repente, sus facciones se suavizan cuando vuelve a mirarme—. Perdona. Tengo

un poco de resaca de anoche. Estoy de un humor de perros. ¿Quieres desayunar? —Señala su taza de café—. ¿Alguna bebida matutina?

Doy un paso atrás. —¿No le habéis visto?

—No —dice Cole. Tess se limita a mirarme en silencio.

—¿Adónde puede haber ido? —digo histérica—. Estamos en mitad de la nada.

—Supongo que a una partida épica de escondite —dice Cole, riendo mientras da un sorbo.

Respiro hondo. —Tengo que encontrarlo. Tengo que hablar con él.

—Vale, relájate —dice Cole, dando otro sorbo—. Seguro que está por alguna parte. —Le sonríe a Tess.

Hay algo en su reacción que me choca. No sé si son mis nervios, pero todo en mi cuerpo me grita que algo va mal. Muy mal.

Me he despertado con un correo electrónico de IWriteAlone y ahora no encuentro a Matt. No está en la casa. ¿Adónde puede haber ido?

Abro la puerta del patio y miro hacia la playa. No lo veo. No veo a nadie. Esta mañana ni siquiera hay barcos en el lago. Miro hacia la zona de la hoguera, pero lo único que veo son troncos quemados y unas cuantas botellas de cerveza esparcidas por ahí.

Cole se apoya en el marco de la puerta, dando otro sorbo a su café. Se le derrama un poco en la camiseta roja y hace una mueca, limpiándosela con la mano. —Pareces un poco fuera de ti hoy, Sidney. —Me sonríe mientras da otro sorbo. Sus ojos azules me desafían mientras una mueca de suficiencia permanece en su rostro.

Está disfrutando con esto. El hecho de que yo esté asustada le entretiene.

Miro hacia la playa y el lago, esperando, rezando por verlo. —¡Matt! —grito. Vuelvo la vista atrás y la mueca de Cole se convierte en una sonrisa de oreja a oreja. Me aparto de él—. ¡Matt! ¿Dónde estás?

CAPÍTULO 27

—¡Matt! —vuelvo a gritar.

—¡Matthew! —grita Cole, burlándose de mí.

Me vuelvo hacia él con los ojos llenos de ira y confusión. —¿Dónde está? —le grito.

—¿Y yo qué sé? —dice entre risas—. Tío, tengo demasiada resaca para esto. Pensaba que ayer ya habías soltado todas tus locuras.

—¡Cole! —exclama Tess detrás de él.

Él sacude la cabeza y bebe de su café. —Es ridículo, Tess.

—Ayúdala a encontrarlo —dice Tess—. Está asustada.

—¿Por qué está tan asustada? ¿Qué hemos hecho?

Tengo las manos a los costados y me tiemblan de forma incontrolable. Cole me observa, divertido.

—IWriteAlone —repito.

Cole arquea las cejas. —Ya estamos. Otra vez soy el acosador. El malo de la película. —Sonríe—. Vale. —Le entrega su taza de café a Tess—. Vamos a buscar a tu *querido* prometido.

Da un paso hacia mí y yo le señalo con el dedo. —Quieto. Déjame en paz. No sé a qué juegos juegas conmigo, pero he terminado con ellos.

Tess se pone delante de él. —Sidney, ¿qué...?

—Basta los dos —digo. Empiezo a dirigirme hacia la playa, mirando atrás con frecuencia mientras lo hago. Tanto Cole como Tess me observan mientras me alejo.

Giro entre unos arbustos, pero permanezco en la playa. Por suerte, pierdo de vista a la pareja y acelero el paso.

—¡Matt! —vuelvo a gritar.

¿Dónde está?

La otra noche junto a la hoguera, Matt bromeó diciendo que Cole le había hecho algo terrible a Tess. Esta mañana me he despertado y me he encontrado un correo electrónico de IWriteAlone. ¿Le ha pasado algo a Matt?

Quiero irme a casa. Quiero marcharme de aquí.

No quiero volver a ver a Cole ni a Tess en mi vida.

—¡Matt! —Siento el corazón latir con fuerza mientras continúo por la playa. Me detengo y miro atrás, hacia donde empecé, con la esperanza de verlo. ¿Debería intentar ir por el otro lado de la playa? Podría estar en cualquier parte.

¿Y si le ha pasado algo? Bromeé con que esta zona era perfecta para esconder un cadáver. Así es como funciona mi imaginación, pero ¿y si ya no son solo pensamientos?

Me imagino caminando por la playa y encontrándolo. Las olas rompiendo contra su cadáver mientras confirmo por mí misma que Matt ha muerto. ¿Por qué mi imaginación salta siempre a las peores situaciones posibles?

—¿Dónde estás? —grito. Vuelvo a mirar hacia la playa y esta vez veo a Cole de pie, observándome.

Ambos seguimos mirándonos fijamente. Me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento y empiezo a marearme de miedo. Cole empieza a caminar hacia mí. Me doy la vuelta y echo a correr hacia la espesura de los árboles más allá de la playa.

No miro atrás. No llamo a mi prometido. Ahora solo corro. Al hacerlo, tropiezo con una roca y caigo hacia delante. Estiro los brazos para amortiguar la caída y siento un pinchazo en el brazo derecho. Grito de dolor. Miro hacia el camino que he tomado para entrar en el bosque.

Cole me habrá oído. No tardará mucho en alcanzarme. Me levanto rápidamente y me doy cuenta de que también me he golpeado la rodilla derecha. Continúo por el bosque lo más rápido posible, con la rodilla doliéndome a cada paso.

De repente, veo movimiento detrás de mí entre unos árboles. Alcanzo a ver a un hombre caminando deprisa. Veo una camiseta roja.

—¡Déjame en paz! —le grito a Cole.

Observo con terror cómo los arbustos empiezan a moverse y puedo verlo caminar hacia mí. Suelto un suspiro de alivio cuando me doy cuenta de quién es.

—¿Sidney? —Matt aparta una rama de un arbusto espeso con la mano mientras se acerca—. ¿A quién le gritas? —Mira mi brazo magullado y el raspón de mi rodilla—. ¿Qué ha pasado?

Corro hacia él y lo abrazo. Las lágrimas caen libremente de mis ojos; no puedo creer que lo haya encontrado.

Me suelto de él y lo zarandeo por los costados. —¿Dónde demonios estabas?

Me mira confundido. —He ido a dar una caminata.

—¿Una caminata? —repito.

—Todo el mundo seguía durmiendo —dice Matt con una leve sonrisa—. Pensé en disfrutar del paisaje. Supuse que todos os quedaríais durmiendo más tiempo. —Se da la vuelta—. Este sitio es increíble. Me pregunto cuánto dinero tendrán los padres de Tess. En serio, no hay nada por aquí cerca. He caminado unos cuarenta minutos, he subido un poco por un acantilado y solo he visto una casa, pero muy a lo lejos.

—Matt —le digo, intentando captar su atención—. Tenemos que irnos de aquí.

—¿Qué? ¿Por qué?

Cole aparece de repente entre la maleza con una amplia sonrisa en la cara. —Ahí estás —le dice a Matt. Se acerca a él y le da una palmada en la espalda—. Nos tenías a todos preocupados. —Cole me mira por un momento—. Hemos tenido que enviar un equipo de búsqueda.

CAPÍTULO 28

Camino despacio detrás de Cole mientras él pasa el brazo por encima de los hombros de Matt. Los dos cruzan la playa, riéndose de lo que sea que estén hablando.

Mi mente va a mil por hora.

No sé en qué estaba pensando cuando no encontraba a Matt. De algún modo, mi imaginación se ha desbocado. He pensado que había ocurrido lo peor. He pensado…

Ni siquiera estoy segura.

Todo esto es culpa de IWriteAlone. Empieza a enviarme correos electrónicos y vuelvo a perder el control. ¿Cuánto tiempo más voy a dejar que un extraño me controle? Sin embargo, este extraño sabe dónde estoy. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible que sepa dónde estoy? Pienso en la chica del vestíbulo del hotel, a la que volví a ver en el supermercado del pueblo. ¿Podría ser ella IWriteAlone?

¿Y si es alguien a quien conozco? ¿Alguien de la casa en la que me hospedo? Pienso en Cole, en Tess e incluso en mi propio prometido. Siento que me estoy volviendo loca. Me viene una imagen de Cole y esa sonrisa arrogante que tenía grabada en la cara cuando yo estaba asustada por Matt. Sinceramente, parecía disfrutar observándome.

Mi instinto me dice que Cole oculta algo. Quizá incluso Tess. Miro a mi prometido mientras ríe con tanta libertad con él.

No sé quién es IWriteAlone, pero me ha dado un buen susto. Sabe dónde estoy y ya no puedo seguir aquí. Es hora de irme.

Observo a Cole mientras aprieta el hombro de mi prometido. Se inclina y empiezan a hablar en voz baja. ¿De qué estarán hablando ahora? Matt me lanza una mirada fugaz.

¿Qué le estará diciendo Cole a Matt?

De repente, Matt se detiene en seco. —Realmente vas cojeando —dice. Se acerca a mí y me coge de la mano—. Vamos a echarle un vistazo a esa pierna. Ya la ha mirado antes de que empezáramos a caminar, pero como me estoy quedando tan atrás, debe de estar preocupado. No sabe que la razón principal es que quiero poner toda la distancia posible entre Cole y yo.

No confío en él. No estoy segura de poder confiar en nadie.

Matt silba y le hace una señal a Cole para que se acerque. —Menos mal que tenemos a un médico residente a mano. Cole, echa un vistazo rápido a esto. ¿Necesitas algo? ¿Vendas? Seguro que tienes algunas en tu casa.

Cole da unos pasos hacia mí. Inclina la cabeza. —Herida leve. No tiene importancia. Ponle una tirita, si quieres.

Matt se ríe. —¿Una tirita? ¿Eso es todo?

Cole asiente y levanta las cejas. —Claro. La gente exagera con las cosas insignificantes. Que se eche un poco de agua y a correr. Eso es lo que hacían nuestros antepasados. Se ríe y echa a andar por la playa.

Matt camina ahora conmigo, dándome la mano mientras nos dirigimos a la casa del lago. —Estás temblando —dice al notar el temblor de mi mano—. ¿Qué ha pasado?

Cole se vuelve para mirarme y espera mi respuesta. —Estoy bien —digo, y Cole vuelve a mirar hacia delante.

No sé cómo describir lo que siento en este momento. Mi mente sigue yendo a mil por hora. No sé qué creer ni en quién confiar.

¿Cómo sabe IWriteAlone dónde estoy?

Tess nos está esperando cuando entramos por la puerta del patio. Matt, Tess y Cole se sientan a la mesa del comedor. Los tres empiezan a planear qué deberíamos hacer hoy. Cole menciona otra hoguera por la noche y Matt está de acuerdo. Matt quiere volver a nadar.

—¿Quizá otra ronda de pelea de gallos, eh, Sidney? —dice Matt, mirándome—. Tenemos que ganar a esos tramposos. Cuando no sonrío ni me siento con ellos a la mesa, la sonrisa de Matt se

transforma lentamente en preocupación. Ahora Cole y Tess me observan mientras doy unos pasos hacia atrás, hacia las escaleras.

—Voy a tumbarme un poco, ¿vale? —digo. Matt mira a Tess y a Cole y vuelve a mirarme a mí, asintiendo despacio.

—Vale —dice.

Mientras subo las escaleras y oigo reír a Cole y a Matt, me pregunto si será a mi costa. *¿La escritora loca está teniendo otra crisis?*

¿La estoy teniendo?

No puedo quedarme aquí ni un minuto más. Matt no lo sabe todo. No sabe que IWriteAlone me está enviando correos. Si se lo cuento y no acepta irse, me iré sin él. Estoy agotada emocionalmente.

Los dos hombres vuelven a reírse a carcajadas. El sonido me frustra todavía más. ¿Cómo pueden estar pasándoselo tan bien?

Estoy a mitad de las escaleras cuando me doy cuenta de que no puedo fingir más. Es hora de irme y no me importa si tengo que montar otra escena para conseguir lo que quiero.

—Matt —lo llamo. Las risas se detienen momentáneamente—. ¿Puedes subir un momento? Solo quiero hablar.

Cole suelta una carcajada. —Ya he oído eso antes. Estás en un lío, colega.

CAPÍTULO 29

Matt sube lentamente las escaleras detrás de mí. Esperamos a hablar hasta que estamos en la habitación de invitados y la puerta está cerrada.

Cuando me giro hacia Matt, me aprieta la mano con fuerza. —¿Qué estás haciendo? —pregunta—. Cole dice que has vuelto a perder los estribos con él.

Respiro hondo. —¿Eso es lo que ha dicho Cole?

Matt me hace un gesto para que baje la voz. —¿Puedes dejar de montar numeritos? —suelta con desdén—. Ayer fue genial, bueno, la mayor parte del tiempo. Cuando explotaste contra Cole y Tess, no me lo podía creer. Ahora... lo estás haciendo otra vez. ¿Por qué? ¿Porque me he ido a caminar?

—IWriteAlone me ha vuelto a escribir por correo.

Matt levanta una ceja. —¿Cuándo?

—Anoche, muy tarde. Ha adjuntado una imagen del supermercado al que fuimos ayer. IWriteAlone me está siguiendo de nuevo. Sabe dónde estoy —me cubro la cara—. No puedo pasar por esto otra vez. No puedo.

Matt se pone a mi lado y me guía para que me siente en la cama. —¿No habíamos quedado en que habías dejado de entrar en el correo? Hablamos de no usarlo.

Asiento con la cabeza. —Le escribí un correo a Vanessa sobre el libro que estoy escribiendo. Quería enviarle una parte para que sepa que puedo terminar esta historia a tiempo. Así no tendría que devolver el adelanto.

Matt frunce los labios. —¿Y has visto el correo de IWriteAlone cuando lo has hecho? —vuelvo a asentir—. Vaya..., lo siento. Pero ¿cómo pueden saber dónde estamos?

Vuelvo a respirar hondo. —No lo sé. Cuando vi el mensaje y no pude encontrarte, pensé... no lo sé. Pensé cosas terribles.

—¿Qué? ¿Que estabas muerto o algo así? —suelta una carcajada.

—No tiene ninguna gracia.

Se detiene y me acaricia la espalda. —Lo siento, amor. Pero tienes mucha imaginación. Solo he salido a dar un paseo —se inclina hacia mí—. Todos vosotros, los borrachos, seguíais durmiendo... Entonces, ¿por qué has arremetido contra Cole?

Miro hacia otro lado. —No lo sé. ¿Y si IWriteAlone es él? ¿O Tess? Solo tengo miedo. Me siento como un animal acorralado o algo parecido. No puedo pensar con claridad. Vi ese correo y no pude encontrarte... y perdí los papeles.

—¿Y qué pasa con esa mujer del supermercado? Dijiste que te dio malas vibraciones cuando te cruzaste con ella en el vestíbulo del hotel.

—Ya no lo sé. Solo sé que no puedo estar aquí. Quiero irme, Matt. Es evidente que no soy capaz de quedarme.

Matt asiente. —Hablaré con él.

Sonrío y lo beso. —Gracias.

—¿Por qué? —se ríe.

Suelto un largo suspiro. —Por entenderlo. Por alguna razón, pensé que me lo pondrías difícil.

—Creo que ya hemos abusado bastante de su hospitalidad —dice Matt, besándome la frente—. Hablaré con Cole. Lo solucionaremos.

Asiento con la cabeza. —Vale. Gracias.

—Deja de darme las gracias —dice—. Soy tu futuro marido. Estás alterada. Yo me encargo. Sonríe.

—¿Y si vuelven a escribir? La última vez, IWriteAlone enviaba varios correos. Podría haber más desde la última vez que miré. ¿Y si han hecho una foto de esta casa? ¿O del lago o la playa? ¿Y si...?

—Para, Sidney —dice Matt en voz baja—. Todo va a salir bien. No abras el correo, ¿vale? Ya no tienes que volver a mirarlo.

Exhalo lentamente. Necesito saber si ha habido más mensajes, pero sé que Matt tiene razón. No mires la cuenta. Solo conseguiré

ponerme más nerviosa. Recuerdo cómo estaba el año pasado, actualizando la bandeja de entrada a altas horas de la noche, preguntándome si el acosador andaría cerca.

Pienso en Vanessa.

—Bueno, quizá puedas mirarme tú el correo. Necesito saber si Vanessa me ha contestado.

Matt niega con la cabeza. —¿Por qué te importa si lo ha hecho? —vuelve a negar con la cabeza—. ¿Por qué vas a seguir haciéndote esto?

—¡Por el adelanto! —grito—. Mi libro. Sé que esta vez puedo terminarlo.

—¿Y qué pasa si te destroza de nuevo? —giro la cabeza como si eso me ayudara a no oír las palabras que va a decir a continuación —. Sidney, me alegré mucho cuando decidiste dejarlo. Ahora vas a volver a las andadas y ya te estás comportando como entonces — hace una pausa antes de seguir—. No me digas que quieres irte de aquí para trabajar más en tu libro.

Niego con la cabeza. —¡No, Matt! Tengo miedo, ¿vale? —me rodea con sus brazos—. Tengo miedo —repito.

—Está bien —dice—. Vámonos.

CAPÍTULO 30

Sigo a Matt mientras baja las escaleras. Cole y Tess hablan en voz baja en la mesa hasta que lo ven.

—Hola, chicos —dice Matt con timidez—. Escuchad, estamos muy agradecidos por haberos molestado en recogernos en el hotel y dejarnos quedarnos unas noches en vuestra preciosa casa, pero creo que nos vamos a marchar.

—¿Marcharos? —dice Cole, sorprendido. Mira a Tess—. ¿Qué te he dicho?

—Habéis sido unos anfitriones estupendos —dice Matt, levantando las manos en señal de rendición—. Si supiera lo que pasó anoche, me pregunto si sentiría lo mismo. Los anfitriones me invitaron a su dormitorio.

—¿Qué hemos hecho? —pregunta Tess.

—Nada —dice Matt con una leve sonrisa—. Nos lo hemos pasado fenomenal. Muy bien. Tendremos que repetirlo en otro momento.

Cole se pone en pie y resopla. —No estoy seguro de creerme eso, colega —se acerca a la nevera y saca una cerveza—. ¿Quieres una?

Me contengo para no intervenir. Que Matt se encargue. Que lo hable con Cole. ¿Cómo puede estar bebiendo? Yo quiero irme, ¿y Cole se pone a servir cerveza?

—Estoy bien —le hace un gesto de rechazo Matt—. Gracias, de todas formas. Escucha, Cole, no quiero molestarte para que nos lleves. Pediremos un Uber.

Cole quita el tapón de un tirón y da un largo trago a su cerveza. Se limpia la boca con la mano. —¿Por qué queréis iros los dos de repente? —Mira a su novia—. Sidney está a punto de

acusarnos de algo otra vez, ¿verdad, Tess? —Tess gira la cabeza y mira por la ventana, intentando evitar involucrarse.

Cole hace un gesto con la mano en el aire. —¿Qué debería decir? Sabía que ibas a hacer esto de nuevo. No soy ese estúpido del correo electrónico. Escribo algo... Si fuera un acosador de internet, tendría un nombre mucho más guay. Algo más siniestro. ¿EscriboSolo? —Mira a su alrededor, pero nadie parece encontrarle la gracia a su humor en este momento.

—No, no, tío —dice Matt, tratando de calmar la situación—. No estamos diciendo nada de eso. El acosador le ha vuelto a escribir a Sidney.

De pronto recupero la voz. —EscriboSolo me ha enviado un correo con una imagen del supermercado al que hemos ido. —Observo los ojos de Cole mientras lo digo para ver si da alguna pista de lo que está pensando. Da otro sorbo a la cerveza y me siento perdida. Tess sigue pareciendo que está a punto de romper a llorar.

—Da miedo, ¿verdad? —pregunta Matt. Es una pregunta retórica, por supuesto, pero Cole responde de todos modos.

—Claro, pero ¿por qué iros? —dice—. Quedaos aquí. Tenéis a dos tíos grandes con vosotros. Nadie se meterá contigo, Sidney.

—Lo está pasando mal —dice Matt, respondiendo por mí—. Lo de la habitación del hotel. Ahora el correo. Es demasiado. Solo queremos irnos, chicos.

Cole da otro trago a su cerveza y lanza una mirada a su novia. Tess continúa mirando hacia fuera, como si no estuviera en la habitación con nosotros.

—¡Bien! Lo que sea. Creo que nosotros también hemos tenido bastante de este fin de semana divertido con vosotros —dice, burlón.

—¡Cole! —exclama Tess, todavía mirando por la ventana.

—No, Tess —dice él—. No nos hemos portado más que bien con ellos y este es el agradecimiento que recibimos. —Levanta un dedo—. Cena de langosta. —Levanta otro—. Estancia gratis en nuestra casa. —Levanta un tercero—. Uso de nuestra playa privada. ¿Qué más...?

—Cole —dice Tess, mirando ahora a su novio—. Vamos a...

—¡No, Tess! —dice él, y lanza la botella de cerveza con fuerza a través de la habitación. Se estrella contra la pared. Doy un respingo y grito. Tess se tapa la boca con los ojos muy abiertos. Incluso Matt parece sobresaltado. Se queda boquiabierto y con las manos paralizadas frente a él.

—Venga, tío —suplica Matt—. No queremos problemas.

Cole niega con la cabeza. —Recoged vuestras mierdas. Fuera de mi casa.

CAPÍTULO 31

Matt cierra la cremallera de su maleta y me mira: —Asegúrate de que no se te olvide nada. No vamos a volver aquí.

Por fin estamos de acuerdo. Continúo doblando mi ropa con esmero en mi bolsa. Matt mete la suya a presión.

Sé que quiere irse de inmediato, pero no estoy segura de estar lista para meterme en un coche con Cole después de lo que ha pasado. Matt ha dicho que preferiría que Cole no nos llevara, pero sin cobertura de móvil y con Cole poniéndose difícil, quizá sea mejor no forzar la situación.

Tal vez para cuando bajemos se haya calmado.

—He cogido unas cuantas cosas de su baño —dice Matt—. ¿Tienes tú algo ahí? ¿El rizador de pelo o lo que sea?

Niego con la cabeza: —Estoy lista.

Matt sale de la habitación y yo miro hacia el pasillo. Una parte de mí quiere saltar al coche y largarse de este lugar a toda leche, aunque sea con Cole al volante. Entonces pienso en el ordenador del despacho. ¿Y si IWriteAlone ha enviado algo nuevo? ¿Y si están fuera de la casa del lago ahora mismo? ¿Y si comparten algo que me dé más pistas sobre quiénes podrían ser? Me levanto y miro por la ventana. A través de la espesura de los árboles, veo el azul del lago.

¿Y si IWriteAlone me está vigilando en este mismo instante?

No puedo soportar el no saberlo. Cruzo rápidamente el pasillo hacia el despacho y cierro la puerta tras de mí. Como siempre, el ordenador tarda una eternidad en arrancar. Entro con el perfil de invitada e inicio sesión en mi correo electrónico.

La pantalla se queda en blanco y tarda un mundo en cargar. Inspiro profundamente para intentar calmar mi pulso. Me miro las

manos; ambas están temblando. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo hacían. Es como si mi cuerpo actuara por su cuenta ahora.

Por fin carga la pantalla, pero la puerta del despacho se abre. Matt entra y pone mala cara.

—¿Qué haces? —pregunta—. Nos vamos. Vámonos de una vez.

—Necesito saber si han enviado un correo —digo—. ¿Y si han enviado otra foto? ¿Y si están aquí?

Matt se tapa la boca. No está enfadado conmigo por comprobarlo. De hecho, él mismo está al borde de las lágrimas.

—Lo siento, amor —dice. Se aclara la garganta—. Vámonos. Estoy contigo. Estás a salvo.

La pantalla carga. Exhalo al ver que no hay ningún correo de IWriteAlone. Solo han enviado uno. Solo uno. Qué poco propio de ellos. Normalmente, me enviarían tantos correos que estaría al borde de la locura. Ahora me resulta más inquietante que no me estén enviando nada.

Hay, sin embargo, un correo nuevo de Vanessa. Hago clic en él y lo leo rápido. Quiere hablar y me pregunta cuándo podemos.

—Bueno —dice Matt—, ¿algo?

Niego con la cabeza: —Solo de Vanessa. —Hago clic en responder y empiezo a escribirle. Noto que Matt está cada vez más impaciente.

—¿En serio, Sidney? —dice—. Puedes escribirle desde el hotel cuando volvamos a tener wifi.

Lo ignoro y tecleo una respuesta rápida. Le hago saber que la llamaré en unas horas.

Miro a Matt: —Lista.

Asiente lentamente. —¿Estoy preparado? ¿Lo tienes todo?

Bajo la mirada e intento pensar. Cualquier cosa importante ya está en mi equipaje. Y si se me ha olvidado algo, me conformo con no volver a verlo nunca.

Me fijo en el cajón. Había una pistola encima de un montón de papeles. Podría llevármela.

Mi lado racional se activa. ¿Por qué iba a hacer eso? Nos vamos. Puede que ni siquiera esté cargada. Matt pensaría que estoy

desquiciada si metiera una pistola en el coche con nosotros.

—Estoy lista —le digo a Matt.

Los dos bajamos las escaleras. Matt lleva nuestras dos maletas por los peldaños. Cuando llegamos a la planta baja, Tess sostiene una escoba y está limpiando el desastre que montó Cole con la botella de cerveza.

Se gira hacia nosotros y se mira los pies. —Cole os está esperando fuera —dice.

—Gracias, Tess —dice Matt—. Bueno... cuídate. —Hace rodar nuestro equipaje por el suelo y sale.

Camino hacia la puerta, viendo cómo Tess sigue barriendo los cristales rotos. Una parte de mí se pregunta qué será de ella cuando nos hayamos ido. ¿Se dirigirán las frustraciones de Cole hacia ella?

¿Cuántos desastres más de Cole tendrá que limpiar Tess por culpa de su rabia cuando ya no estemos? O, peor aún, ¿cuántos moratones?

Cuesta imaginar que el Cole divertido que Matt y yo conocimos en el restaurante pueda hacer daño a Tess. Pero también estoy empezando a asimilar lo agresivo que es el Cole actual. Es como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su estado de ánimo.

Realmente no es el hombre que recuerdo.

Estoy en la puerta principal a punto de salir cuando me giro hacia Tess. —Oye —le digo. Ella me mira—. Si alguna vez necesitas algo de mí, dímelo. No estoy segura de por qué lo digo. Creo que hasta confundo a la propia Tess, que asiente lentamente en respuesta.

No es que pueda darle las gracias por el fin de semana, pero también estoy preocupada por ella.

Me dedica una sonrisa forzada. —Cuídate, Sidney. —Sosteniendo la escoba con una mano, me saluda levemente con la otra.

Inspiro hondo al salir de la casa del lago, espero que para siempre. ¿Cómo ha podido un fin de semana acabar de forma tan terrible?

Matt mete las dos maletas en el maletero y lo cierra. Cole está apoyado en el coche. Se echa hacia atrás el pelo rizado con la mano

y se ajusta las gafas de sol oscuras sobre la nariz. Si no pensara que es un completo lunático, parecería muy guapo, incluso sexi. Su personalidad destruye la ilusión.

—¿Estamos listos? —pregunta Cole con tono desagradable—. Estupendo. Sigue molesto. Ahora vamos a estar atrapados en el coche con él durante más de una hora. Quizá si paramos en algún sitio por el camino, Matt y yo encontremos otra forma de ir al aeropuerto. Cole no será tan agresivo en público, eso espero.

Matt asiente. —Gracias de nuevo, Cole. Sin resentimientos, ¿verdad? —Va a darle la mano, pero Cole no se la estrecha. En lugar de eso, Cole deja que la mano de Matt se quede en el aire.

Se baja las gafas de sol y mira a Matt. —Sin resentimientos. —Le estrecha la mano con fuerza antes de soltarla—. Vámonos.

Me subo en el asiento de atrás, en el lado del copiloto. Matt abre la puerta delantera del pasajero. Habría preferido que se sentara atrás conmigo, pero con lo delicado que está el ambiente ahora mismo, probablemente sea mejor que se siente delante con Cole.

Sin embargo, se acaban de dar la mano. Quizá la próxima hora y pico de trayecto no sea tan mala como sospecho.

Cole rodea el coche hacia el lado del conductor, pero no entra. En su lugar, mira hacia abajo y se agacha, perdiéndose de vista.

—¿Qué está haciendo? —pregunto, pero Matt no responde, asomándose él también para ver.

Me inclino hacia la ventanilla del conductor para ver, pero el cinturón de seguridad me retiene. De repente, Cole aparece de un salto, casi haciéndome gritar.

Cole sonríe ante mi expresión y se quita las gafas de sol. Saluda a Matt con la mano.

—¿Qué demonios está haciendo? —dice Matt. Abre la puerta y rodea el coche. Veo a los dos hablando. Me quedo sentada unos instantes, esperando a que ambos entren. Cuando me doy cuenta de que no ocurre, sé que algo va mal. Me quito el cinturón y salgo.

—Cambio de planes —dice Cole con una mueca de suficiencia. Cuando doy la vuelta, veo por mí misma el motivo.

Los dos neumáticos del lado del conductor están completamente pinchados.

CAPÍTULO 32

—¿No tienes una de repuesto? —pregunta Matt.

—Claro que sí —dice Cole—. Una.

Niego con la cabeza. —No me lo puedo creer.

Cole se vuelve hacia mí con una mirada de suficiencia. —¿Qué es lo que no te puedes creer?

Vuelvo a negar con la cabeza. —Estamos a punto de irnos y, de repente, las ruedas están pinchadas.

Esta vez es Cole quien niega con la cabeza. —No están pinchadas. Míralas tú misma. —Señala el neumático más cercano a él.

Matt se inclina para echar un vistazo. —Le han dado un tajo.

—A las dos —dice Cole, sosteniéndome la mirada; sus ojos de rata observan cómo reacciono a sus palabras.

Desvío la vista. —¿Cómo puede estar pasando esto? —Intento calmarme y vuelvo a mirarlo.

Cole gruñe. —Ni empieces conmigo otra vez. Me has acusado de todo y más este fin de semana, y ahora me miras como si hubiera hecho algo. ¡Basta!

—Respiremos hondo todos —dice Matt, intentando calmar la situación—. Pensemos en esto.

—Bueno, a menos que queráis caminar durante varias horas o más, ahora mismo estamos todos un poco atrapados —dice Cole.

Matt se vuelve hacia él. —¿Podremos hacer algo al respecto, verdad?

Cole le sonríe. —Chicos, llamaré a una grúa. Hay un tipo en el pueblo. Solo hay una grúa por aquí, pero ¿cuánta gente va a necesitarla? Vendrá, reparará o me traerá neumáticos nuevos, y nos iremos.

Matt asiente. —Vale. Gracias. —Me mira y respira hondo. Estoy segura de que nota lo cerca que estoy de sufrir un ataque de pánico total—. No pasa nada, Sidney —dice—. Solucionaremos esto y nos iremos pronto. —Por una vez, noto miedo en los ojos de Matt. Él mismo parece pálido ante lo que está ocurriendo.

—Unas pocas horas como máximo —dice Cole, volviéndose hacia Matt—. ¿Llevas una tarjeta de crédito o dinero en efectivo encima?

Matt suelta una carcajada de desconcierto. —¿Quieres que pague yo?

Cole asiente como respuesta. —¿Sabes cuántos neumáticos rajados tenía antes de que vosotros dos os quedarais con nosotros? —Me señala—. Ese es tu pequeño acosador, ¿no? Es evidente. Esto ha pasado por tu culpa.

—¡No me señales! —grito.

—¡Tranquila! —dice Cole.

Matt vuelve a levantar las manos, suplicando que nos llevemos bien. —Chicos, vamos.

—¡Vamos, tú! —grita Cole—. Tu prometida psicópata es la que tiene que relajarse.

—No le hables así —dice Matt, bajando las manos y mirando fijamente a Cole.

—¿Qué demonios has dicho?

—¡Cole! —suelta Tess desde la puerta principal—. Basta ya.

Cole me mira a mí y luego a Matt. —Esto no merece la pena. —Empieza a caminar hacia la casa—. La grúa vendrá pronto.

CAPÍTULO 33

Matt y yo volvemos arriba con nuestro equipaje. Una vez dentro del dormitorio, él cierra la puerta.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta.

Miro a mi alrededor en silencio. —Hay más cosas que debes saber. Es hora de contarle a mi prometido todo lo que ha estado pasando este fin de semana.

Matt se pone un dedo en los labios. —Aquí no —dice en voz baja—. Fuera.

—¿Fuera? —repito—. ¿Y qué pasa con IWriteAlone? Los neumáticos. ¿Y si están ahí fuera ahora mismo?

Matt vuelve a ponerse un dedo en los labios. —Tú sígueme. No pasa nada.

Acepto y, mientras bajamos las escaleras, Cole y Tess también están susurrando. Se detienen al vernos.

—Vamos a dar un paseo —dice Matt.

Cole asiente. —Divertíos.

Matt me coge de la mano y me guía hacia la puerta principal. Al salir, noto que Cole me clava la mirada. Sus ojos azul claro se encuentran con los míos.

No hablamos hasta que estamos en un sendero y la casa del lago casi se pierde de vista. Mientras caminamos, escudriño rápidamente el bosque en busca de cualquier rastro de vida que no seamos Matt y yo.

—Lo siento —dice—. Sé que tienes miedo, pero no quiero hablar en esa casa. Siento como si pudieran oírnos o algo así.

—¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —dice Matt.

—¿Cuánto crees que tardará una grúa?

Matt me lanza una mirada. —No va a venir ninguna grúa, Sidney. Ha sido él. Él rajó los neumáticos.

—¿Cole? No sé qué pensar de todo esto. ¿Así que ahora crees que Cole es IWriteAlone? —pregunto.

Matt parece tan asustado como yo mientras me aprieta la mano. Normalmente es Matt quien tiene que calmarme. Ahora es él quien parece haber visto un fantasma.

—No lo sé —dice—. No sé qué está pasando aquí, pero él no nos lo está contando todo. Algo va mal.

Respiro hondo, tratando de darle sentido. —Debió de ser Cole quien destrozó nuestra habitación de hotel —digo—. Tess estaba en la casa del lago. Aunque no lo entiendo. ¿Todo esto era solo para conseguir que nos quedáramos con ellos? ¿Por qué?

Matt baja la cabeza. —Lo único que sé es que tenemos que irnos, y no podemos confiar en Cole o Tess para que nos ayuden. —Me mira—. Has dicho que tenías más cosas que contarme.

Frunzo los labios. —No estoy segura de cuánto ayudará esto, pero anoche, Cole me acorraló en el despacho cuando estaba usando el ordenador. Parecía agitado, o algo parecido.

—Ese hombre está completamente loco —dice Matt.

—Entonces Tess entró en el despacho y me preguntó si quería unirme a ella y a Cole en su dormitorio.

Matt abre mucho los ojos. —¿Que qué hizo?

Le pongo las manos encima para intentar calmarlo. —Pero me fui a nuestro dormitorio. Tess no paraba de pedirme perdón una y otra vez, diciendo que fue Cole quien la obligó a preguntármelo. La creo.

—¿Quería acostarse contigo anoche? —dice Matt, tratando de asimilarlo todo.

—Cuando me desperté, quise decírtelo. Quería irme de este sitio. Revisé mis correos y encontré el mensaje de IWriteAlone. Cuando vi la foto del supermercado, me asusté. IWriteAlone sabe dónde estamos otra vez. —Miro alrededor del bosque—. Intenté encontrarte, pero te habías ido. Pensé lo peor. Mi alocada mente de escritora de *thrillers* siempre salta al peor de los escenarios.

Matt asiente. —Estoy empezando a pensar lo mismo.

Niego con la cabeza. —Vámonos y ya está.

—¿A dónde? —dice Matt, mirando a su alrededor—. No sabemos por dónde ir.

—Sigamos el camino de grava que lleva a la casa —digo—. ¿No giramos a la derecha desde la carretera para llegar aquí? Cuando lleguemos a la carretera, iremos a la izquierda y caminaremos hasta llegar a ese pueblecito. No puede faltar mucho para llegar. Unas pocas horas.

—Tienen internet —dice Matt—. ¿No puedes pedir un Uber por internet?

—No tengo ni la más remota idea, Matt —digo—. Vámonos de una vez.

—Estás toda magullada —dice, señalando mi rodilla—. Esa caminata de esta mañana también me ha dejado agotado. ¿Y si nos perdemos? ¿Y si nos quedamos atrapados aquí fuera a oscuras?

—Deberíamos irnos —le digo.

Él niega con la cabeza. —Ve al ordenador. Pon una excusa. Di que vas a escribir un poco más antes de que llegue nuestro transporte. Cuando llegue el Uber, salimos pitando. ¿Qué va a hacer Cole? ¿Rajarle las ruedas a él también?

—¿Por qué crees que Cole ha rajado los neumáticos? ¿Y si tiene razón y el acosador está aquí? —pregunto.

Matt niega con la cabeza. —Llámalo instinto o como quieras. El mío me está gritando que abandone este lugar lo más rápido y seguro posible.

Pienso en el escritorio. —Hay una pistola en uno de los cajones del despacho.

—¿Qué? —dice Matt, sorprendido.

—La encontré el otro día cuando buscaba un bloc de notas. No creo que sea de Cole. Debe de ser la pistola del padre de Tess. Es su despacho.

Matt asiente. —¿Está cargada?

—No la toqué, Matt —digo—. Solo la encontré.

Se aclara la garganta. —Vale. Cuando volvamos, usa el ordenador. Llama a un taxi, a un Uber o lo que sea. Lo que encuentres en internet. Coge la pistola y dámela.

—¿Quieres llevártela cuando nos vayamos? —pregunto.

—Solo como medida de seguridad —dice Matt—. A lo mejor le estoy dando demasiadas vueltas y todo esto es solo un malentendido. Si no es así, y Cole de verdad no quiere que nos vayamos, tendremos algo para protegernos. Tengo el presentimiento de que trama algo. No la usaré. Solo si me obliga... Vámonos.

Mientras regresamos hacia la casa, aparecen Cole y Tess. Sin oír lo que dicen, me doy cuenta de que la situación es tensa. Tess se cubre la cara. Cole agita las manos frente a ella, gesticulando animadamente mientras habla.

—¿Qué están haciendo ahora? —pregunta Matt.

—No lo sé —digo—. ¿Y si Tess se viniera con nosotros?

CAPÍTULO 34

Cole nos ve aparecer por el linde del bosque y regresa al interior por la puerta del patio. Tess mira hacia nosotros. Baja la cabeza y sigue a Cole adentro.

—Recuerda el plan —dice Matt. Asiento mientras subimos los escalones. Cuando cruzamos la puerta del patio, Cole está cogiendo otra cerveza de la nevera.

¿Cuántas se ha tomado ya hoy? Ni siquiera son las diez de la mañana y ya podría estar ebrio. ¿Sería siquiera capaz de conducir si el coche funcionara? Suelta un eructo tras dar un largo trago. La respuesta es obvia.

Tess está sentada en silencio a la mesa del comedor, sola, y hace todo lo posible por no mirarnos ni a Matt ni a mí.

Me pregunto de qué estarían hablando los dos mientras nos acercábamos. Con lo irritable y borracho que se está poniendo Cole, me preocupa cuánto más puede empeorar este día.

Matt ya está subiendo las escaleras, pero me detengo y me encaro con Cole. —¿Cuánto va a tardar la grúa? —le pregunto. Sé que su respuesta va a ser una porquería, pero solo quiero ver qué dice. Matt me lanza una mirada de desaprobación. No es de esto de lo que habíamos hablado.

Mantén un perfil bajo. Pide que nos recojan. Sal de aquí sin instigar nada más.

Cole suspira. —Estoy esperando una respuesta.

—¿Has dejado un mensaje de voz? —pregunto.

Él sonríe. —No, un correo electrónico.

—¿Le has enviado un correo a una grúa? —pregunta Matt, tan desconcertado como yo.

—¿De qué otra forma, si no? —dice—. Aquí no tengo cobertura por arte de magia. Ninguno de nosotros la tiene.

—¿No tienes teléfono fijo? —pregunto, confundida.

Cole se ríe. —No, no tenemos —observa, mientras Matt y yo nos miramos—. Chicos, vivimos en mitad de la nada y esta no es mi casa. A mí también me parece raro tener internet aquí, pero no teléfono fijo, pero ¿qué se le va a hacer? No es mi casa. —Se ríe y da otro sorbo a su cerveza.

—Bueno —interviene Tess—, papá tiene un teléfono. No estoy segura de dónde está. Sé que hicieron algunas reformas.

—¡Cállate! —grita Cole. Tess se encoge de hombros e intenta esconderse en sí misma—. Tess, no hables con esta gente. Te lo he dicho: yo me encargo.

Ella aparta la mirada y vuelve a mirar por la ventana.

Miro a Matt y temo que las cosas se vuelvan a intensificar, pero él se acerca a mí y me pone el brazo sobre el hombro. Ya sé lo que está pensando.

Cíñete al plan.

—Tess —le digo. Ella aparta la cabeza de la ventana—. ¿Te importa si uso tu ordenador un ratito? He pensado que bien podría escribir un poco más de mi historia mientras esperamos a la grúa. —Miro a Cole de reojo y vuelvo rápidamente la vista a Tess.

Tess me dedica una leve sonrisa. —Por supuesto.

—A mí no me has preguntado —dice Cole, apoyado en la nevera.

—Es su casa —digo en tono desafiante. Los ojos de Tess se agrandan y mira a Cole. Matt parece congelado en el sitio.

Cole me sonríe con sorna. —La grúa puede tardar un rato —dice—. Puedes escribir todo el día y toda la noche. Quizá puedas contarnos más cosas sobre tu historia más tarde también. A Tess le encantaría. —De repente, es como si todo su comportamiento cambiara y se suavizara.

Les sonrío a ambos mientras subo las escaleras, con Matt siguiéndome.

CAPÍTULO 35

En cuanto entro en el despacho, cierro la puerta con llave. No sé cuánto tiempo me llevará encontrar la forma de conseguir que alguien venga a buscarnos, pero no quiero que Cole o Tess intervengan.

Mientras inicio sesión en el ordenador, no puedo dejar de pensar en lo que está pasando. ¿Ha rajado Cole los neumáticos? Si fue así, ¿por qué? Si de verdad está planeando algo, ¿por qué me dejaría usar su ordenador? ¿O podría ser Tess? ¿Esconde algo que yo no sepa?

¿Están Cole y Tess compinchados? ¿Y si IWriteAlone no es una sola persona, sino dos?

Cole dice que nunca supo que yo era escritora. Sin embargo, tenía una pila de mis libros en su habitación. Dijo que los había comprado en el congreso, pero quizá fuera mentira. Cole ha mentido mucho en el poco tiempo que he pasado con él.

Deberíamos habernos ido mientras pudimos. A Matt no le gustaba la idea de caminar por el monte sin suministros ni un plan. No me importan nuestras maletas. Si de verdad estamos en peligro, deberíamos irnos ahora mismo. Coger unas cuantas botellas de agua y algo de comida y echar a andar.

Antes, a Cole no parecía importarle que quisiéramos salir a caminar. Quizá piense lo mismo si volvemos a salir, solo que esta vez con provisiones.

Pienso también en Matt. Solo después de ver los neumáticos rajados, cambió finalmente de opinión y empezó a preocuparse. ¿Por qué tardó tanto? Sabíamos que el acosador había vuelto a nuestras vidas y que estaba cerca. La foto del supermercado en el correo

electrónico lo demostraba. Ahora que han rajado los neumáticos, lo lógico es estar alterado.

Cole ciertamente lo estaba. Exigió dinero por los daños que causó el acosador.

Nada tiene sentido. Menos aún el hecho de que yo siga en esta casa del lago. Pero Matt tenía un plan y, por supuesto, le hice caso.

Deberíamos habernos ido sin más. Deberíamos habernos marchado. ¿Por qué acepté volver a entrar?

Pienso en el acosador. IWriteAlone. ¿Y si estoy totalmente equivocada? ¿Y si de verdad es un extraño el que me está haciendo esto? ¿La mujer del vestíbulo del hotel o algún desconocido que descubrió dónde me alojaba después de que dejáramos el hotel?

Afortunadamente, el escritorio del ordenador termina de cargar. Abro un navegador. Tengo que encontrar la manera de conseguir que nos recojan. Si no lo consigo, nos iremos de aquí inmediatamente. No me importa cuánto odie Matt la idea de caminar por un lugar en el que nunca hemos estado. Tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde.

Por otra parte, si el acosador es un extraño y nos está vigilando, nos seguirá. Y lo que es peor, tiene un arma. Los neumáticos fueron rajados con algo lo bastante afilado como para atravesar el caucho grueso. ¿Y si nos vamos y el acosador nos persigue?

Me recuerdo a mí misma que iremos armados. Abro el cajón del escritorio y confirmo que la pistola sigue ahí. Cierro el cajón y sigo con el plan.

Empiezo a escribir la dirección del sitio de Uber. Supongo que será la mejor forma de intentar organizar un transporte por internet, aunque no estoy segura de cómo se usa. ¿No es solo una aplicación para el móvil? Ni Matt ni yo la hemos usado nunca.

Me empiezan a temblar los dedos. Intento calmarme, pero sé que tengo miedo. Por muchos ejercicios de respiración que intente, mi cuerpo reacciona a pesar de mis intentos de controlarlo.

¿Y si el acosador me está mirando ahora mismo? La ventana del despacho está abierta de par en par. Alguien con unos

prismáticos podría mirar fácilmente dentro de la habitación... a mí. Me levanto, cierro las cortinas y vuelvo a sentarme.

Ya no puedo evitarlo. Necesito saberlo. IWriteAlone no es de los que se quedan callados mucho tiempo. Habrá enviado más correos. Necesito saber si lo ha hecho. Necesito saber qué tiene planeado.

Entro en mi cuenta de correo y espero con paciencia a que cargue la pantalla. Cuando lo hace, suelto un suspiro.

Nada. No hay correos nuevos. Solo el del otro día. Sé que debería alegrarme por ello, pero estoy más nerviosa.

¿Y si IWriteAlone ya no puede enviarme más correos porque está aquí, en la casa del lago? Aquí no tengo wifi. El acosador tampoco tendría. La única forma de enviar un correo es a través de este ordenador.

Siento que el corazón me late más rápido con cada pensamiento. No puedo perder los estribos. Tengo que mantenerme presente. Ahora tengo una pistola. Si pasa algo, Matt y yo estaremos a salvo.

Se acabó el mirar mis correos. Matt tiene razón. Cuanto más lo hago, más ansiosa me pongo. Hago clic en mi perfil para cerrar la sesión. Al hacerlo, aparece un menú desplegable con los correos de otros usuarios. Cole tiene uno: Colemurphy123. Pero es el correo que está encima del de Cole el que capta mi atención.

IWriteAlone2009.

El acosador no está fuera de esta casa. He estado viviendo con él este fin de semana.

¿Tess?

Cole tiene un correo aquí, pero Tess no. Por otra parte, podría ser un segundo perfil que Cole haya creado. Miro hacia el cajón de la pistola. Una parte de mí quiere cogerla, bajar corriendo y exigir respuestas.

Pienso en Matt. Si hay alguna forma de que organice un transporte, lo necesitamos. Matt puede sujetar la pistola hasta que llegue el coche y nos vayamos. Una vez que estemos en el pueblo, llamaremos a la policía.

No me lo puedo creer. Cole. Tess. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Me pareció que la invitación de Cole para venir a su casa del lago era un poco excesiva. No éramos muy íntimos cuando éramos más jóvenes. Salimos durante menos de un mes. Solo fue mi tutor durante unos meses.

Él quería que viniera a su casa. Está aislada. No tengo forma de huir. ¿Qué tienen planeado Cole y Tess?

Cole debió de destrozar nuestra habitación del hotel para asustarme y que quisiera irme.

Me miro la mano y me sorprende ver que ya no tiembla. Estoy demasiado enfadada para tener miedo. Toda mi vida se arruinó por culpa del acosador. Ahora sé quién puede ser. Cole o Tess. O ambos. Vuelvo a pensar en la pistola. Debería asustarlos de la misma forma que IWriteAlone me asustó a mí.

Hago clic en el perfil del acosador. Por supuesto, no me deja entrar en su cuenta sin más. Se requiere una contraseña. Probaré con algunas al azar: Tess1234, Casadellago456!

Nada funciona. Me pregunto cuántos intentos tengo antes de que la cuenta se bloquee.

Casi puedo oír la voz de Matt exigiéndome que me ciña al plan: buscar transporte, coger la pistola, irme de aquí.

Pero no puedo contenerme. Durante el último año, IWriteAlone ha tenido el control total sobre mi vida. Mi vida se puso patas arriba por su culpa. Ahora están en esta casa y yo tengo una pistola.

Vuelvo a pensar en Matt. Estaba tan distinto después de lo de los neumáticos rajados. No parecía tan preocupado por caminar por el bosque, a pesar de que IWriteAlone podría estar allí fuera.

Frunzo los labios y escribo lentamente otra contraseña. Cuando pulso Intro, rezo por estar equivocada.

No lo estoy.

La cuenta se abre y ahora tengo acceso al correo electrónico de IWriteAlone2009.

Se me saltan las lágrimas al ver el historial de correos que mi acosador me ha enviado. Todos ellos, incluido el de esta madrugada.

Miro hacia el cajón y considero coger la pistola. Si lo hago, me da miedo usarla contra él ahora que sé la verdad.

Me levanto del escritorio y atravieso el pasillo como un vendaval hacia la habitación de invitados. Matt está sentado en la cama. Cuando entro en la habitación, me sonríe.

—¿Has encontrado la forma de conseguir que nos recojan? —pregunta.

No le respondo. Intento encontrar las palabras. No sé si estoy a punto de llorar o de gritar. Me decido por la rabia.

—¡Has sido tú! —grito.

CAPÍTULO 36

—¡No me lo puedo creer! —grito—. ¡Tú!

Matt se levanta de la cama con los brazos en alto. —¿Qué estás diciendo, cariño?

—¡No me digas *cariño*! ¡Tú eres el acosador!

—¿Qué? —dice, poniendo su mejor cara de confusión—. Dadle un Óscar a este hombre. Me ha manejado a su antojo durante el último año y yo no tenía ni la menor idea.

—El perfil de IWriteAlone estaba en el ordenador —digo—. Cuando lo encontré, intenté iniciar sesión. ¿Adivinas qué contraseña usé? Siempre usas la misma para todo, Matt, incluso para tus perfiles de acosador.

Matt baja las manos y se le desencaja el rostro. —Puedo explicarlo. Yo...

—¿Explicarlo? —grito—. ¡Me has arruinado! Me has matado de miedo fingiendo ser un acosador. Me hiciste creer que alguien me seguía, que iban a por mí. Me acosaste con tus correos electrónicos, haciendo que temiera por mi vida. Pero, por favor, explica. ¿Por qué?

Matt baja la cabeza. —Nunca quise que acabara así.

—¿Y cómo querías que acabara, Matt?

Me lanza una mirada y estoy segura de que lo único que puede ver es la rabia en mis ojos. —Tu carrera nos estaba matando. ¿Por qué no podías verlo? Ponías tu escritura por encima de mí. Pospusiste la boda. ¡Ya no te importaba nada! En cuanto empecé a enviarte correos como IWriteAlone, pensé que podría hacerte comprender de algún modo lo que estabas haciendo. Hacer que te dieras cuenta de lo que teníamos. Finalmente, dejaste de escribir y volvimos a estar mejor.

Suelto un bufido. —¿Mejor? Apenas podía salir de casa.

La voz distante de Cole resuena en el pasillo desde la planta baja. —¿Estáis bien ahí arriba?

—¡No, no lo estamos, Cole! —grito sin dejar de mirar a mi prometido—. El último año ha sido un infierno para mí. ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Porque tenías miedo de que te dejara?

—Después de que lo dejaras, mejoramos.

—¿Mejoramos? —digo, sorprendida—. Te liaste con aquella chica del trabajo.

Matt vuelve a bajar la cabeza. —Te lo conté aquella noche. No podía ocultarte ese secreto.

—¿Pero no tuviste problemas para ocultarme que fuiste tú quien arruinó mi vida siendo mi acosador? Si lo hiciste todo por mí, ¿por qué me engañaste?

—Estaba molesto por todo. Después de lo que pasó, estabas distinta. Intenté animarte para que aceptaras la terapia que te ofreció la editorial, pero te negaste.

Suelto un simple *ja*. —¿Así que tu respuesta a que yo sufriera una crisis nerviosa por el trauma que tú me causaste fue liarte con otra persona?

Matt me ignora. —Te quiero, Sidney. Solo quería casarme contigo. No me importa que te hayas convertido en una escritora famosa. Nada de eso me importa. Quiero que estemos juntos y seamos felices. Escribir te estaba haciendo desgraciada: largas noches, todas las correcciones con la editorial, todas las exigencias de las giras. Te estabas convirtiendo en otra persona.

Niego con la cabeza. —Así que intentaste convertirme en algo que pudieras controlar. —Aprieto los dientes y cierro el puño—. No puedo creerlo. Usaste a IWriteAlone para controlarme. —Mientras lo digo, caigo en la cuenta—. Y querías controlarme de nuevo. En cuanto viste que empezaba a escribir otra vez, de repente IWriteAlone envió otro correo.

Matt mira por toda la habitación, haciendo lo posible por no mirarme a los ojos. —No pretendía que esto se me fuera de las manos.

—No te importó lo mucho que IWriteAlone me destrozó. Casi abandono algo que amo hacer por culpa de lo que hiciste. Temblaba

de forma incontrolada solo de pensar en el acosador. Apenas podía valerme por mí misma como persona por tu culpa. Casi pierdo la cordura, y todo fue por ti. Porque querías controlarme.

—Solo quería que me quisieras —dice Matt, intentando acercarse a mí.

Respiro hondo y miro a mi prometido. Tiene los ojos llorosos. Sus brazos me buscan. Normalmente, no desearía nada más que sentir su abrazo. Refugiarme en su calor. Sentir su amor.

Todo era mentira.

Doy un paso adelante y le doy una bofetada con la fuerza suficiente para que gire la cara. Se tapa la mejilla y me mira, conmocionado. Me quito el anillo del dedo y lo tiro a sus pies.

—Hemos terminado.

CAPÍTULO 37

—¿Qué está pasando aquí arriba? —pregunta Cole. Me giro y lo veo de pie en la puerta.

—He acabado con todos. —Camino hacia Cole, pero él no se mueve—. Quítate de mi camino —digo con frialdad.

Esta vez me hace caso. Da un paso atrás y salgo de la habitación, pasillo abajo.

—¿Adónde vas? —pregunta Cole.

—Necesito una copa —digo mientras me dirijo a las escaleras.

Paso junto a Tess en la cocina. Me mira con los ojos como platos. —¿Está todo bien?

Respiro hondo. —No, no lo está. —Siento que se me saltan las lágrimas—. ¿Te importa si cojo una botella de vino? Tess me mira horrorizada. No responde. Estoy segura de que la expresión de rabia y llanto que tengo en la cara basta para amedrentar a cualquiera.

Paso de largo y bajo las escaleras. Un ligero olor a polvo me golpea al echar un vistazo al sótano sin acabar. Pilas de cajas forman un camino que conduce a la bodega.

Al pasar junto a una de las cajas, veo un teléfono inalámbrico dentro. Sonrío. Por supuesto, el teléfono estaba abajo.

Eso ya no importa. Empujo las puertas de madera de la bodega. La habitación está tenuemente iluminada, con estanterías de caoba llenas de botellas.

Tess me había dicho que sus padres estaban haciendo reformas y me pregunté a qué se refería. Por muy bonita que fuera la casa, con su lujosa ubicación junto al lago, todo en el interior estaba algo anticuado: las paredes con paneles de madera en los dormitorios de arriba y la cocina empapelada.

Al mirar la bodega recién instalada, veo por dónde empezaron sus padres las reformas.

Cuando abro la puerta de la bodega, me llega un hedor. Insoportable. Quiero marcharme, pero en su lugar busco una botella de vino. No me voy a ir sin algo que beber.

La puerta de la bodega se abre de nuevo. Me giro y veo a Matt. Está pálido. Nada más entrar, se tapa la cara.

—Huele fatal —dice—. Me mira—. Lo siento. Sé que con eso no basta. Sé que no confías en mí.

—No volveré a confiar en ti... nunca más.

Él asimila mis palabras. —Lo entiendo. Quiero que hablemos más de esto cuando volvamos a la ciudad.

Suelto una risa seca. —No hay nada de qué hablar, Matt. Se acabó.

—¿Has llamado para que vengan a buscarnos?

—Tú mismo —digo, examinando algunas de las botellas—. Encuentro una que tiene un montón de polvo. La saco del estante y miro la etiqueta. Parece antigua, sofisticada y es un cabernet sauvignon. Perfecto. Hay un teléfono en una de las cajas del sótano. Llama tú.

—¿Y la pistola?

Por supuesto, el vino no es de los que tienen tapón de rosca. Una parte de mí quiere estrellarlo contra el estante de la bodega para abrirlo y probarlo. Busco entre las otras botellas con la esperanza de encontrar una que pueda abrir. No quiero ponerme a buscar un sacacorchos en la cocina de Tess.

—No he cogido la pistola, Matt, pero tú ya sabes dónde está.

Matt da un paso hacia mí. —Tenemos que irnos de aquí.

—Me da igual lo que hagas —le suelto—. Saco una botella del estante y, para mi alivio, es de las que puedo abrir. Desenrosco rápidamente el tapón y doy un sorbo.

—Aquí pasa algo raro —dice Matt.

—Pasan un montón de cosas raras —respondo. Me giro hacia él—. Ya lo pillo. Con razón no tenías miedo de que IWriteAlone nos encontrara en el bosque. Lo de rajar las ruedas me parece un poco

excesivo. —Doy otro trago de la botella de vino y pongo cara de asco al terminar.

—Yo no he rajado las ruedas.

Me encaro con él. —¿Cómo voy a creerte? Sigues intentando manipularme. Controlarme. Asustarme todavía más. He terminado con el miedo. He terminado contigo.

El rostro de Matt se pone aún más pálido. Se queda con la boca abierta. Lo miro fijamente, con los ojos llenos de rabia, y no entiendo por qué ni siquiera me devuelve la mirada. Sus ojos se abren de par en par mientras sigue mirando a mis espaldas.

Me doy la vuelta y me doy cuenta de qué ha captado su atención.

Asomando por el estante, en el hueco vacío de donde he cogido la botella de vino, hay una mano.

CAPÍTULO 38

Miro más de cerca. La mano está pálida, pero la piel en la base de las uñas está oscura. El brazo conduce a un espacio entre la pared del fondo y el botellero. Al mirar a través del estante, veo un rostro. Un hombre corpulento con un fino bigote. Lo reconozco de inmediato por las fotos.

—Es el padre de Tess —digo—. Es su madre también. —Me acerco más y, a través de las botellas y la madera, veo el segundo cuerpo.

Vuelvo la vista hacia Matt. Sigue con los ojos muy abiertos, pero consigue articular palabra.

—¿Qué hacemos?

Suelto el aire.

—La pistola. Tal como has dicho. Vamos a por ella. Hay un teléfono en una de las cajas de aquí abajo. En cuanto tengamos el arma, llamamos al 112.

—¿Y si ya tienen una pistola? —dice Matt.

Bajo la cabeza.

—Seguía en el cajón cuando estaba arriba. —Ambos miramos hacia el techo al oír pasos que cruzan la planta baja sobre nosotros.

—Tenemos que actuar rápido —digo—. Tú ocúpate de Cole. Si Tess se acerca, yo me encargaré de ella.

—¿Ocuparme de Cole?

Le entrego una de las botellas de vino y yo sujeto otra con fuerza.

—Solo mantenlo ocupado si es necesario. Necesito tiempo suficiente para llegar al despacho.

Matt me mira. Las lágrimas le corren por la cara.

—¿Qué le pasa a esta gente? —respira hondo—. Lo siento, Sidney. Por todo... Te quiero.

Siento que se me revuelve el estómago. No estoy segura de si es por el miedo o por la traición de Matt. Todo es abrumador. Pienso en los personajes de mis libros. Tenemos que mantener la cabeza fría durante todo esto. Matt ya está a punto de perder los nervios.

—Hablaremos cuando salgamos de aquí —digo. Abro la puerta de la bodega y Matt me sigue a regañadientes.

Señalo una caja mientras avanzamos.

—Ahí está el teléfono. —Matt asiente.

Al acercarnos a las escaleras, noto que le tiembla tanto la mano que la botella de vino casi se le cae de su flojo agarre. Pongo mi mano sobre la suya. Nuestros ojos se encuentran. Inspiro profundamente y él hace lo mismo.

Quiero decirle cuánto lo quiero. Quiero decirle que saldremos de esta. Que encontraremos la forma de irnos de aquí. No estoy segura de que ninguna de esas afirmaciones sea cierta.

Doy el primer paso escaleras arriba y Cole aparece en el umbral. Nos mira fijamente desde arriba y sonríe con suficiencia.

CAPÍTULO 39

Miro hacia atrás, a Matt, que parece estar incluso más asustado que yo.

—Dos botellas —se ríe Cole—. Un par de alcohólicos. Creo que tendré que cobraros el servicio de mesa. —La sonrisa de Cole se ensancha mientras subimos las escaleras.

De repente, Matt me empuja a un lado y arremete contra Cole. Levanta la botella que tiene en la mano y la estampa contra el hombro de Cole, pero falla el golpe por poco, a escasos centímetros de su cabeza. La botella se rompe, cortándole la mano a Matt. Cole grita cuando se le abre la herida y la sangre empieza a calar a través de la camisa. Matt, sin inmutarse por su propia lesión, agarra lo que queda de la botella rota e intenta apuñalarlo.

Cole suelta un alarido y atrapa la mano de Matt. Empuja a Matt con fuerza contra la pared, a punto de lanzarlo escaleras abajo. Cole se quita a Matt de encima con facilidad. Mientras Matt cae al suelo, subo rápidamente los peldaños. Matt se levanta a toda prisa y lanza un tajo hacia Cole con la botella, abriéndole una herida en la mano.

Cole da un paso atrás, mirándose el corte y tocándose el hombro. —¿¡Pero qué estás haciendo!? —grita. Le arrebata la botella a Matt, forzándole los dedos hacia atrás hasta que oigo un crujido perfectamente audible.

Me quedo boquiabierta mientras mi prometido chilla de dolor. Miro hacia la cocina, donde Tess contempla a los dos hombres con una expresión de espanto igual a la mía. Junto a ella hay un juego de cuchillos de cocina. Doy un paso hacia ella y Tess levanta los brazos para cubrirse el rostro. Por suerte, no los coge.

—¡Arriba! —me grita Matt—. ¡Vete!

Antes de que pueda hacerlo, Cole estampa a Matt contra el suelo con violencia. Al caer, la pierna de Matt se retuerce contra una mesita auxiliar. Grita de dolor. Matt intenta levantarse, pero no puede.

Ahora Cole me mira a mí. Subo las escaleras a trompicones, pero él me persigue, me agarra por la parte trasera de la camisa y tira de mí hacia abajo con facilidad.

—¿Qué creéis que hacéis? —grita—. ¿Qué os pasa a vosotros dos?

Matt se arrastra por el suelo. —¡Mi tobillo!

—Necesita ayuda —digo—. Por favor, déjanos ir. ¡Solo déjanos marchar!

Cole se ríe. —Parad de una vez. Los dos. —Se mira los cortes. Se ríe, encontrando todo esto divertido de alguna manera.

—Solo déjanos ir —le digo a Cole.

Él me mira pero no responde. —Esto ha llegado demasiado lejos —dice. Mira a Tess, que tiene el rostro tan aterrorizado como el mío.

Matt intenta ponerse de pie, pero vuelve a desplomarse en el suelo y lanza un lamento.

—No nos mates —digo.

Cole se vuelve hacia mí con una sonrisa perversa que crece en su rostro. —¿Mataros?

Miro a Tess. —Tus padres. Están en el sótano. Muertos.

Tess mira a Cole. —¿Qué?

Cole arquea las cejas. Mira a su novia y luego se vuelve hacia mí. —Ya he tenido suficiente de ti.

Tess se tapa la cara y se da la vuelta. Típico de Tess.

—¡Tess! —le grito—. ¡Por favor!

Cole me agarra de la camisa y me arrastra por la habitación.

—¡Déjala en paz! —grita Matt desde el suelo.

Suelto un suspiro entrecortado. —Necesita un médico.

Tess se ríe, de espaldas, todavía mirando por la ventana. Empieza con una risita contenida, hasta que se convierte en una risotada a pleno pulmón.

—Por favor —digo. La risa de Tess se vuelve más fuerte. Cole la mira, tan confundido como yo.

Ella se vuelve hacia mí y lanza una mirada a su novio. —Cole, ¿no eres tú el médico? ¿Por qué no ayudas al pobre Matt?

Cole arquea una ceja. —Tess, para.

—Ah, se me olvidaba —dice ella, ladeando la cabeza—. Eso era mentira. —Se acerca a Cole y a mí—. ¡No has dicho más que mentiras desde que te conocí! —Prosigue, señalando a Cole—. ¡No has cumplido nada de lo que me prometiste!

—¡Tess! —grita Cole—. Yo me encargo de esto. Aún podemos hacer que funcione. —Cole me mira de nuevo—. ¿Has dicho que los padres de Tess están en el sótano?

De repente, Tess saca un enorme cuchillo de cocina de detrás de la espalda. Arremete contra Cole, lo agarra por el hombro y le clava el cuchillo en la espalda una y otra vez. Cole grita y chilla con cada golpe hasta que cae desplomado al suelo.

—¡Mentiras! —grita Tess mientras patea su cuerpo en el suelo —. ¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras! —Su cuerpo se estremece y poco después deja de moverse por completo. Tess se aparta el pelo con el cuchillo manchado de rojo. La sangre le gotea de los dedos.

Me mira. —Estaba empezando a hartarme.

CAPÍTULO 40

Tess echa la cabeza hacia atrás y grita con rabia. Empieza a darle patadas al cuerpo sin vida de Cole una y otra vez. —¡Se suponía que iba a ser un fin de semana divertido, Cole! ¡Dijiste que la conocías, Cole! —se detiene para recuperar el aliento—. ¡Mírate ahora! Tess oye a Matt moverse en el suelo. ¡Ni se te ocurra moverte! Levanta el cuchillo en el aire, apuntándole. Y tú —dice, apuntándome a mí ahora—, no hagas ninguna estupidez. Cole se ha buscado esto con sus mentiras. No le acompañes.

Tess pasa por encima del cuerpo de Cole. Me quedo paralizada mientras veo cómo Tess se transforma de una mujer callada y tímida en una asesina despiadada.

Miro a Matt, que tiene la misma expresión. Entonces me indica con la mirada las escaleras.

Tess se vuelve hacia mí y sonríe. —¿Qué estás escondiendo? —pregunta. Se pone el cuchillo ensangrentado en la barbilla como si estuviera sumida en sus pensamientos, dejándose una mancha de la sangre de Cole en la cara. —¿Qué hay arriba?

Recobro el juicio y me giro, a punto de echar a correr, cuando Tess grita: —¡Él será el siguiente! Me detengo y miro a Matt. —Ni lo pienses —dice ella.

Dejo de moverme y bajo la cabeza. Le suplico: —Para ya con esto, Tess. Solo queremos irnos. Buscar un médico. Solo queremos marcharnos, ¿vale?

Tess no se inmuta. —Baja las escaleras. Como no me muevo, grita: —¡Ahora! Su voz tímida se ha vuelto mucho más profunda de repente.

Hago lo que dice. Utiliza la amenaza del cuchillo para guiarme lejos de la escalera. —Si corres, mataré a tu prometido. Me apunta

al pecho con el cuchillo. —Simplemente no corras —susurra—. Ahora, ¿qué estás escondiendo?

Respiro hondo. —Solo queremos irnos.

—Eso no va a pasar de momento —dice con frialdad—. ¿Está en vuestras maletas? ¿Qué tenéis?

—¡Déjanos en paz! —grita Matt.

Tess lo ignora. —Voy a encontrarlo, Sidney.

La miro a los ojos y todo lo que veo son dos orbes azules brillantes de pura locura devolviéndome la mirada. —Nada —digo—. Que piense que está en nuestras maletas.

Tess sube unos cuantos peldaños. —Los dos, seguidme.

—¡Mi pierna! —grita Matt.

—¡A rastras! —le grita Tess.

Tess me apunta al pecho con el cuchillo, haciéndole saber a Matt que habla en serio. Él hace lo que ella le exige y se mueve lentamente hacia las escaleras. Ella nos guía despacio por la escalera hasta que estamos frente a la puerta de nuestro dormitorio. La abre y le hace un gesto a Matt.

—Ve gateando hasta la cama —dice.

De nuevo, Matt obedece. Ella lo vigila atentamente por si intenta hacer algún movimiento. Mientras pasa a nuestro lado, Tess mantiene el cuchillo a un par de centímetros de mi pecho. Veo en sus ojos que no se lo pensaría dos veces antes de clavármelo.

Cuando Matt está en la cama, Tess me ordena sentarme allí también. Me siento al lado de Matt, abrazándolo con fuerza.

Tess sonríe al entrar en nuestra habitación. Sigue apuntándonos con el cuchillo mientras se acerca a nuestro equipaje. Vacía todo el contenido de ambas maletas en el suelo y empieza a rebuscar entre las cosas con los pies, vigilándonos para asegurarse de que no nos movemos.

Matt hace un gesto hacia la puerta. Sé lo que quiere que haga. Correr. Coger la pistola. Si lo hago, ella podría matarlo. ¿Y si me alcanza antes de que yo pueda llegar? Es demasiado arriesgado.

—¿Qué estás escondiendo? —dice Tess. Exhala profundamente —. Voy a apuntarte con el cuchillo. Lo averiguaré, Sidney. Vosotros dos tramáis algo.

—¿Qué vas a hacer con nosotros? —dice Matt.

Tess esboza una leve sonrisa. —Vamos a continuar con lo que siempre quise hacer. Pasar un gran fin de semana juntos. Baja el cuchillo a su costado y sale al pasillo. Cierra la puerta tras de sí y oigo un clic.

¿Ha echado la llave?

Me levanto rápidamente de la cama e intento abrir la puerta del dormitorio, pero no cede. Nos ha encerrado con llave desde fuera.

CAPÍTULO 41

Permanecemos atrapados dentro de la habitación durante lo que parecen horas. De vez en cuando oímos pasos al otro lado de la puerta. Está buscando lo que cree que Matt y yo estamos escondiendo.

Espero a que Tess abra la puerta con la pistola en la mano y una sonrisa malvada en el rostro. Por suerte, los crujidos pasan de largo ante nuestra habitación.

El crujido de la madera se hace más distante a medida que ella baja las escaleras. Me levanto de la cama y tiro de la puerta, intentando abrirla. Sé que mi esfuerzo es inútil, pero no sé qué más hacer. Pronto se hará de noche.

¿Acaso Tess espera que pasemos la noche en nuestra nueva prisión? ¿Nos dará comida? ¿Agua?

¿Por qué nos hace esto?

Después de asesinar a Cole delante de nosotros, gritó que él le había mentido. Que él afirmaba conocerme mejor.

Sea lo que sea que esté pasando, es por mi culpa que estamos atrapados aquí.

Miro a Matt. Mientras yace en la cama, se palpa la pierna y hace muecas de dolor ante el más mínimo contacto.

—¿Cómo de grave es? —pregunto.

Él asiente. —Grave. Me torcí el tobillo cuando era un crío jugando al baloncesto. Esto es mucho peor. Podría estar rota. —Frunce los labios y se queda mirando su pierna, asimilando sus propias palabras, sabiendo que no puede hacer nada al respecto.

Intento abrir la puerta de nuevo y empiezo a aporrearla. —¡Déjanos salir!

—Déjalo ya —dice Matt. Respira hondo y vuelve a hacer una mueca.

Oigo ruidos amortiguados desde fuera. Gruñidos cortos que vienen de la planta baja.

—¿Qué está haciendo? —digo mientras pego la oreja a la puerta. Oigo más gruñidos seguidos de varios golpes secos. Cuando los sonidos cesan, aparto la oreja de la puerta y miro a Matt.

La luz brilla a través de la pequeña ventana. Es estrecha, pero creo que podría colarme por ella. Miro hacia abajo y recuerdo por qué descarté esa opción. Es una caída libre hasta el suelo. Los dos acabaremos con las piernas rotas si lo intento. Tess me encontrará fácilmente.

Además, Matt no podrá pasar por la ventana. Pero quizá valga la pena intentarlo.

Me vuelvo hacia Matt. —Si consigo pasar por la ventana, puedo colarme en la casa y coger la pistola. Aún no la ha encontrado. Cuanto más esperemos, más probabilidades habrá de que la encuentre.

Matt me hace gestos para que hable más bajo. —No. Demasiado arriesgado.

—¿Entonces qué? —pregunto—. No podemos quedarnos aquí.

Él baja la cabeza. —Lo siento muchísimo, Sidney. Lo siento. —Matt empieza a derrumbarse ahora. Se cubre la cara y tiembla en la cama.

—Matt —le digo mientras me siento a su lado—, ahora no. Tenemos que mantener la cabeza fría si queremos salir de esta.

Él me mira. —No voy a lograrlo.

—¡Basta! Sí que lo harás.

Vuelve a bajar la cabeza. —Si encuentras una salida, aprovéchala y huye.

—No te voy a dejar —le digo acariciándole el pecho—. Vamos a salir de aquí. —Le cojo la mano—. Y luego voy a enfadarme muy en serio contigo.

Me dedica una ligera sonrisa. —No te merezco. Lo que te hice es lo peor que un hombre puede hacerle a alguien a quien ama. Tienes razón. Te estaba controlando. Peor aún. Anulándote. Pensaba

solo en mí mismo. Es todo lo que hago siempre. Me merezco esto... No estaríamos aquí ahora mismo si no fuera por mí.

—Esto no es culpa tuya. Cole hizo esto. Tess. Ellos planearon esto. Desde el momento en que llegamos a su casa, no pensaban dejarnos marchar.

—No puedo dejar de pensar en esos cuerpos del sótano —dice Matt—. Nos va a poner allí abajo también, ¿verdad? —No respondo —. Lo siento muchísimo, Sidney.

—Vamos a encontrar una solución. No pierdas la fe. Todavía no.

—Ha matado a sus propios padres —dice Matt, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Ha asesinado a Cole. Es obvio que somos los siguientes. No vamos a salir de aquí.

—¡Para ya! Podemos...

Unos golpes en la puerta me sobresaltan. Tanto Matt como yo nos quedamos paralizados mientras se abre lentamente. Tess me mira fijamente, todavía con el cuchillo firmemente sujeto en la mano. Casi suelto un suspiro de alivio al saber que no tiene la pistola. Todavía hay una oportunidad. Solo tengo que esperar mi momento para cogerla.

—Sidney —dice con voz suave—. Tenemos que hablar. —Me hace un gesto con el cuchillo ensangrentado para que salga de la habitación. Mira a Matt—. Cosas de chicas. Lo siento. —A medida que su sonrisa se ensancha, también lo hacen los ojos de Matt. Tess está completamente loca.

CAPÍTULO 42

Tess me indica con un gesto que salga de la habitación. Matt me mira con los ojos como platos. Debe de estar preguntándose lo mismo que yo. ¿Qué puede querer Tess de mí? ¿Volveré? ¿Volveré a ver a Matt alguna vez?

Me levanto de la cama y salgo al pasillo. Tess mantiene una mano apretada con fuerza en el cuchillo de cocina, apuntándome, y cierra la puerta del dormitorio echando la llave.

—Baja las escaleras —exige.

Hago lo que me dice. Tess mantiene el cuchillo cerca de mi espalda. Pienso en Cole y en la expresión de asombro de su rostro cuando su novia se lo clavó. Ahora ella está detrás de mí, probablemente igual de dispuesta a hacer lo mismo.

Cierro los ojos al llegar a la planta principal. El cuerpo sin vida de Cole es lo último que quiero volver a ver. El corazón se me acelera al darme cuenta de que pronto me uniré a él si Matt y yo no logramos escapar de este lugar.

Abro un poco los ojos para asegurarme de no tropezar con su cadáver. Cuando lo hago, ya no está en el suelo. El cuerpo ha desaparecido.

Un fresco olor a cítricos me llega a la nariz. Hay una fregona y un cubo apoyados contra la pared. El agua de su interior tiene un tinte rojo. El suelo de madera aún está mojado a mis pies.

—Hablemos en el salón —dice Tess—. He subido una botella de vino. No me muevo. Sigo mirando el suelo limpio con estupor. Hace solo unas horas, había un cuerpo allí. El de Cole. Ahora no está. Como si nunca hubiera ocurrido.

—Cole está ahora en la bodega —dice Tess. La miro sorprendida y ella me devuelve la sonrisa. —Por favor —dice,

señalando los sofás.

Miro hacia las escaleras. Si corro hacia el despacho, podría cerrar la puerta y coger la pistola antes de que ella tenga oportunidad de atraparme. ¿Tendría tiempo suficiente para llegar hasta Matt antes de que ella le hiciera daño? La sonrisa psicótica que muestra Tess me dice que no dudará en volver a matar.

Incluso si llegara a la pistola, ¿sería capaz de apretar el gatillo?

Hago lo que me dice y me siento en el sofá. Ella se sienta en un sillón frente a mí, más cerca de las escaleras.

—Me alegra que por fin podamos hablar —dice Tess—. Desde que viniste aquí, es lo único que he querido hacer contigo. Hablar. Conocerte. Conocer a la maestra de la narración que ideó mi libro favorito: *Mi vida como asesina*. —Sacude la cabeza—. Tu protagonista, Tracy, era tan inspiradora.

¿Inspiradora? El personaje era una asesina. Mataba de forma indiscriminada. No se suponía que debieras apoyarla.

Tess arquea las cejas. —Debo decir, sin embargo, que te equivocaste totalmente con esa parte del azúcar hirviendo. Una persona no muere al instante cuando le echan encima una olla de azúcar hirviendo. Se tarda un tiempo, un tiempo insoportable, en morir por eso. Después de leer esa escena en tu libro, tuve que probarlo por mí misma. El destinatario probablemente desearía que hubieras investigado mejor y que hubiera sido una muerte rápida como explicaste.

Me quedo boquiabierta. ¿Tess asesinó a alguien de la misma forma que describí en mi libro? Había muchas escenas de asesinatos en esa novela. ¿Cuántas otras escenas intentó recrear? Se me abren los ojos de par en par al darme cuenta de que podría probar otra con Matt o conmigo.

—Aun así —dice juguetona—, tus imprecisiones no le restaron valor a la historia, por supuesto.

Respiro hondo. —Entonces —digo, logrando encontrar las palabras—, ¿todo esto es por mi culpa?

—Por supuesto —dice Tess—. Desde que leí *Mi vida como asesina*, supe que tenía que conocerte.

—¿Por qué?

La sonrisa de Tess se desvanece. Mira hacia abajo. —Eres una maestra de la narración... Me pregunto..., ¿siempre has escrito?

Niego con la cabeza. —No. Empecé a leer cuando conocí a Cole. Libros de crímenes reales, sobre todo. Empecé a escribir mis propias historias mucho más tarde.

—Cole te inició en la lectura —dice Tess con una sutil sonrisa —. Supongo que eso fue lo único que dijo que era verdad. —Se lleva una mano al pecho—. He sido una narradora durante mucho tiempo. Mucho tiempo. Desde que era niña, de hecho. Las personas que encontraste en la bodega no son mis verdaderos padres. —Sacude la cabeza—. No. Mis padres no eran del tipo cariñoso. Me hacían daño. Iba al colegio y escuchaba asombrada las historias de otros alumnos sobre lo que hacían con su padre y su madre. Yo nunca tuve esa experiencia. —Sonríe—. No me merecía eso. Aún recuerdo cómo jugaba con mis muñecos e imaginaba cómo debía de ser una familia. Tenía mi padre Ken, mi madre Barbie y una Barbie más pequeña para mí. Cuando estaba en mi habitación, sola, fingía. Inventaba escenarios donde las Barbies tenían la familia perfecta. La vida perfecta juntos.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunto.

—¡A eso voy! —grita Tess con tono brusco. Se suaviza de inmediato—. Esto es importante. —Sacude la cabeza y se levanta de su asiento, luego se acerca a mí, con el cuchillo apuntando hacia mi cara. Se inclina hacia mí y coge una botella de vino de la mesa auxiliar. Ya está abierta. Sirve dos copas y me da una. Vuelve a sentarse en la silla y da un sorbo.

—Adelante —dice. Cuando no lo hago, se ríe—. No le he hecho nada a tu bebida, Sidney. Me has visto servirla. —Respiro hondo, intentando comprender qué está pasando, cuando vuelve a gritar—: ¡Bebe! —Doy un sorbo rápidamente, observándola a ella y el cuchillo que balancea en la mano.

Imagino arrojarle la copa de vino. Sería una buena distracción. ¿Me daría tiempo suficiente? La pistola está tan cerca, pero parece inalcanzable.

Solo necesito unos segundos y podré llegar a ella. Sin embargo, ¿cómo se usa? Con todo lo que he escrito sobre crímenes,

uno pensaría que sé cómo manejar un arma adecuadamente.

—¿Por dónde iba? —dice Tess—. Ah, sí, mi infancia. Malos padres. Ya captas la idea. A los dieciocho años ya no me aguantaban más. Era un sentimiento mutuo. Me echaron a la calle sin nada. ¡Sin nada! ¿Quién hace eso? —Resopla—. Pero volví. Primero me encargué de ellos. La policía nunca los encontró. A mí tampoco me encontraron. Para ellos, Tess Simmons desapareció con su familia. Poco después, encontré una nueva casa donde quedarme. Por desgracia, ya vivía gente en mi nueva casa, así que tuvieron que irse. La policía tampoco los encontró nunca. Me inventé una nueva historia sobre quién era, igual que hacía con mis muñecas. Actué como si fuera otra persona. Me inventé una vida nueva. Una identidad nueva. Cada vez que sentía que la gente se daba cuenta de mis mentiras, me mudaba a un nuevo pueblo o ciudad. Muchas historias después, encontré esta casa. Era perfecta. Dos personas vivían aquí. Por supuesto, tuvieron que irse. Este iba a ser mi nuevo hogar. Mi nueva historia. Esta Tess Simmons era diferente a las demás. —Mira la foto familiar de la pareja que vivía aquí y la niña pequeña. Yo había asumido que era Tess la de la foto.

—Nunca conocí a la niña de la foto —dice Tess—. Imaginé que vendría de visita en algún momento y que tendría que añadir otro cuerpo a la bodega. Pero nunca vino... Supongo que a ella tampoco le gustaban sus padres. —Sonríe.

Me tiembla el labio inferior ante la idea. ¿A cuánta gente ha matado Tess exactamente? ¿Cuántas vidas fingidas diferentes ha tenido? ¿Cuántas historias se ha inventado para sí misma?

—Sabía que era una mala persona —continúa Tess—. Lo que estaba haciendo estaba mal. Por mucho que me comprometiera con mi nueva historia, sabía que no estaba bien.— Se golpea el lateral de la cabeza—. Incluso pensé en poner fin a mi historia, permanentemente. Entonces leí tu libro. Me obsesioné. Tu protagonista, Tracy Macher. Era igual que yo. La comprendía. Lo pillé. Y tú también. Tú la escribiste. Ella era la protagonista y la escribiste muy bien. Era como si entendieras lo que era ser alguien como yo. Fue entonces cuando supe que estábamos destinadas a

conocernos. Ya no me sentía triste. En mi momento de duda, cuando estaba en lo más bajo, te encontré. Tenía que ser así. Tess sonríe.

—¿Qué tenía que ser así? —pregunto.

—¡Lo nuestro! —exclama ella—. Tras leer y releer tu libro, busqué en internet. Descubrí muchísimas cosas sobre ti. Esperaba conocerte en persona, pero nunca hacías firmas de libros. Nunca tuve la oportunidad. Incluso te escribí. Debí de enviarte una docena de correos electrónicos, pero nunca me respondiste. Estaba desanimada. Te admiraba tanto y esperaba solo una pequeña respuesta. Cualquier cosa.—

Respira hondo. —Debo admitir que al principio me lo tomé como algo personal, pero seguía obsesionada con conocerte. Era muy activa en un foro de seguidores tuyos. Uno de los usuarios me llamó la atención de inmediato. Decía que erais amigos íntimos.

—Cole —susurro.

Tess frunce los labios. —Te dije que nos conocimos por internet. Cole y yo nos enviamos mensajes privados durante meses. Era un hombre tan interesante. Contaba muchísimas cosas sobre sí mismo. Dijo que tú y él seguíais hablando. Dijo que era médico. Rico. Cuando nos conocimos en persona, no podía creer el partidazo que parecía ser Cole.— Mira hacia las escaleras del sótano—. Tantas mentiras, sin embargo. Da un sorbo de vino y me mira. —Descubrí que no era médico. Luego me dijo que estaba en la facultad de Medicina. Descubrí que también era mentira. Descubrí que estaba arruinado. No tenía ni un céntimo.— Resopla—. Pero me dijo que podía organizar nuestro encuentro. Ninguna de sus mentiras me importaba si esa parte era cierta. Incluso me enseñó una foto vuestra de un fotomatón que os hicisteis cuando erais más jóvenes. Le creí… Lo único en lo que no mintió fue en su físico. Era guapo, pero tonto. Podía manipularlo fácilmente creando una historia y actuando. Yo era la Tess tímida. Una mujer sumisa que alababa a Cole por las mentiras que me contaba. No me importaba hacerme la mosquita muerta. Él se sentía cómodo cuando sentía que tenía el control… Aguanté mucho de él para poder llegar a ti.— Da otro sorbo de vino y se ríe—. Empezaba a creer que la única utilidad que tenía Cole era cuando se quitaba la ropa.

Pienso en cómo lo asesinó con tanta frialdad. Me tapo la cara. —No puedo hablar más de él. Por favor.

Tess sonríe. —Iba a matarlo. Me había contado mentira tras mentira. Prometió que podía convencer a su íntima amiga, a ti, para pasar el fin de semana con nosotros en la casa del lago. Le creí. Os vigilamos en la convención. Vimos tu discurso de apertura. Os seguimos en el hotel y a donde fuiste a cenar y nos unimos a vosotros. Cole te convenció para que te sentaras con nosotros. Te ofreció alojarte en la casa… y tú te negaste. Me puse tan furiosa. Discutimos. No pudo hacer la única cosa que dijo que podía. La única razón que tenía para mantenerlo a mi lado, y falló. ¡Pero luego me dijo que venías!— Tess sonríe—. Como dije, fue el destino. Pero luego viniste a la casa y era evidente que no estabas contenta. Querías irte. Cole y yo volvimos a discutir. Podría haberlo matado esa misma noche, pero al día siguiente aceptaste quedarte. ¡Mejor aún, empezaste a escribir de nuevo, a escribir sobre mí!— Sacude la cabeza y sonríe—. Cole nunca supo nada de mi pasado. Al menos, no mi pasado real. Nunca conoció a la verdadera Tess Simmons. Solo a la que yo me inventé. A mi yo falso.

Me llevo el vino a los labios y doy un sorbo. Normalmente me temblarían las manos, pero por alguna razón no es así. Están firmes mientras asimilo todos los terribles detalles que Tess comparte.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto—. ¿Por qué me cuentas esto?

—Para que conozcas a mi *verdadero* yo —dice con una sonrisa —. No sabes lo que significa para mí que estés aquí. La autora que escribió a Tracy Macher. Una mujer ficticia que me ayudó a superar momentos difíciles. No sabías qué impacto tuvo ella en mí. Ahora estás escribiendo una historia y usándome como inspiración..., pero está basada en una mentira. Respira hondo—. Necesito que sepas quién soy realmente. Ayudará con tu libro.

—¿Mi libro? ¿Me mantienes con vida para que escriba una historia sobre ti?

Ella asiente. —Imagina lo que sería una Tracy Macher de la vida real para los lectores. El mundo necesita mi historia. Tú eres la indicada para escribirla. Tiene que ser así, Sidney.

Pienso en la pistola del cajón del despacho. —Puedo hacerlo —digo—. ¿Y qué hay de Matt?

—No le pasará nada —dice ella—. A menos que tú quieras que pase. Ahora que sabes que él fue quien te arruinó, puedo ayudarte a vengarte. Se lleva el filo del cuchillo al labio—. Puedo hacerlo por ti.

Miro hacia abajo. —No. No le hagas daño.

—Está bien —dice Tess secamente.

—Puedo empezar ahora —digo.

Ella sacude la cabeza. —No. Aún no has investigado mucho. Me apunta con el cuchillo con una sonrisa—. Conozco tu proceso. Primero pasas meses esquematizando e investigando. Tendremos tiempo de sobra para que me comprendas. He leído que ni siquiera escribes una frase hasta que has esquematizado todo el libro en un bloc de notas. ¿Es cierto?

—No necesito nada de eso —digo—. Estoy motivada para empezar a escribir ya. Ahora mismo. Tus palabras... me han inspirado.

Tess coge su copa de vino, echa la cabeza hacia atrás y se la termina. Se levanta del sofá, con el cuchillo en la mano, y me indica que la siga. Sonrío mientras lo hago. En cuanto esté en el despacho, cogeré la pistola. Si puedo llevársela a escondidas a Matt, podremos averiguar si está cargada o no. La próxima oportunidad que tengamos, la usaremos.

Subimos las escaleras y recorremos el pasillo. Sin embargo, en lugar de ir al despacho, se detiene frente a la habitación de invitados.

—Quiero escribir ahora —le repito.

Ella me sonríe. —Sé que quieres. Pero sé lo que estás ocultando. Me quedo boquiabierta—. ¿Quieres enviar un correo electrónico pidiendo ayuda, verdad? A tu editor. A alguien más, quizá. A quien sea. Todo lo que tienes que hacer es decirles dónde estás. Me acerca el cuchillo a la cara, poniéndolo a un centímetro de mi mejilla—. Sin juegos, Sidney.

—No estoy intentando...

—¡Basta! —grita Tess—. Voy a desconectar la red. Voy a bajar el ordenador, donde pueda vigilarte.

CAPÍTULO 43

Tess me guía al interior de la habitación de invitados y cierra la puerta con llave a mis espaldas. Matt se incorpora en la cama cuando entro en el cuarto, con una leve sonrisa en el rostro.

—Me preocupaba que no fueras a volver —dice. Respira hondo —. ¿Qué ha dicho?

Me siento a su lado. —Está loca. —Lo miro—. Quiere que escriba su historia. —Niego con la cabeza—. Según ella, ha matado a mucha gente. De hecho, ha dicho que quiere que la haga famosa. Todo esto ha sido para traerme a esta casa y conseguir que haga esto. Quiere que escriba un libro entero. Planea que nos quedemos aquí durante meses.

Matt asimila mis palabras. —¿Y qué pasará cuando termines el libro?

Niego con la cabeza. —No vamos a llegar a saberlo. En cuanto pueda echarle el guante a esa pistola, la usaremos. Todavía no sabe que está ahí. Cree que estoy intentando usar mi correo electrónico para pedir ayuda a alguien.

—Tienes que marcharte —dice Matt.

Lo miro y finjo que no ha dicho nada. Camino hacia la puerta e intento abrirla. Está cerrada con llave, por supuesto. He oído a Tess echar la llave antes de irse. Empujo con el cuerpo contra la puerta y noto que se tambalea.

—¿Crees que podemos echar la puerta abajo? —pregunto—. ¿Podrías llegar hasta aquí? Podemos usar nuestro peso y arremeter contra ella.

Matt niega con la cabeza. —Llegará arriba antes de que podamos hacer nada… Tienes que marcharte.

Miro alrededor de la habitación. —Quizá pueda encontrar un arma. Ella tiene un cuchillo. Si encuentro algo, solo tendré que esperar una oportunidad.

—¡Tienes que marcharte! —grita Matt, tapándose la boca de inmediato.

Lo miro y contengo el aliento. —Matt, para. Podemos…

—No —dice en voz baja. Señala la ventana—. Tú puedes pasar por ahí. Lo sé. Tu trasero escuálido por fin va a servir para algo. —Me sonríe.

—Hay demasiada altura —digo—. Me haré tanto daño como tú si lo intento.

Matt se mueve y me muestra el edredón, que ha estado trenzando para formar una cuerda gruesa. —Usa esto para bajar todo lo posible. No te ahorrará mucha altura, pero no será una caída tan grande. Intentaré bajarte yo.

—Matt —le suplico—. Puedo…

Él levanta una mano. —Sidney, para. Yo no puedo escapar. —Se ríe—. No quepo por ahí. Pero tú sí. Cuando lo hagas, usa tu plan para sobrevivir. Tal y como me has dicho: sigue el camino de grava hasta la carretera principal. Busca ese pueblo pequeño. —Mira hacia fuera—. El sol se pondrá pronto. Tess no tiene coche. Podrás alejarte bastante antes de que se dé cuenta de que te has ido. Solo necesitas una ventaja inicial.

—Matt, no puedo dejarte.

Él me mira. —Ya me dejaste una vez. —Traga saliva con dificultad.

Bajo la cabeza. —No voy a dejarte aquí para que mueras.

Él respira hondo. —No moriré. Se distraerá cuando descubra que no estás aquí. Como has dicho, necesito una oportunidad y llegaré hasta la pistola.

—¿Vas a ir a rastras hasta la pistola? —digo, negando con la cabeza—. Eso no funcionará.

Se levanta de la cama y hace un gesto hacia la ventana. La abre en silencio y me mira. —Es hora de irse. Tráeme las sábanas.

Lo miro. Tiene los ojos empañados. Mis propias lágrimas están empezando a brotar. —Podemos trabajar juntos —digo—. No tengo

por qué dejarte aquí.

—Quiero que lo hagas. —Baja la cabeza—. Uno de los dos tiene que salir de aquí. Tienes que ser tú, Sidney. Sé que no vas a corresponderme. No me lo merezco. No te merezco a ti. No después de lo que hice. —Vuelve a respirar hondo—. Te quiero, Sidney. Te quiero muchísimo. —Las lágrimas caen ahora libremente por sus mejillas—. Necesito que lo logres. Tienes que escapar. Por favor.

Vuelve a bajar la cabeza. Paso por su lado, cojo la cuerda que ha hecho con las sábanas y le doy un extremo, mientras lanzo el otro por la ventana.

Me acerco a él y le acaricio el rostro. —Sí te quiero, Matt. Ojalá supieras cuánto te quiero. —Lo beso con suavidad.

Matt me mira y me limpia las lágrimas de la cara. Hace una mueca de dolor por la pierna. —Tienes que irte ya, Sidney.

CAPÍTULO 44

Gracias a la cuerda de Matt, estoy a menos de dos metros del suelo cuando me suelto. Me pongo en pie de inmediato, ilesa. Matt tira de la manta hacia el interior de la ventana. Se queda mirándome desde arriba y yo le devuelvo la mirada.

A través de los grandes ventanales de la planta baja, veo movimiento. Me agacho rápidamente cuando Tess cruza la habitación. Vuelvo a mirar a Matt, pero él me hace gestos para que me esconda.

Cuando vuelvo a mirar dentro, Tess está mirando por la ventana contigua a la mía hacia el lago. Durante un instante, nuestros ojos se encuentran hasta que me doy cuenta de que está mirando su propio reflejo. Se da la vuelta y camina hacia la cocina.

Suelto un suspiro. Cuando miro hacia la ventana del dormitorio de invitados, Matt ya no está allí. Tras haber estado a punto de ser descubierta por Tess, sé que tengo que irme. El plan de Matt no incluía que me vieran a los pocos minutos de escapar. Si él se tiene que quedar atrás, debe asegurarse de que sea por una buena razón. Rodeo rápidamente la casa, asegurándome de mantenerme agachada mientras lo hago. Cuando llego a la parte delantera, veo el largo camino de grava. Sin embargo, hay un campo abierto y ancho que tengo que cruzar. Existe la posibilidad de que, si corro por él, me vea. Decido dar un rodeo más largo, a través de los arbustos que bordean el camino. Tardaré más en escapar, consumiendo la preciada luz del día, pero no quiero que me descubra.

Cuando apenas puedo ver la casa del lago a través de los árboles, hago lo que puedo por trotar entre la densa maleza. Un par de veces estoy a punto de tropezar, pero consigo mantener el equilibrio. Miro hacia atrás de vez en cuando, preguntándome qué

estará pasando con Matt. ¿Tiene Tess pensado volver pronto al dormitorio de invitados? ¿Cómo reaccionará cuando lo haga?

Matt es fuerte, pero también es vulnerable con su lesión. No será muy rápido con esa pierna. Sin embargo, supera a Tess en peso por mucho. Incluso si ella intentara apuñalarle, cabe la posibilidad de que lograra defenderse. Podría reducirla.

Debería haberme quedado. ¿Por qué le he dejado? Podríamos habernos enfrentado a Tess juntos.

Pronto veo un camino de grava entre los árboles. Cuando salgo a él y miro hacia atrás, apenas alcanzo a ver la casa del lago. Además, está oscureciendo. Empiezo a correr a toda prisa por el camino, con la mente repasando todo lo que ha sucedido.

Cole fue asesinado. Tess es un monstruo. He dejado a Matt solo para que se las apañe como pueda con una pierna posiblemente rota. Las dos personas inocentes del sótano han muerto.

Aunque escape y llegue hasta las autoridades, ¿qué probabilidades hay de que Tess siga en la casa del lago para cuando yo regrese? Se marcharía. Me pasaría la vida mirando por encima del hombro hasta que la atraparan.

¿Cuántas personas más morirán por culpa de Tess?

Al menos una más. Matt.

«Me dijo que me fuera», me lo repito a mí misma. Me falta el aire y reduzco el ritmo hasta ponerme a caminar. Me detengo por completo y vuelvo a mirar hacia el camino de grava.

El plan de Matt era que yo lo dejara morir. Quería asegurarse de que yo escapara antes de intentar huir él mismo.

Cuando IWriteAlone entró en mi vida, me invadió el miedo. Apenas salía de casa. Me daba pavor seguir escribiendo. No podía enfrentarme a mi miedo.

Si huyo ahora, mi vida será para siempre como ha sido durante el último año. O peor. Puede que Matt no lo consiga. Respiro hondo varias veces, sopesando mis opciones. Vuelvo a mirar hacia el sendero que lleva a la casa.

No voy a correr más. No me voy sin Matt.

CAPÍTULO 45

A medida que me acerco a la casa del lago, veo a alguien en el campo arado que hay fuera de la casa. Tiene una linterna en la mano y la mueve frenéticamente de un lado a otro.

¿Podría ser Matt? Por un momento espero desesperadamente que lo sea, hasta que me doy cuenta de la agilidad con la que se mueve esa persona. Matt no sería capaz de eso.

Es Tess.

¿Ya ha descubierto que no estoy en la habitación? Avanzo entre los arbustos, en dirección opuesta a donde busca Tess.

Acelero el paso y me preocupa lo que le ha pasado a Matt. No puedo evitar imaginar a Tess abriendo la puerta y viendo que no estoy. La habría cerrado con llave inmediatamente. ¿Y si no lo ha hecho?

Lo único que sé ahora es que está fuera buscándome. Pero ya no está dentro de la casa. Solo tengo que llegar al despacho antes que ella.

Tess proyecta la luz hacia un árbol en mi dirección. Me quedo helada, pensando que me ha pillado, hasta que la luz se aleja de mí. Por suerte, Tess empieza a alejarse.

Bordeo la línea de árboles hasta que la puerta principal está a solo unos metros de mí. Miro de la puerta a Tess, que está en el campo. Su linterna sigue buscando cualquier señal de mi presencia.

Ahora es mi oportunidad.

Salgo disparada de entre los árboles hacia la casa. Cuando llego a los escalones, veo que la puerta principal está entreabierta. Miro hacia atrás y Tess sigue lejos en el campo y no me ha visto. Cuando termino de abrir la puerta principal con cuidado, una lata

vacía cae desde la parte superior del marco y tintinea ruidosamente en el suelo.

Tardo un momento en darme cuenta de que Tess la ha puesto ahí a propósito. Cuando me doy la vuelta, el haz de su linterna me da de lleno y ella viene corriendo hacia mí. Se me agrandan los ojos al ver que se acerca. Cierro la puerta principal de un portazo y echo la llave. Subo las escaleras corriendo y casi resbalo en el suelo mojado del pasillo.

Me doy cuenta de que la puerta de la habitación de invitados está cerrada con llave. Sin embargo, no tengo tiempo para ver cómo está Matt.

Sonrío al ver el despacho. Abro la puerta rápidamente y corro hacia el escritorio. Cuando abro el cajón, el pánico se apodera de mí.

La pistola ha desaparecido. Debe de tenerla ella. O quizá Matt ha conseguido llegar a ella primero de alguna manera.

Vuelvo al pasillo y me llega un olor a cítricos. Me doy cuenta de que Tess ha fregado el suelo. Se me cae el alma a los pies y me quedo parada ante la puerta del dormitorio de invitados. Me tomo un momento antes de abrirla y entrar.

Me tapo la boca de inmediato al verlo. Matt está despatarrado sobre la cama, inmóvil. La sangre tiñe de rojo todas las sábanas.

Tess sube las escaleras como una exhalación. Me giro para enfrentarme a su mirada fulminante cuando me ve. El cuchillo está metido en el bolsillo de sus vaqueros, con la punta de la hoja sobresaliendo. Me apunta con la pistola.

CAPÍTULO 46

—Estaba a punto de dejar de buscarte —dice Tess—. Me alegro mucho de que hayas vuelto. Ahora podemos terminar la historia.

—Lo has matado —digo. No puedo volver la vista hacia Matt. No puedo verlo de esa manera.

—Intentó hacerme daño —dice Tess—. Perdió. Murió intentando conseguir esto. —Gira la pistola hacia un lado y la observa—. No sabía lo del arma. Ya veo por qué tenías tanto interés en escribir esta noche. —Sonríe—. Ahora sé que no podré confiar plenamente en ti.

—Lo has matado —repito.

—Basta ya, Sidney —dice—. Te he hecho un favor. Me hablaste de la otra mujer. Descubriste lo que él te hizo. Te he hecho un favor. Si quieres, puedes incluirlo en el libro.

La miro fijamente. —Estás loca… No voy a escribir tu libro.

Tess me apunta con la pistola. —¿Bueno, entonces para qué me sirves? —Me la quedo mirando. Haga lo que haga, mi destino será el mismo que el de Matt. Al final, todos acabaremos en la bodega.

Tess suspira. —Mañana se te habrá pasado. Será un nuevo día. Te contaré más sobre mi historia. Pronto podrás compartirla con el mundo.

No voy a escribir ni una palabra.

Niego con la cabeza. —No me importa tu historia. —Doy un paso hacia ella, pero Tess retrocede. Sonrío al darme cuenta de que, en realidad, no quiere apretar el gatillo.

Me necesita.

—Para —dice—. Te mataré.

—Hazlo —digo—. Vas a hacerlo tarde o temprano de todos modos.

Ella sonríe con malicia. —Deja de arruinar el gran giro del libro.

—Ese no es el giro —digo. Me mira, confundida. Le devuelvo la sonrisa—. La pistola no está cargada. —Se la acerca a la cara para examinarla y, mientras lo hace, me lanzo hacia ella y la tiro al suelo. El cuchillo se le clava en el abdomen. Suelta un grito y lucho para arrebatarle el arma de la mano.

Me pongo en pie de inmediato y la apunto. Aunque he escrito muchas historias en las que aparecen armas, nunca he tenido una en las manos. Lo que sí sé es que existe un seguro. Lo veo y lo quito rápidamente. Al instante, el poder cambia de bando mientras la apunto.

Tess se ríe mientras se levanta lentamente del suelo, con el cuchillo ahora en la mano.

—Se acabó, Tess —digo.

Ella niega con la cabeza. —¡No. Ha. Terminado! —Golpea el suelo con el pie al pronunciar cada palabra—. ¡Así no es como acaba, Sidney! —Me apunta con el cuchillo—. Realmente me impresionas. Quizá esté destinado a que sea así. —Se ríe—. Se supone que el bueno gana al final de un libro, ¿verdad? El villano recibe el castigo que merece. —Baja la cabeza y me mira fijamente —. Es la mejor forma de terminar esto. —Da un paso adelante y me sonríe—. Hazlo —susurra.

Retrocedo y le apunto con la pistola. —Para ya, Tess. Esto no es una historia.

—¡Hazlo! —grita, dando otro paso. Cierra los ojos y sonríe de oreja a oreja—. Hazme famosa.

Niego con la cabeza. —¡Tess! Ya basta.

Al ver que no aprieto el gatillo, abre los ojos. La sonrisa desaparece de su rostro. Sus ojos se tensan y se clavan en los míos. Grita y empieza a correr hacia mí.

Mi dedo aprieta el gatillo sin que me dé cuenta. Tess grita cuando la bala le atraviesa el centro del pecho. Se desploma de

inmediato en el suelo. Unos instantes después, su sangre empieza a formar un charco a su alrededor.

Miro la pistola que tengo en la mano. Después de todo, sí que estaba cargada.

Hay un teléfono en una caja abajo. Tengo que llamar a la policía, pero la visión de Tess me tiene paralizada. Casi espero que vuelva a la vida como en las películas de miedo.

Me giro y vuelvo a mirar hacia el cuarto de invitados. Matt no se mueve. Se ha ido. Inspiro profundamente, tratando de decidir qué hacer a continuación.

—Sidney —llama una voz débil—. Sidney, ayúdame. —Me doy la vuelta y Tess se ha puesto de lado y me está mirando. La Tess falsa me mira ahora. La que fingía ser tímida y asustadiza. La Tess Simmons de la que me hice amiga. Alarga su mano ensangrentada hacia mí—. Por favor, Sidney.

EPÍLOGO

Vanessa me presenta ante la gran multitud, que estalla en un aplauso atronador mientras cruzo el escenario y me sitúo ante el micrófono. Espero para hablar, pero los aplausos y vítores de los lectores no hacen más que aumentar.

Disfruto del momento.

Cuando el ruido empieza a disminuir, me aclaro la garganta y respiro hondo. —Epílogo. Las autoridades tardaron más de una hora en llegar a la casa del lago. Para entonces, Tess Simmons había fallecido a causa de sus heridas.

Respiro profundamente, intentando borrar de mi mente la imagen de sus últimos momentos. —A veces me pregunto cómo habría sido mi vida si Matt y yo hubiéramos vuelto a Alberta en lugar de ir a la casa del lago. Una parte de mí sabe que yo no habría cambiado. Seguiría teniendo miedo. Miedo a IWriteAlone. Miedo a mis lectores. Miedo a volver a escribir. Miedo a dejar atrás las relaciones de mi vida que no funcionaban.

—Mi pasado tenía el control total de mi vida y de lo que hacía.

—Lo que ocurrió en la casa del lago podría haberme destruido fácilmente. Debería haberlo hecho. Pero cuando llegaron mis momentos más oscuros, me mantuve firme. Me encontré a mí misma de nuevo... Ya no tenía miedo.

Doy un paso atrás y me alejo del micrófono mientras la multitud estalla con más fuerza que antes. Varias personas empiezan a levantarse de sus asientos, seguidas por todo el público.

Mi nueva novela ha sido un éxito rotundo. En sus primeros días logró superar las ventas de *Mi vida como asesina* en su primera semana y se ha mantenido en lo más alto de las listas desde su lanzamiento hace más de seis meses.

La novela ya cuenta con muchísimos seguidores y se han adquirido los derechos para una película.

Mi editora ha hecho algo que nadie había intentado antes: una lectura completa de la novela. Invitados especiales, celebridades y autores han leído los capítulos. La editorial organizó un concurso especial en el que un fan tuvo la oportunidad de leer un capítulo corto.

El epílogo, el capítulo más corto del libro, me fue asignado a mí. Me preocupaba cómo saldría. Una parte de mí pensaba que me quedaría paralizada al hablar ante una multitud tan grande. Dados los terribles sucesos que ocurrieron en aquella casa, no estaba segura de si sería capaz de soportarlo. Estoy empezando a sorprenderme a mí misma de lo valiente que soy en realidad.

Los continuos aplausos y gritos del público me indican que he hecho un trabajo espectacular con mi pequeño capítulo y con mi libro.

Vanessa cruza el escenario y me abraza con fuerza. —¡Buen trabajo, Sidney! —me dice antes de dirigirse al micrófono.

—¡Gracias! —grita a la multitud—. Gracias por venir hoy. Esta ha sido una lectura épica de la novela de Sidney Meyers. Nunca se ha hecho nada igual, pero esta noche ha sido un éxito rotundo gracias a vosotros y, por supuesto, a la propia Sidney. —Me señala —. Por favor, brindémosle a Sidney otro aplauso.

Asiento y saludo a la multitud mientras vuelven a aplaudirme. Cuando estaba en el escenario, contemplando el mar de fans, intenté no mirar realmente a nadie en particular. Así era más fácil.

Ahora empiezo a fijarme en personas concretas del evento. Los fans se han volcado de verdad. Una mujer de la primera fila me sonríe. No puedo evitar fijarme en la camiseta negra que lleva. En ella, con letras doradas y en negrita, puede leerse: «Hazme famosa».

Vuelvo a respirar hondo. Qué macabro que el público convierta las últimas palabras de alguien a quien maté en material promocional. Me pregunto si, si buscara en Etsy, vería a unos cuantos vendedores con artículos similares.

Cuando la multitud se calma, Vanessa continúa: —Sidney estará disponible para la firma de libros durante un tiempo limitado tras el espectáculo. Por favor, pasad a visitarla al pabellón más pequeño contiguo a esta sala. Abriremos las puertas en los próximos treinta minutos. De nuevo, gracias por venir. Esta ha sido una lectura completa del nuevo libro de Sidney Meyers, *La pareja de la casa del lago*.

Abandono el escenario con Vanessa mientras el público sigue aplaudiendo. Ella se asegura inmediatamente de que la zona de firmas esté lista para los lectores.

Me siento a la mesa, con pilas de mis libros a mi lado. Un gran cartel detrás de mí muestra la portada de *La pareja de la casa del lago* con mi foto de autora.

Vanessa se acerca con una taza de café en la mano. Le doy las gracias cuando me la entrega.

—Estoy segura de que esto no es fácil, Sidney —me dice—. ¿Estás bien?

Asiento. —Perfectamente. He tenido muchas sesiones de terapia desde lo ocurrido. Me costó mucho escribir esta historia sobre mi vida. Pero lo hice. Me lo debía a mí misma. No iba a tener más miedo de mi pasado.

Vanessa me alza el pulgar mientras sale corriendo. —Por cierto —le digo, y Vanessa se vuelve hacia mí—. He recibido tu programa para las firmas de libros del mes que viene. No hay problema con ninguna de las fechas.

Vanessa sonríe. —Gracias, Sidney. —Levanta las cejas—. Creo que van a ser unos meses largos para las dos.

A los pocos minutos, Vanessa hace que el personal deje entrar a los lectores. Uno a uno, firmo sus libros, hablo con ellos y me hago fotos. Una fan en particular me llama la atención en la fila. Tiene una amplia sonrisa en la cara cuando le toca acercarse a mí.

La mujer de la camiseta de «Hazme famosa» sonríe. —Soy su mayor fan —dice. Pone una mueca—. Lo siento. Debe de ser raro oír eso, dado lo que pasó.

—En absoluto —respondo. Tras firmar su ejemplar, hablamos unos instantes antes de que se haga un selfi conmigo.

—Tengo que preguntarle —dice con una leve sonrisa—, ¿sucedió realmente todo lo que escribió?

Asiento. —Así fue, por desgracia. Me da las gracias de nuevo antes de marcharse.

Vanessa había dicho que sería una firma limitada. Lo hizo a propósito por si yo me alteraba como en el pasado. No fue así. Superamos con creces el tiempo originalmente asignado para la firma de libros. Me aseguré de poder hablar con todos los fans que quisieran conocerme. De hacerme cada foto y firmar cada libro.

La editorial dispuso una habitación de hotel comunicada con el salón de convenciones. Al dirigirme hacia mi habitación, sigo pensando en los sucesos de la casa del lago. También pienso en la pregunta de la mujer.

¿Sucedió todo tal y como lo escribí?

En su mayor parte, sí.

Sin embargo, omití mi último encuentro con Tess. Respiro hondo al recordarlo. Ella me pidió ayuda a gritos. Tess se arrastró hacia mí, suplicando. Podría haber hecho algo. No estoy segura de si podría haberla salvado de su herida. Pero no quise ayudarla.

Desde que IWriteAlone entró en mi vida, he tenido miedo de enfrentarme a mis temores. ¿Cómo sería mi vida sabiendo que una mujer como Tess Simmons andaba suelta por ahí? Incluso aunque estuviera en prisión, pudriéndose por el cuádruple homicidio que cometió en la casa del lago, sabía que siempre estaría preocupada. Con miedo de volver a verla algún día.

Cuando escribes un libro, quieres que tu personaje principal resulte agradable de algún modo. Tess me había dicho que ella era una narradora. Manipulaba a la gente para que viera la historia que ella quería que vieran. Para que vieran lo bueno de ella.

Bueno, yo también soy una narradora. Mi historia mostró lo que yo quería y omitió la fea verdad.

Mientras Tess suplicaba ayuda, apunté con la pistola a su cabeza y disparé.

Nunca más dejaré que nada de mi pasado me atormente en el futuro.

Ya no tengo miedo.

* * *

Nota de la autora:

Espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura de mi historia tanto como yo disfruté creándola. Como autora independiente, lo único que me importa es lo que pienses de mi libro. Si te ha gustado mi historia, te agradecería mucho que te tomaras un momento para dejar tu reseña en la tienda de Amazon. Significaría muchísimo para mí.

Gracias por leer, y espero que me acompañes la próxima vez.

James

Ahora, por favor, disfrute de una muestra de mi historia La Esposa Celosa:

CAPÍTULO 1

Kelly

Mañana todo cambiará.

Me despierto en otro día perfecto en un pueblo pequeño. Me estiro, e inmediatamente Lady, mi caniche faldero, hace lo mismo en la cama a mi lado. Me lame la cara y yo acaricio su pelaje blanco con ganas.

A pesar de estar sola ahora, sigo durmiendo en el mismo lado de la cama en el que dormía cuando mi marido estaba conmigo. Una cama de matrimonio para una sola mujer es demasiado grande, especialmente para mí. Lady hace que sea más fácil no pensar en ello.

Me fastidia admitirlo, pero a veces le echo de menos.

Miro la cara alegre de mi perrita para ayudar a cambiar mi estado de ánimo. —¿Un paseo, Lady? —pregunto entusiasmada, y ella menea la cola con más fuerza.

Me observa mientras me pongo la ropa de deporte. Entro en mi despacho, que está al lado, cojo el colgante de oro de mi escritorio y me lo meto en el bolsillo. Es abultado y no me gusta llevarlo encima cuando salgo a correr. Tampoco me parece bien llevarlo al cuello. Desde que tomé la decisión que lo cambiaría todo en mi vida, he llevado el colgante cada vez más, y miro la foto de su interior, a veces de forma obsesiva.

Lady me observa ladeando la cabeza.

Estiro los brazos y hago círculos con las manos mientras bajo por la escalera de caracol hacia el vestíbulo principal, con Lady correteando detrás de mí, peleándose con los peldaños.

Antes de abrir la puerta, me detengo ante la mesita que hay cerca de la entrada. Sobre ella hay varias fotos de Ryan y mías, la mayoría

de viajes. Una de Italia, otra de nuestro viaje de un mes por España. Las mejores vacaciones que tuvimos fueron aquellas en las que viajamos a Fiyi. El océano era de un azul cristalino. Las playas eran serenas. *Hermoso* era una palabra a la que le faltaba fuerza para explicar lo increíble que fue aquello.

Miro nuestra foto de Fiyi en la playa y el jarrón que hay al lado, donde descansan sus restos. Leo su nombre en la base: Ryan McDermott.

Han pasado casi ocho meses desde que falleció. Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Era un lugar extraño para poner a mi marido, en una mesa cerca de la entrada de mi casa. Era casi como si saludara a cualquiera que viniera de visita. La mayoría de la gente lo habría puesto sobre la repisa de una chimenea en una sala de estar o quizá en un dormitorio. A mí la idea me horrorizaba. ¿Para qué poner a un muerto en una zona donde se hace vida? ¿Por qué iba a querer recordar que mi marido estaba muerto cada noche antes de dormir o cada mañana al despertar?

Después de lo que pasó, tiendo a alejarme del salón por completo. Sigo de luto, por supuesto. Algún día, puede que ni siquiera conserve sus cenizas en la casa. Quizá su madre, mi suegra, las quiera. Llega un momento en el que yo también necesito pasar página.

Pero ¿cuál es el tiempo apropiado? Pensar en Ryan puede traer recuerdos cariñosos, y también mucha rabia. A veces pienso que lo tengo en casa para atormentarme.

He oído cotilleos de mis amigas solteras del pueblo de que algunos hombres están esperando su oportunidad con la ahora viuda Kelly McDermott. Ya se me han acercado un par de pretendientes que buscaban conquistarme viendo que ahora soy vulnerable. Probablemente esperan que sea un despojo emocional tras la muerte de mi marido, pero nada más lejos de la realidad.

Me centro en mí misma incluso más de lo habitual cuando estoy decaída o deprimida. A los treinta y un años, mi cuerpo está en la mejor forma de mi vida. Yoga dos veces por semana. Entrenamiento de fuerza con pesas ligeras tres veces por semana. Una clase de

zumba. Pilates. Cada mañana, salgo a correr con Lady para empezar el día.
Vuelvo a mirar el gran salón, con su alta chimenea de ladrillo que llega hasta el techo, los suelos de mármol y la larga mesa de comedor en la que Ryan y yo solíamos recibir a nuestros invitados. Esta casa es demasiado grande para una mujer y su perro. Algún día estaré lista para seguir adelante con mi vida, pero todavía no.
No hasta que consiga mi venganza.
Mañana todo cambiará.
Sonrío pensando en lo que va a suceder. El pueblecito de Muskoka Lake va a recibir mucha atención muy pronto. *Yo* voy a recibir mucha atención muy pronto.
Lady ladra, impaciente. Me agacho y le acaricio la cabeza. —Lo siento, pequeña —le digo—. Me he distraído. —Cojo la correa del armario y se la pongo rápidamente. Lanzo un beso hacia el jarrón al abrir la puerta principal. La luz del sol me golpea la cara al hacerlo. Son casi las diez de la mañana, prácticamente mediodía ya. Cuando eres soltera, estás en el paro y eres rica, despertarse temprano no es precisamente obligatorio. Ryan era el madrugador. Él ya estaba levantado, vestido con su traje y fuera de casa antes de que yo hubiera puesto un pie fuera de la cama.
Veo un Escalade blanco que pasa por delante y el conductor se me queda mirando. Es Dean Hemsbring, un vecino de unas manzanas más allá. Está casado y tiene una hija pequeña, pero eso no le impide mirarme como si fuera un trozo de carne esperando a ser devorado. Le saludo con la mano y le sonrío. Él me devuelve el saludo con timidez y gira la cabeza rápidamente.
Estoy acostumbrada a este tipo de atención, que recibo más ahora que Ryan ya no está. Me pregunto qué pensaría Evelyn Hemsbring, su mujer, con la que a veces tomo el brunch, de la mirada de su marido.
Soy consciente de que soy guapa, incluso hermosa. El interés de los hombres, y a veces de las mujeres, me surge de forma natural y sin mucho esfuerzo. Me he acostumbrado a ello. Dean es inofensivo. Un hombre con imaginación al que habría que recordarle que no debe

mirar fijamente al sol. Probablemente le preocupe más que le diga algo a Evelyn.

No lo haré, por supuesto.

Cierro la puerta principal. No tiene echada la llave. Nunca la tiene. La delincuencia no es un problema en Muskoka Lake. Todo el mundo conoce a todo el mundo. A algunos mejor que a otros. Siento que conozco cada chisme jugoso que este pueblo tiene que ofrecer, que no es mucho.

Lady camina a mi lado mientras avanzamos por la manzana. Me quedo mirando la casa vacía que hay junto a la mía. Solo hay tres casas en nuestra manzana. Cada casa es más grande que la anterior, con enormes jardines delanteros bellamente diseñados.

Una valla blanca se extiende por la propiedad de la antigua casa del señor y la señora Miller. El matrimonio de ancianos se mudó de Muskoka Lake al sur de Ontario para estar más cerca de sus nietos. Eran unos vecinos estupendos que siempre fueron amables con Ryan y conmigo. Me entristeció verlos marchar hasta que me enteré de quién iba a mudarse allí.

Empiezo a trotar, con Lady siguiendo mi ritmo. Miro el cartel de «Se vende» delante de la casa, que ahora tiene una pegatina roja encima. «Vendido».

La idea de tener nuevos vecinos puede causar ansiedad a muchos. ¿Quiénes serán? ¿Serán amables? ¿Tendrán niños pequeños que se pasarán el día gritando a pleno pulmón? ¿Perros descontrolados que ladran por la noche?

A mí no. No veo la hora de que se muden. Sé exactamente quiénes son.

Esa es una de las ventajas de vivir en un pueblo pequeño. Todo se sabe. La agente inmobiliaria, Shannon, es amiga mía. Cuando vendió la casa, estaba ansiosa por contarme quiénes serían mis nuevos vecinos, porque uno de ellos era alguien a quien yo conocía muy bien.

Nora Cameron. Ahora que al parecer está casada, se hace llamar Nora Bowman.

Mi amiga la agente inmobiliaria dio por hecho, como muchos, que Nora y yo éramos mejores amigas. Eso nunca fue así.

Dejo de correr por completo al acercarme al camino de entrada. Pronto, Nora y su marido se mudarán. Será un día feliz para ellos. Una mudanza siempre es ajetreada, pero emocionante. Es el comienzo de una nueva etapa.

Yo fui feliz cuando Ryan y yo nos mudamos a nuestra casa. Este es el mejor barrio del pueblo, y el más rico. La élite social de Muskoka Lake vive aquí. Nora, al igual que Ryan y yo, debe de haber prosperado desde que se fue del pueblo.

Exhalo. Más bien fue como si huyera de aquí después de lo que pasó.

Saco el colgante de oro del bolsillo y lo abro para mirar la foto que hay dentro. Lo que era el recuerdo de unas mejores amigas se convirtió en una pesadilla, no solo para mí, sino para todo el pueblo. Ya es hora de que Nora reciba lo que se merece.

Mañana todo cambiará.

CAPÍTULO 2

Nora

Observo a los dos operarios de la mudanza mientras maniobran con torpeza para meter un sofá grande por la entrada de nuestro nuevo hogar. Pongo una mueca cuando el lateral acolchado del mueble golpea contra una de las puertas dobles. Por suerte, es el sofá y no el aparador de madera que, por lo que veo al asomarme a la parte trasera de la furgoneta, parece ser lo siguiente.

Mi marido, Jameson, camina detrás de mí y me rodea la cintura con su mano fuerte. Me besa en la sien y desliza la mano hacia mi vientre. Se ha vuelto más cariñoso de lo habitual ahora que se me empieza a notar el embarazo.

—Todavía no puedo creer que esta casa sea nuestra —digo.

Jameson me besa la mejilla otra vez. —En cuanto vi el anuncio, supe que tenía que hacer una oferta.

Sonrío, haciendo todo lo posible por no molestarme por su comentario. Comprar una casa es una decisión enorme, de las que deberían tomarse en pareja. Jameson, por supuesto, se tomó la libertad de hacerlo todo por su cuenta. Cuando me enseñó las fotos, me quedé boquiabierta de lo preciosa que era. Pedí concertar una cita para verla en persona, pero me dijo que no me preocupara, que ya era nuestra. La había comprado antes de hablar conmigo.

Estaba tan contento consigo mismo que, al principio, no lograba entender por qué estaba yo disgustada. Quería que me hubiera tenido en cuenta, lógicamente.

«Es un mercado de vendedores», me respondió. Si no hubiera hecho la oferta, la casa se habría vendido a cualquier otra pareja afortunada el mismo día que salió al mercado.

No podía enfadarme demasiado. Aquí es donde quería vivir el resto de mi vida con Jameson. Muskoka Lake es un pueblo pequeño y precioso al que la gente suele viajar durante el verano. El lago está a solo dos calles.

Este es mi pueblo natal, y siempre soñé con volver. Gracias a Jameson, estoy de vuelta.

—¿Lo he hecho bien? —pregunta, besándome de nuevo.

Tengo que reconocérselo. Lo ha hecho. La casa es maravillosa. En cuanto el agente inmobiliario nos ha entregado las llaves esta mañana, hemos entrado corriendo de inmediato. Las fotos no le hacían justicia a la propiedad.

Asiento. —Sí, lo has hecho. Gracias.

—Lo que tú quieras —dice él.

Últimamente ha estado excesivamente atento a mis necesidades. Jameson siempre quiso ser padre y, muy pronto, eso será una realidad.

No importa la hora de la noche que sea, satisface mis antojos de comida más aleatorios. Patatas fritas del McDonald's mojadas en helado de vainilla. Pepinillos con un poco de mantequilla de cacahuete sobre una tostada. Ahora tiene prohibido comer pollo cerca de mí porque el olor me hace vomitar al instante, junto con muchos otros aromas.

Pero él lo entiende. Me mima. Es entrañable de ver. Desde luego, no era así cuando no estaba embarazada, ni siquiera cuando empezamos a salir. Ahora que voy a ser la madre de su hijo, las cosas han cambiado.

Los de la mudanza vuelven a la furgoneta y se toman su tiempo antes de intentar levantar el aparador. Mientras lo bajan del camión, Jameson pone su propia mueca de preocupación.

—Siento que debería haber pedido tres operarios en lugar de dos —comenta.

—Tacaño —digo entre dientes. Era cierto, y él lo sabía. A Jameson se le da bien ahorrar un euro, pero a veces no es capaz de ver la perspectiva general. Le dije que algunos de nuestros muebles serían demasiado para solo dos personas, pero me quitó la razón.

Vuelvo a mirar mi nuevo hogar y mi fastidio desaparece rápidamente. Cuando era una niña que crecía en Muskoka, solía venir por esta zona solo para quedarme embobada mirando estas casas tan bonitas. Solo vivían unas pocas personas más en la manzana. Una gran valla de estacas blancas dividía las espaciosas propiedades.

Es verdaderamente un sueño.

A medida que los operarios se acercan a la entrada, uno le grita al otro que pivote. El otro se mueve y entonces recibe otro grito para que pivote hacia el otro lado. Cuando entran en la casa, oigo otro fuerte golpe seguido de un juramento de uno de ellos.

—Vale —dice Jameson—. Admito que tres habrían sido mejor. —Le sonrío—. Al menos tuve la sensatez de buscar una empresa de mudanzas con seguro.

Mi teléfono suena en el bolsillo de mis vaqueros y lo saco rápidamente. —Es mamá —le digo a Jameson.

—Adelante —dice él—. Habla con ella.

—Puedo devolverle la llamada cuando estemos más instalados.

Jameson le resta importancia con un gesto. —Para esto estamos aquí, Nora. Queríamos estar más cerca de tu madre para cuando llegue el bebé. Habla con ella. Sabes que querrá verte hoy mismo ahora que vives a menos de diez minutos.

Pulso rápidamente el botón verde de mi móvil y me lo llevo a la oreja. —¿Mamá?

—¡Eeeeeee! —su voz aguda chilla por el teléfono. Aparto el móvil para proteger mi tímpano. Jameson me mira con una sonrisilla burlona. —¡Mi niña! —grita mi madre—. Mi niña está de vuelta en casa.

—No grites tanto, mamá —me río.

—¡Perdón! —dice, bajando la voz rápidamente—. Perdón. ¿Cómo va el gran día?

—Bien, mamá. Bien.

—¿Está Jameson cansado de estar de mudanza todo el día? —pregunta ella.

—No, mamá, hemos contratado a una empresa. Jameson no está moviendo ni un dedo.

Mi marido pone una mueca. —¡Eso no es verdad, Dorothy! —grita él, inclinándose hacia mi teléfono—. ¡Se me da de maravilla señalar dónde tienen que poner las cosas los de la mudanza! —Casi como si lo hubieran ensayado, oímos un fuerte estruendo que viene del interior de la casa. Jameson suelta un juramento para sus adentros —. Debería ir a echar un vistazo.
—Sí, deberías —digo con voz inexpresiva.
Mi madre suelta un suspiro exageradamente sonoro. —Mi niña ha vuelto a casa. —Por la forma en que lo dice, cualquiera pensaría que me mudo de nuevo a casa de mis padres y no a la mía propia—. Me muero de ganas de verte.
Llegando por fin al motivo de su llamada. —A mí también me encantaría verte hoy, mamá. Danos unas horas y pásate cuando quieras. Podemos pedir pizza.
—¡Eeeeeeee! —vuelve a chillar.
Me tapo la oreja una vez más y sonrío. Jameson también tenía razón en eso. Por esto he vuelto a Muskoka Lake. Mi madre siempre ha sido del tipo cariñoso, lo cual es curioso teniendo en cuenta cómo es mi padre.
Ya puedo visualizarnos al bebé y a mí yendo a casa de la abuela. Yendo de pícnic al parque juntos. Disfrutando de las playas durante una tarde.
Cuando vivíamos en Toronto, todo se sentía muy lejano. Los edificios eran más oscuros. La gente era toda desconocida. Lo odiaba. Echaba de menos vivir en un pueblo pequeño. Ahora que Jameson trabaja exclusivamente desde casa como operador de bolsa, ya no tenemos que vivir en un centro urbano enorme como Toronto.

—¡Eeeeeee! —grita mi madre de nuevo al ver que no respondo.

—A mí también me encanta estar de vuelta en mi pueblo, mamá —digo. Me pongo una mano en el vientre, pensando en esas imágenes de mi madre y mi bebé jugando juntos en el futuro. Que vivamos cerca de mi madre tiene muchas ventajas teniendo un recién nacido. Ella podría venir, permitiéndome descansos para escabullirme a darme una ducha o tiempo para echar una siesta.

Mis amigos de Toronto se pusieron tristes cuando les dije que me marchaba para volver a mi pueblo natal, pero aquellos de mis amigos que tienen hijos lo entendieron de inmediato. Criar a un bebé puede ser difícil. No soy ingenua respecto a lo que me espera.

Jameson es el que tiene la idea de la paternidad completamente idealizada. Yo sé que me esperan muchas noches sin dormir y días de mal humor. Días que requerirán mucha paciencia.

Estar de vuelta en Muskoka Lake tiene sentido en este momento de nuestras vidas.

—Te veré pronto, mamá —digo.

—Papá y yo también hemos comprado regalos para el bebé —suelta de repente.

Detestaba que me enviara regalos antes de terminar el primer trimestre. Me preocupaba que eso diera mal de ojo a mi embarazo, así que le pedí que no enviara nada más hasta que me hubiera mudado de vuelta. Conociendo a mi madre, ya habrá comprado suficientes juguetes y ropa como para llenar la furgoneta de mudanzas.

—Gracias, mamá —digo—. Pero mejor trae los regalos otro día.

—Por supuesto, por supuesto. Que sepas que papá y yo vamos a colmar a la niña con todo lo que quiera, como hacen los buenos abuelos.

Esta es otra de las cosas que hace mamá. Está convencida de que voy a tener una niña. Dice que llevo el vientre más alto ahora que se me empieza a notar más, lo que significa que es una niña.

No estoy segura de si eso es un mito o una verdad, pero yo también tengo la fuerte corazonada de que es una niña.

A Jameson y a mí nos gusta jugar a adivinar y hablar sobre nombres, pero aún no nos decidimos. No conseguimos ponernos de acuerdo con ningún nombre para ninguno de los dos sexos.

Tenemos la próxima ecografía dentro de unas semanas, donde lo sabremos oficialmente. Una vez que vea a mi bebé en la pantalla y descubra qué será, espero tener una idea mejor de cómo llamarlo.

Jameson siempre me dice que le da exactamente igual el sexo, aunque sé que tiene el corazón puesto en un niño. Siempre que habla de nuestro hijo, se refiere a él en masculino, supuestamente por accidente. Jameson era el mayor de cuatro hermanos, todas mujeres. Incluso el perro de su familia era hembra.

—Te veré pronto, mamá. Gracias por todo el apoyo. Tengo muchas ganas de verte hoy.

—Te quiero, cariño —dice de nuevo con su voz aguda. No llega a ser su volumen de alarido, pero se le queda cerca.

Termino la llamada y vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo de mis vaqueros. Me doy cuenta de que la puerta principal de nuestra vecina está abierta y una mujer joven sale a la gran terraza de madera con un perro blanco pequeño. Su pelo rubio está recogido en una coleta que se balancea con cada movimiento que hace. Lleva un sujetador deportivo de color rosa brillante con unos pantalones cortos que son quizá demasiado cortos. Se pone los auriculares y toca la pantalla de su teléfono antes de bajar las escaleras y empezar a trotar hacia mí. Unas gafas de sol grandes y oscuras le cubren los ojos.

En ese momento, me doy cuenta de que la he estado mirando demasiado tiempo y vuelvo a mirar hacia mi casa. Sin embargo, era difícil no fijarse en ella. Por un instante, me odio a mí misma por envidiar la juventud y la belleza de esa mujer. Me pongo la mano en el vientre, que crece cada semana, e intento no pensar en el aspecto que tendré cuando esté embarazada de nueve meses. No voy a tener ese aspecto a corto plazo.

Desde luego, no lo tengo ahora. Después de dar a luz, el cuerpo tarda tiempo en recuperarse del trauma del parto. Toda la genética juega en tu contra cuando quieres volver a verte más delgada. Una de mis amigas en particular lo pasó mal con los cambios en su cuerpo. Siempre hace comentarios sobre la piel flácida de su barriga.

Por supuesto, no se arrepiente de haber tenido a su hijo, pero tener un bebé lo cambia todo, especialmente el cuerpo. He estado intentando asimilar esto últimamente. Toda mi vida he sido menuda. No por el trabajo duro, como la joven que está a punto de pasar trotando a mi lado, sino sobre todo por la genética. Tuve suerte. Podía comer pizza todos los días, beber refrescos, lo que fuera, y en general no se notaba. Nunca antes he hecho dieta de verdad. Incluso cuando tomaba mis medicamentos, que solían hacer que la gente ganara peso, yo mantenía el mío.

Por el rabillo del ojo veo que la joven se acerca; su pelo rubio ondea de lado a lado más rápido a medida que acelera el ritmo, mientras su perro intenta seguirle el paso. Su rostro está serio y parece estar concentrada.

Me pregunto cuántos años tendrá. Quizá edad universitaria. Cualquiera que viva en esta parte del pueblo no puede estar pasando apuros, así que sus padres deben de estar bien posicionados.

Sería estupendo que, cuando llegara el momento, hubiera una canguro viviendo tan cerca. Aunque estoy segura de que mi madre estará encantada de cargar con el peso de cuidar de mi bebé, será agradable si algún día podemos encontrar a una canguro de confianza que viva cerca. Por supuesto, me llevará tiempo confiar mi bebé a cualquier persona.

Jameson sale de nuestra casa, negando con la cabeza y con una ligera expresión de preocupación. Me pregunto cuánto daño habrán causado nuestros fiables operarios en nuestro nuevo hogar. Comparto su expresión.

Jameson camina hacia mí y se fija en la joven que corre. Aunque no se le queda mirando mucho tiempo, le dedica más tiempo del habitual a una persona desconocida. La mujer es claramente espectacular, algo que me choca de inmediato. Me molesta que mi marido parezca haber llegado a la misma conclusión.

Tal vez el trabajo de canguro no esté en el futuro de nuestra vecina.

Me giro para mirar de nuevo a la mujer y me doy cuenta de que no es tan joven como pensaba al principio. Quizá sean los colores brillantes que viste o su figura, pero su rostro es notablemente más maduro. Tal vez a finales de los veinte. Quizá más.

La mujer sonríe y noto un lunar sobre su labio.

¿Es esa…? No, no puede ser.

Sonrío y niego con la cabeza por haberlo pensado siquiera, y miro a Jameson.

¿Pero podría ser?

Vuelvo a mirar a la mujer. Como si pensara lo mismo, aminora la marcha al acercarse a mí y se quita las gafas de sol.

La sonrisa desaparece de mi cara cuando la verdad me golpea.

Ella ladea la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Nora? —pregunta. Su voz sigue siendo tan estrepitosa y segura como la recordaba.

La miro inexpresiva, sin responder. ¿Cómo se supone que debo reaccionar?

Kelly Van Patten es mi nueva vecina.

CONTINÚA LEYENDO AHORA